

CURSOS Y CONFERENCIAS

DESPLEGADO

SUMARIO



JOSUE GOLLAN (h.): La moral y la conducta. — LUIS REISSIG: Cómo hay que educar a nuestro pueblo. - I. Planteo del problema. II, Educación para la vida política. — JORGE THENON: Libertad y servidumbre de la inteligencia. — Vida del Colegio — Panorama Cultural. — La Biblioteca del Colegio. — Índice del volumen XXXI de "Cursos y Conferencias".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar
REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

VOLUMEN XXXI
NUMEROS 185-186

AÑO XVI

AGOSTO - SETIEMBRE
DE 1911

CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Aparece el 30 de cada mes

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.º 237.398

La revista publica las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los mismos profesores, como también trabajos de señalado interés científico y cultural.

Además, en su sección de comentarios a libros y revistas, se ocupa de todo lo más significativo que aparece en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

SUSCRIPCIÓN ANUAL \$ 16.— NUMERO SUELTO \$ 1.50
EXTERIOR ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA ó 5 DOLARES

Dirección y Administración: (domicilio provisorio)

CALLAO 545, VI p. — T. A. 35 - 7949
BUENOS AIRES — ARGENTINA

Director:
ARTURO FRONDIZI

Secretaria:
BEATRIZ MAAS

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

JULIAN HUXLEY: Unesco, sus finalidades y funciones. — MARGARITA ARGUAS: Cuatro meses en Europa (18 de enero - 18 de mayo de 1947). -- JOSE LINS DO REGO: Dos novelistas brasileños. I, Machado de Assís. II, Raúl Pompeia. — Vida del Colegio: LUIS REISSIG: Colegio Libre, 1947. — Información General. Bibliografía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CORREO
ARGENTINO
Cor. Central
B

FRANQUEO PAGADO
Concesión No. 1849

TARIFA REDUCIDA
Concesión No. 259

Nueva Revista de Filología Hispánica

Publicada por el Colegio de México y la Columbia University
Director: AMADO ALONSO

REDACTORES: William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, José A. Oría, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, José Rojas Garcidueñas, Angel Ronsenblat, Manuel Toussaint, Silvio Zavala.

REDACTOR BIBLIOGRAFICO: José Famadas.
SECRETARIO: Raimundo Lida.

EL COLEGIO DE MEXICO, SEVILLA 30, MEXICO, D. F.

El Trimestre Económico

PANUCO 63

MEXICO, D. F.

Es una revista indispensable para los que se interesan por los problemas económicos de Hispano-América en general y de México en particular

Dls. 2.00 AL AÑO

NUMERO SUELTO Dls. 0.50

PHILOSOPHY AND PHENOMENOLOGICAL RESEARCH

A Quarterly Journal Published for the International Phenomenological Society

UNIVERSITY OF BUFFALO
BUFFALO, NEW YORK

Esta revista, fundada y dirigida por el Prof. Marvin Farber, continúa en los Estados Unidos la famosa publicación fundada por Edmund Husserl, "Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung", muchos de cuyos colaboradores intervienen en ella, al lado de notables especialistas norteamericanos y de otros países.

Suscripción, 4 dólares por año.

The Personalist

A QUARTERLY JOURNAL
OF PHILOSOPHY, RELIGION
AND LITERATURE

Director: Ralph Tyler Flewelling
The School of Philosophy
University of Southern California
3551 University Avenue

LOS ANGELES, California
Estados Unidos

Suscripción, 2 dólares por año.

A Ñ O X V I

Volumen XXXI

Núm. 185 - 186

C U R S O S
Y
C O N F E R E N C I A S

AGOSTO -
SETIEMBRE
DE 1947
Buenos Aires

La Moral y la Conducta

por JOSUE GOLLAN (h.)

Un problema importante para la sociedad, que requiere permanente atención es el de la moralidad. Dos aspectos presenta su consideración: uno el del fundamento de la moral, objeto de la especulación teórica; otro el de la moral práctica, exigencia de la vida social.

De que la teoría y la práctica de la moral estén o no necesariamente ligadas a la religión, es asunto de antigua y renovada discusión. El destino del hombre con relación a sus semejantes y con relación al universo, el origen del mal, el objeto de la vida, el fin superior, los fundamentos de la moral, han preocupado a los filósofos de todos los tiempos.

Las ideas morales, fuerzas originarias en los hombres, se manifiestan rudimentariamente en las sociedades más primitivas, y luego perfeccionadas, traducidas en preceptos en las grandes religiones, y formulando doctrinas en la filosofía.

En la filosofía de la Grecia antigua, cuna de nuestra civilización, encontramos las ideas fundamentales que aparecen después en las diversas teorías morales de la era cristiana.

Consideraban los griegos que en todo bien hay belleza, decoro y armonía.

Platón concebía un orden divino dominando y definiendo el orden de la moralidad. La Idea es el bien absoluto, Dios la suprema bondad, la justicia absoluta. El objeto de la vida, asemejarse a Dios, que es el bien; el mal es terrenal y hay que huir de él hacia la Divinidad.

Para Aristóteles, moral es lo que merece alabanza y honor; la virtud es esencialmente un hábito, una disposición adquirida y durable que permite, a quien la posee, actuar conforme a su naturaleza.

Para Demócrito, la realidad pertenece al átomo y al vacío. Su moral es la tranquilidad de ánimo, sin temores ni supersticiones.

Para Zenón, el estoico, el bien es la virtud por la virtud misma.

Para Epicuro, el objeto de la vida es la felicidad, y el criterio de moralidad el placer. El Bien es todo lo que tienda a conservar la vida en su conjunto y la dé toda la plenitud e intensidad debidas.

Siniestramente se asigna al concepto de felicidad de Epicuro un sentido que no tiene. En carta a Meneceo, el filósofo dice que por placer no ha de entenderse fruición, deleite lujurioso y derramado, sino el "no padecer dolor" y "sentir tranquilo el ánimo", "vivir dulcemente, siendo prudente, honrado y justo".

En cuanto a la Naturaleza, sin dejar de ser creyentes, los griegos tendían a eliminar sus dioses como causas directas de los fenómenos, para asignar el de causa primera en el mundo físico. Un interés especulativo y práctico a la vez, los llevó a concebir a la naturaleza como un proceso completo contenido en sí mismo y que lo incluye todo, y con las funciones antes atribuidas a los dioses, por lo que la convertían en todo y por todo, menos por su nombre, en un ser divino. (1)

Este breve recuerdo de la filosofía griega, destaca las ideas fundamentales que aparecen luego en las diversas teorías de la era cristiana: sistemas teístas, naturalistas, materialistas, utilitaristas.

(1) W. Heidel. La edad heroica de la ciencia.

Los teólogos cristianos, San Agustín y Santo Tomás entre los más eminentes, consideraron, como los griegos, que virtud es lo honesto con distinción de lo útil pero, además, relacionaron el valor moral con el acto voluntario, considerado como su raíz. Es el acto interior de la voluntad lo que merece ante todo alabanza. La voluntad es bella y loable porque se orienta hacia un fin que la regla. El Bien es belleza y honor.

“La virtud hace bueno al hombre que la posee, y buena la obra que realiza, haciéndolo capaz de actuar conforme a su naturaleza y a la razón”. Siendo la razón obra de Dios, la rectitud de la voluntad humana se mide por su acuerdo con la voluntad divina y con la razón. Quebrantar los dictados de la razón es quebrantar los preceptos divinos.

Al subordinar así a Dios los dos principios normativos de la moral de los filósofos griegos, naturaleza y razón, los moralistas cristianos los reducen a la unidad. Resulta entonces que la razón humana no es legisladora sino en cuanto está informada por la ley divina en todos los grados. El hombre es sometido en su razón a las ordenanzas de la revelación y a las influencias de la gracia. El alma de un hombre de bien es, para los teólogos cristianos, bella y digna de ser honrada, porque es virtuosa, pero la virtud misma no es digna de honor más que porque ella dirige al hombre hacia Dios. “La virtud deja así de ser el bien supremo, el “*nec plus ultra*” de los griegos, la condición suficiente e incondicionada de la moralidad”. (2)

Asunto de larga y ardua discusión es el origen del mal en el género humano. Los filósofos griegos consideran que la ignorancia es causa de maldad, y que la educación puede mejorar al hombre. Según Sócrates todo malvado es un ignorante, y según Aristóteles el hombre está empeñado en alcanzar una felicidad relativa, cuya conquista es el término de la vida moral. Las acciones que se acercan a ella son buenas, y malas las que se alejan (buen éxito o fracaso).

Los moralistas cristianos parten del misterio de la caída del hombre, del pecado original, y discuten la cuestión a la luz de la fe y bajo la autoridad de la Escritura.

(2) E. Glison. *L'Esprit de la Philosophie Médiévale*.

Durante la Edad Media domina el **teocentrismo**: Dios como principio y como fin; la santidad como ideal.

En el **Renacimiento** el progreso científico cambia la vida en sus aspectos intelectuales y técnicos, y a la luz de la experiencia acrecentada se examinan las concepciones tradicionales. Renace el naturalismo: el universo y la conducta no se someten a reglas trascendentales y concíbese una vida moral autónoma regida por la naturaleza, con abstracción de un destino sobrenatural. Búscase una religión afirmativa del mundo y del espíritu, respetuosa de sus valores específicos y que reconozca el sello de lo divino no en su denigración sino en su elevación. Surge así el **teísmo universal** que aparece luego en los siglos subsiguientes en la **teología humanista**.

Caracteriza al Renacimiento una exaltación del **individualismo**, una vigorización del carácter. "El hombre ve su deber en el desarrollo de sus dotes, y su derecho en el afinamiento y desarrollo de su fuerza".

Este amplio desarrollo del individuo resulta, como en Grecia, la base de la libertad del espíritu, y hace del Renacimiento la "cuna del individualismo moderno". "Consciente del propio valer y del propio derecho, educado por la participación en la vida política a formarse un juicio propio, el individuo comenzó a pensar por sí y a buscar en sí la medida a aplicar a la concepción y al juicio de las cosas. Pero también este individualismo pasó muy pronto los límites entre los cuales podía justificarse. Tomado por el vértigo de la libertad absoluta de la autodecisión, el individuo elevó al lugar de la libertad el arbitrio". (3)

El siglo XVIII se caracteriza por la crítica y el escepticismo religioso, por un movimiento filosófico y práctico reformador del hombre y de la sociedad. El extremo individualismo ha originado una tendencia socialista que se manifiesta teórica y prácticamente en diversas formas.

Rousseau opone al dogma del "pecado original" la doctrina "De la naturaleza y del estado de naturaleza". Todo es bien al salir de las manos del Autor de las cosas, todo dege-

(3) G. Windelbaund. Storia della Filosofia Moderna.

nera entre las manos del hombre. Dios no es responsable de los males humanos, tampoco son obra del hombre individual; son del hombre en sociedad. El hombre al nacer está fuera de la oposición del bien y del mal pero luego, por espíritu de conservación, se deja dominar por el amor de sí mismo, el que por obra de la sociedad degenera en egoísmo, en amor propio, que se satisface oprimiendo a los demás. Así surgen las pasiones y las necesidades.

El mal es de este mundo y en él hay que buscar el remedio. A la teodicea opone su teoría ético-política: el contrato social para reglar la vida de la comunidad humana. El problema social sale de la metafísica y pasa a constituir el centro de la ética y de la política. (4)

Preocupa a Rousseau el problema del derecho y de la sociedad. Sobre el ser individual está el ser social. El derecho y la justicia social deben regir la vida humana y no una exigencia de felicidad.

“Me dí cuenta” —dice en sus Confesiones— “que todo depende radicalmente del arte de la política y que sea cualquiera la postura en que nos coloquemos, cada pueblo no será más que aquello que haga de él su forma de estado”.

Así apunta una filosofía social promotora de un progreso por nosotros conocido.

En la misma época debemos señalar un aporte importante de la filosofía racionalista.

Kant, en su “Razón pura práctica” aísla el elemento racional puro de la complejidad de la conducta humana. Partiendo de los juicios espontáneos de los hombres deduce que ellos atribuyen valor absoluto a la buena voluntad. Buena voluntad es cumplir con su deber, y el deber es cumplido no sólo cuando el acto concuerda con el deber, sino cuando lo determina el deber. Una acción puede ser objetivamente moral, pero no será en sí misma

(4) E. Cassirer. Filosofía de la Ilustración.

(5) E. Brehier. Historia de la Filosofía.

moral si la determina un motivo derivado de la sensibilidad, el interés por ejemplo. La moralidad sólo existe entonces en la voluntad de cumplir la ley moral por el solo valor de la misma. El principio de la obligación no debe buscarse, según Kant, en la naturaleza del hombre, ni en las circunstancias exteriores que lo rodean, sino solamente, a priori, en los conceptos de la "razón pura". Si se funda en la experiencia, aunque universal, por tener un móvil, no sería regla estrictamente moral, sería regla práctica.

El postulado kantiano es el libre albedrío, la libertad de la voluntad.

La "ley física" por ser irresistible implica fatalidad, pero la "ley moral" por ser obligatoria implica libertad. (6)

El deber determina la conducta por un motivo puramente racional, independiente y no sensible.

Hay así rigorismo en el juicio sobre el valor moral de las acciones, formulismo en el enunciado de una ley moral no subordinada a ningún fin, y autonomía, que hace de la voluntad su propia legisladora.

La concepción kantiana no corresponde pues a la realidad moral. Su ley es estrictamente formal, corresponde a un mundo utópico de seres razonables y en el que no cuenta ningún elemento proveniente de la sensibilidad o de la experiencia.

El deber, por ser razón, confiere al hombre dignidad y autonomía y al darse a la sociedad obedece a sí mismo. Lo que ordena al hombre es la facultad por la que es hombre; el respeto a la razón es, pues, el respeto a la humanidad en sí y en los demás. El imperativo categórico es: "Procede de tal modo que tu acción pueda transformarse en norma universal".

Racionalmente se establece que la moral tiene un origen humano y no divino; es una exigencia de la razón en beneficio de la sociedad.

En lugar del dogma del pecado original, formula la teoría del "mal radical". El mal radical es la mala voluntad sometida en el fondo a las pasiones innatas en el hombre. El mal radical es personal, no de la humanidad, y de él pueden cu-

(6) A. Weber. Historia de la Filosofía Europea.

rarse los hombres por sí mismos. Conclusión estimulante para la vida moral y no deprimente como la clásica. El concepto de la autonomía de la moralidad hace de Kant el inspirador de un movimiento en favor de una moral pragmática.

Channing y Emerson, por el año 1836, en los Estados Unidos, en base a la idea de la "soberanía de la moral", fundaron "Asociaciones de cultura moral", prescindiendo de mitos y de preceptivas teológicas y destinadas a exaltar en el hombre la autoeducación, la confianza en el propio esfuerzo y el culto del deber social. Su moral no tenía dogmas, era preferible y adaptable al ambiente. El programa se concretaba a tres objetivos: 1°. pacificación religiosa por la unificación moral; 2°. aunar voluntades contra la relajación moral, privada y pública, contra el escepticismo y la ineficacia social de los individualistas; 3°. educación moral intensiva para los niños, para hacer hombres con ideales firmes y capaces de confiar en sí mismos. No tenían culto ni dogma, pero los miembros eran libres de profesar una religión.

Al emancipar la ética de los dogmas, consideran la moralidad como fenómeno autónomo, espontáneo de la naturaleza y de la vida en sociedad.

La bondad del hombre es normal pero el mal lo incapacita o traba para vivir normalmente. La maldad es monstruosidad, enfermedad. Siendo la bondad natural se presume que ha de prevalecer naturalmente; es cierto que en ninguna parte se la ve perfecta y omnipotente, pero su posibilidad se presiente en el deseo esforzado de los hombres. (7)

Los fundamentos de las teorías morales llamadas independientes son diversos. Hume (1711-1776) se pregunta si la moral hay que fundarla sobre la razón o sobre el sentimiento. Es un hecho, afirma, que la felicidad o infortunio de los demás hombres no nos es indiferente. Existe un sentimiento de amor sincero del bien de otro. Hay en el fondo del corazón humano un sentimiento de benevolencia que se manifiesta en la

(7) J. Ingenieros. Hacia una moral sin dogmas.

amistad, en el amor, en el reconocimiento, en la gratitud; de esos sentimientos de simpatía y benevolencia derivan las virtudes sociales. Y Hume señala otro factor importante: la noción de utilidad desde el punto de vista del interés general, del que deriva un deseo sincero de bien público. La utilidad es fuente de alabanza y aprobación; la raíz de la estimación que se concede a la justicia, a la fidelidad, al honor, a la sumisión, a la capacidad.

El bien consiste en lo que contribuye al bienestar de los semejantes; virtud es toda acción o cualidad del alma que excita un sentimiento de placer y de aprobación en aquellos que de ello son testigos.

Para otro moralista del siglo XVIII, Bentham (1748-1832), el hombre está sometido al imperio y al dominio del placer y del dolor. De ellos derivan nuestras ideas. Utilidad significa la tendencia de una cosa a preservar de algún mal o a procurar algún bien. Mal es pena, dolor, causa de dolor. Bien es placer o causa de placer.

Inspirado en esta teoría epicúrea, Stuart Mill funda su sistema de moral utilitaria partiendo del hecho universal y constante que los hombres desean felicidad.

La felicidad es uno de los fines de la conducta humana, por lo que es también uno de los criterios de la moral. Pero la felicidad que constituye el principio moral conductor de la vida humana, no es solamente la felicidad de uno, sino la felicidad de todos. "El espíritu de la moral utilitaria —dice Stuart Mill— lo encontramos en la regla de oro de Jesús: "Hacer a los otros lo que uno quisiera que estos hicieran por él"; "amar a su prójimo como a sí mismo".

Otro moralista utilitario es Spencer (1820-1903). Individualista y evolucionista. Del concepto darwiniano de la supervivencia del más apto saca consecuencias de orden psicológico, moral y político.

El Bien está en ajustarse al medio, y la superioridad mental consiste en la precisión y fineza perceptibles con que se realizan.

El Bien supremo y último es la vida terrenal. La vida terrenal, con prescindencia de un destino sobrenatural, es el objeto de las morales independientes que hemos mencionado. La

posición de sus autores no es antireligiosa, es laica. Hay otros sistemas, en cambio, originados por un sentimiento antireligioso. Tales el de **Lucrecio** del siglo I y el de **Holbach** del siglo XVIII.

Lucrecio es el apóstol del materialismo de **Epicuro** y de **Demócrito**. Con el poema "De la naturaleza de las cosas" reacciona contra la religión pagana en la que "no ve refugio ni consuelo para las almas deseosas de perfección moral".

El barón de **Holbach**, reaccionando contra los excesos del fanatismo cristiano y las supersticiones envilecedoras, compone su "Sistema de la Naturaleza" violentamente antireligioso. Según él todo en el mundo es materia y movimiento y la moral tiene un fundamento fisiológico y altruísta.

Virtud es para **Holbach** el arte de ser dichoso haciendo la felicidad de los demás. El interés es sinónimo de injusticia, de corrupción, de malicia, de pequeñez, en el avaro, en el tirano y en el cortesano.

En su "Código", en nombre de la Naturaleza da normas de conducta y sanciones:

"Interésate por la suerte de tus semejantes; piensa que la adversidad puede llegar a ti también".

"Seca las lágrimas de la inocencia oprimida y de la virtud ultrajada".

"Sé justo porque la equidad es el sustento del género humano".

"Sé bueno porque la bondad atrae todos los corazones".

"Sé indulgente porque, débil tú mismo, debes saber que los demás lo son también".

"Sé agradecido, porque el agradecimiento alimenta la bondad".

"Sé moderado porque el orgullo incomoda".

"Perdona las injurias, porque si no eternizarás los aborrecimientos".

"Haz bien al que te ultraja, para hacerte más grande ante él".

"Sé sobrio y casto por que los excesos destruyen tu ser y te hacen despreciable".

“Sé ciudadano porque tu patria es necesaria para tu bien”.

“Está seguro que el hombre que hace dichosos no puede él mismo ser desgraciado”.

“Si te entregas a la intemperancia, los hombres no te castigarán pero yo sí, y abreviaré tus días; si eres vicioso, tus costumbres recaerán sobre tu cabeza”.

“Introdúctete en el corazón de un criminal y le verás despedazado, aunque su rostro esté sereno”.

“Vé al avaro gemir extenuado sobre el inútil tesoro que ha acumulado a costa de sí mismo”.

“Vé la división y el aborrecimiento entre esos esposos adúlteros”.

“Vé al embustero privado de toda confianza, al impostor temblar al solo nombre de la verdad.”

La preocupación por una acción moralizadora de carácter social, se formaliza en la fundación de asociaciones que presentan características propias de las ideas y circunstancias imperantes. Ya hemos citado las “Asociaciones de cultura moral” de los Estados Unidos; diremos ahora algo de lo acontecido en Francia.

A principios del siglo pasado, el conde **Claudio de Saint Simon** (1760-1825) fundó centros e iglesias cuya actividad era una mezcla de propaganda subversiva, de moral naturista, de doctrina social, de espíritu práctico y de acción. Los sansimonianos censuraban por egoístas tanto la teoría espiritualista como la utilitarista, que identificaban con el individualismo. “Consideraban que el impulso directo de la conciencia, al igual que el cálculo del interés bien entendido, no conducen al individuo a un “estado de organización”, ya que la organización supone siempre sacrificio del interés individual al de la mayoría”. Por eso crean una organización social que exige de sus asociados el sacrificio del religioso y la obediencia del soldado. No satisfaciéndole la educación humanista, ni la técnica, persiguen una educación social que eduque en el ideal sansimoniano a fin de terminar con la rivalidad y la explotación entre los hombres. Esa educación revelará capacidades, y éstas el puesto de cada uno en la sociedad.

Son los sansimonianos optimistas, creen en la bondad de la Naturaleza y en que el trabajo deja de ser maldición para el hombre. *Enfantin* y sus discípulos se dedican a los trabajos manuales a fin de tender al pueblo "una mano que lleve las marcas de ennoblecedoras callosidades" y crean un símbolo de la fraternidad: un hábito cuyo chaleco, abotonado por detrás, no puede vestirse sin la ayuda de un hermano.

"Hay en estas actividades una especie de religión afirmativa que confía en la organización social". (8)

No cree *Comte*, como los sansimonianos, que por una acción práctica pueda renacer la sociedad. Piensa que previamente hay que dar nuevos hábitos a la inteligencia, concordantes con el estado de progreso del espíritu humano. Que hay que organizar la sociedad en base a una ciencia de los fenómenos sociales. Ni sabios, ni literatos, ni "filósofos incompletos". Ni espíritu científico aislado de la ciencia social, ni ciencia social sin la jerarquía completa de las ciencias. A la teoría de la sociedad constituida por personas que por propia iniciativa hacen un contrato, opone la teoría de las realidades sociales trascendentes a los individuos.

Admite *Comte* que, después de una crisis, para entrar en una época social orgánica, hay que dar al poder social una creencia, restaurar el poder temporal y el espiritual. Pero esta vez las creencias no han de ser teológicas sino positivistas, tal como lo exige el espíritu científico reinante. La nueva organización social ha de surgir de una voluntad de orden que es inherente a la sociedad, y hacerse efectiva por la asociación de la superioridad del sabio y la actitud social del teólogo. Comprendiendo que para una acción eficaz es necesario inculcar en los adherentes una mística y darles cohesión, instituye una religión: la "Religión de la Humanidad". El ser supremo es la Humanidad, noción positiva de providencia. El lema: "El amor por principio, el orden por base, y el progreso por fin". Y como religión significa vínculo, vínculo entre los fieles mediante el culto y vínculo con el ser supremo por el rezo, crea la iglesia positivista, con imágenes de héroes y con

(8) E. Brehier. Historia de la Filosofía.

ceremonial. Ha pertenecido al catolicismo y sabe el valor del ceremonial por lo que toca a los sentimientos estético y místico.

A la doctrina de la "naturaleza y la gracia" de San Pablo opone la teoría del "egoísmo y altruísmo". Tres atributos señala como propios del alma humana: sentimiento, inteligencia y actividad, que desarrollan diez y ocho funciones específicas, de las cuales diez son funciones afectivas que comprenden siete instintos personales, egoístas, (nutritivo, sexual, maternal, destructivo, constructivo, orgullo y vanidad), y tres instintos sociales, altruístas, (apego, veneración y bondad); cinco son funciones intelectuales, (contemplación concreta y abstracta, meditación inductiva y deductiva, y lenguaje); y tres son funciones de acción, (valor, prudencia y perseverancia).

Un egoísmo limita al otro en el individuo, y el de cada cual, en sociedad, es limitado por el de los otros. Las funciones altruístas, por el contrario, no se limitan, se suman.

El carácter y la inteligencia son neutrales dado que sirven tanto para el bien como para el mal. Vencer el egoísmo por el altruísmo es el objetivo ideal.

Con su religión positivista Comte pretendía regenerar el género humano mediante al altruísmo. Su sistema subordina la ciencia y la industria a la moral, la vida privada a la pública, la personalidad a la sociabilidad, e impone el deber del altruísmo.

La riqueza material y la intelectual las considera sociales, por su origen y por su destino. El poder temporal administraría la primera y el sacerdocio, órgano de la opinión pública, la segunda.

El sistema de Comte es socialista extremo. En su concepto el hombre nace cargado de obligaciones para con sus antepasados, sus contemporáneos y sus sucesores. No admite la aristocracia basada en los derechos de los gobernantes, ni la democracia basada en los derechos de los gobernados. Su creación es una **sociocracia**. (9)

(9) J. E. Lagarrigue. La religión de la Humanidad.

En tres categorías se clasifican las diversas teorías morales: religiosas, filosóficas y positivas.

En la moral religiosa la fuente es sobrenatural; considera a la moralidad derivada de la voluntad divina absolutamente perfecta. En la moral filosófica se llega al concepto del deber por puro razonamiento. En la moral positiva la fuente es la experiencia humana.

Al exponer las diversas teorías y preocupaciones morales no nos guía el propósito de comparar o elegir, sino el de destacar que existen preceptos morales universales y tradicionales que interesa mantener vivos, y también afirmar la imperiosa necesidad de dar preferencia a lo que puede unir a los hombres frente al problema moral, y que es la moral práctica en función del concepto de personalidad humana.

El conocimiento de las diversas doctrinas, en moral como en cualquier otra rama de los conocimientos humanos, es interesante. Aunque no se las acepte, siquiera parcialmente, aunque se las rechace, resultan siempre útiles.

En las doctrinas morales que hemos mencionado hay elementos que constituyen sin duda legítimos ideales humanos. No puede afirmarse, sin hipocresía, que la felicidad, el placer, la utilidad, no sean ideales humanos, con tal que no se les dé un alcance y magnitud envilecedores. El utilitarismo es esencialmente humano; se revela hasta en una vida ascética y de mortificación que busca la salvación eterna. El egoísmo es humano, pero también lo es el altruísmo como lo prueban numerosas observaciones registradas por la historia de las costumbres.

Hay en los sistemas morales independientes y hasta en los ateos, normas morales en las que el más creyente no podrá dejar de ver condiciones eficaces para inducir a la moralidad, aunque no le satisfaga la carencia de fundamento religioso.

La moral religiosa y la moral laica, si bien difieren en sus justificaciones, coinciden en sus preceptos prácticos. Hay en cambio teorías absolutamente inmorales, como la de Nietzsche que en los últimos tiempos han tenido efectos desastrosos para la humanidad.

Para Nietzsche la moral tradicional es cosa de mediocres, de cobardes, de enfermos, de esclavos. "Aberración universal de la humanidad —considera— el haberse apartado de sus instintos fundamentales".

A la moral tradicional, opone la moral del genio, de "la fuerza que tiende al poder". El objeto de la voluntad es el poder, con exclusión de otro ideal. Omnipotencia para el genio, esclavitud para el común de los hombres, es la norma fundamental. Mantener el poder conquistado a cualquier precio y con cualquier éxito, es la preocupación esencial.

He aquí la índole del nazismo que lógicamente debería repugnar a todo hombre anheloso de moralidad y sin embargo ¡cuántos religiosos hay que, intolerantes, iracundos para con el laicismo, le prestan fervorosa adhesión!

Es que no puede afirmarse que la moralidad de los hombres esté necesariamente determinada por sus convicciones religiosas. La experiencia, no de nuestra época sino de siglos, indica que el profesar una religión no es garantía de moralidad y que el tener normas positivas no conduce necesariamente a la inmoralidad. No es raro observar miembros de una iglesia alternar de continuo su devoción con actos de usura o de concupiscencia y es frecuente, por otra parte, admirar vidas austeras, morales, altruistas, en hombres no religiosos.

Es que la conducta honorable está determinada por la posesión de sentimientos elevados y de convicciones morales que hacen a la persona decorosa. No es el temor a las sanciones, aunque ello favorezca la moralidad, lo que hace honorable a los hombres.

Las personas malas se distinguen de las buenas, decía Aristóteles, en que a las malas es el miedo lo que les impide hacer mal, mientras a las buenas es el pudor o la vergüenza.

Sobre la voluntad de obrar actúa nuestro acervo moral formado por innatos principios básicos y por los aportes de la educación y de la experiencia. Frente a la voluntad juegan los instintos con sus egoísmos, juega la inteligencia en su función de discernir, juega la instrucción y juegan los deseos, y de ese juego resulta la índole de la conducta.

Por eso es tan necesario instruir y educar; educar la inteligencia, los sentimientos y la voluntad. Educación que ha

de penetrar al hombre inculcándole la emoción de un ideal superior y haciendo de las normas morales una convicción profunda.

Por eso hay que fomentar el culto a la moral, al derecho y a la justicia, para vigorizar las fuerzas morales, en los individuos y en la sociedad, a fin de contrarrestar la corriente de un utilitarismo exclusivista e impostor que crece amenazador. Sin disminuir preocupación por lo económico, que implica progreso material, desarrollemos el aprecio por lo noble, por lo grande, por lo digno, que perfecciona el espíritu, que eleva moralmente al hombre.

La sociología moderna pretende reducir la moral a una ciencia de los hechos sociológicos, a una ciencia objetiva de las costumbres. Serían las leyes sociales, las costumbres, las relaciones económicas, las razones determinantes de nuestra conducta y no la conciencia, el deber, el bien, las sanciones íntimas. Las razones de nuestra conducta estarían en el medio y no en nosotros mismos. Cuestión de objetividad y no de subjetividad. Ciencia de las costumbres y no ciencia de la moral.

No hay duda que el concepto de moralidad cambia con las modificaciones del medio, con las épocas, pero no deja nunca de ser cuestión de conciencia y de convicciones. Hay conceptos, sentimientos humanitarios, normas fundamentales de moral, que si bien se adaptan al ambiente y al progreso, son inmutables en su esencia. Son ideas-fuerza que se transmiten desde los tiempos más remotos, desde las primeras sociedades organizadas y que tienen su origen en las necesidades sociales del hombre. "Hay un sentimiento vulgar del deber que ejerce en todos un poderoso influjo y al que resulta grato obedecer y penoso resistirle". (10)

"El alma de la moralidad —dice Gille— es la autonomía. Ser moral es tomar de sí mismo, en forma espontánea, el principio de las determinaciones. Y una concepción que, aparentemente desdeña la iniciativa individual, que parece ver en la conciencia una resultante pasiva y no una causa, suscita de inmediato las sospechas más naturales. El objetivismo moral es el escepticismo moral, el nihilismo moral".

(10) P. Gille. Historia de las ideas morales.

Para Vaz Ferreira la moral se vincula con ideales humanos, cada día más numerosos debido al progreso, lo que complica considerablemente el problema moral. (11)

La moral es conflictual, es decir que pocos problemas morales pueden resolverse de una manera completamente satisfactoria, y que si se sienten todos los ideales, generalmente hay que sacrificar en parte algunos de ellos o todos. Lo que significa progreso moral es que aumenta el número de los hombres que, aunque no tengan cada sentimiento en grado superior, los tienen todos, y en esta mediocridad radica la superioridad moral nuestra.

Los ideales humanos son inmediatos unos y remotos otros en posibilidades y trascendencia. Inmediatos, como el evitar sufrimiento y aumentar el goce de vivir; placer y utilidad individual y general. Remotos, como el progreso de las condiciones externas de vida humana y de las propias capacidades y posibilidades trascendentes. Bueno es lo que contribuye a la realización posible de esos ideales (conducta, sentimientos, actos buenos).

De la existencia de lo bueno y de lo malo surge la moral, moral que, como se ha dicho, es conflictual, porque los múltiples ideales, en parte coincidentes, son también en parte interferentes. Así hay contradicción entre el placer personal y el general; entre la utilidad personal y la general; entre placer y utilidad; entre salud de raza y piedad con el enfermo; entre ideal de bondad y lucha contra el mal; entre vida ulterior y vida terrenal.

Hay, pues, contradicción entre ideales próximos y remotos, entre positivos y trascendentes.

La consideración exclusivista o exagerada de unos ideales con desconsideración de otros afecta el mejoramiento humano. Así un fanatismo religioso llegó a humillar al hombre; y morales positivas, altamente desarrolladas en pro del bien y del progreso —dice Vaz Ferreira— incomprendieron el papel de los ideales dolorosos y ascéticos, como elementos valiosos para mantener y excitar el progreso de la conciencia.

(11) C. Vaz Ferreira. Sobre interferencia de ideales. Inst. Social V. N. L. N°. 47.

Frente a la multiplicidad de ideales, la "Ética de los valores" de Max Scheler y de Hartmann, sostiene que existe una jerarquía de los ideales en cuya cumbre están los ideales superiores, pero los ideales y valores más bajos de la escala son "fundantes" de los valores más altos. Así, por ejemplo, los ideales espirituales en Max Scheler están por encima de los ideales económicos, pero estos son "fundantes" de los espirituales.

Vaz Ferreira critica la tendencia tan común de querer resolver los conflictos morales con sentido eliminatorio, conciliándolos con casuísticas religiosas o laicas.

"Mientras mejor sea el hombre —dice— los sentimientos y propósitos que corresponden a los ideales humanos se refuerzan entre sí, si son coincidentes o complementarios, y se combaten si son contradictorios". "De ese proceso sale la mejor conducta en que no siempre se deja de vulnerar o sacrificar algo de los ideales o sentimientos, pero actuando todos vivos. La solución no está en reglar, jerarquizar o suprimir sentimientos buenos sino en conservarlos, alimentarlos, excitarlos todos". "Entonces en parte se refuerzan, en parte se limitan, etc., y de esta actividad viva, resulta en general y en cada caso, la mejor conducta, con duda, con dolor, con remordimiento (en su caso). Esta es, por una parte, la Moral posible; por otra la Moral superior, noble y viva".

Continuando el examen de la naturaleza conflictual de la moral Vaz Ferreira señala que, además de los ideales para pensar y para sentir, hay los ideales para luchar, para la acción.

Los conflictos de ideales para sentir y para pensar, son conflictos entre "bien" y "bien", entre "bueno" y "bueno", pero no sucede lo mismo con los ideales para actuar.

"Cuando hay que colectivizar una acción —por ejemplo— para una mayor eficacia, puede ser, entonces, bueno, lógico y moralmente lícito, aceptar la polarización de ideales, de programas que tengan alguna posibilidad de mal, si permiten colectivizar la acción con resultados predominantemente buenos. En este caso entra la cuestión particular de circunstancias y grados. Pero tal actitud ha de ser consciente; y no demasiado tolerante..."

“Habrá que optar entre las ventajas de actuar colectivamente sacrificando más o menos la perfección del ideal en sí, o de una adecuación a nuestras convicciones; o bien mantenerse en una consecuencia perfecta a expensas de acción o de cierta forma de acción”.

Otro ejemplo: “Se puede coincidir parcialmente con los ideales de un hombre; entonces si la falta de coincidencia no es muy grande, ni grave, puede ser una conducta. También puede ser una conducta, si la falta de coincidencia es demasiado importante, pero implica una interferencia legítima que autoriza ciertos sacrificios de ideales; pero habrá que cuidarse mucho de que esos sacrificios sean objetivos y que no sean excesivos para la objetividad, pues los peligros del interés apasionado o la falta de valor moral están de ese lado”.

Un examen de experiencias recientes es, sin duda, útil para destacar errores, ofuscaciones y espejismos en la determinación de la conducta. Y una subsiguiente meditación sobre posibles conflictos morales, es recomendable como ejercicio de auto-educación moral, y también por lo que constituye un aporte previsor para casos análogos en el futuro.

“El hombre que no medita o no prevee las cosas lejanas, experimenta un disgusto cercano” dijo **Confucio**.

El progreso de la Humanidad tiene periódicamente sus grandes crisis, y en una de ellas nos encontramos. Como en todas las crisis, hay intereses y tradiciones que agonizan y avances progresistas que tienden a excederse. Un intervencionismo estatal amenaza extralimitarse en perjuicio de la libertad individual. Estamos así en medio de un conflicto profundo y complejo. Profundo porque está en juego un arraigado e inalienable concepto de personalidad humana, y complejo porque a los intereses morales se reúnen otros de orden económico y político. Grande es el desconcierto en el mundo porque los errores, desconsideraciones, resentimientos e hipocresías, acumulados en veinte siglos, están pesando más que todos los éxitos progresistas alcanzados y que no son pocos.

Difícil es la orientación hacia un objetivo que satisfaga porque la lucha se plantea en términos extremistas; difícil tam-

bién porque los hombres, como los pueblos, como las naciones, son reacios a los renunciamentos espontáneos y sinceros, y porque razones hay, sin duda, para que no falte cierto escepticismo y desconfianza.

Largo y accidentado es, sin duda, el camino del progreso humano y muchos los conflictos morales que siempre esperan a los hombres. Pero no debemos dejarnos invadir por el escepticismo. Hemos de empezar los argentinos por librarnos de todo lo que nos trajo la marea nazista: regresión con visos de progreso, modernismo en su ropaje y en su técnica. Antiguas son las fuerzas regresivas, pero hoy actúan con estrategia y táctica nuevas; si antes enceguecían al pueblo con el oscurantismo, ahora lo enceguecen por deslumbramiento.

Un examen de nuestra situación nos lleva a pensar en las actividades más fundamentales para la vida de la nación, aquellas que se relacionan con el hogar, con la iglesia, con la escuela y con la política.

El hogar, la primera escuela del niño, ha de reconquistar por entero a la madre, para que con la debida asistencia oficial, en su caso, cumpla su específica misión.

La Iglesia ha de librarse de toda concomitancia política y evitar que en su nombre se actúe con soberbia e impropiedad. La religiosidad sincera es fecunda cuando obra en la intimidad de las conciencias, pero es perturbadora cuando pretende imponerse a otros, y cuando degenera en intolerancia agresiva. Aleccionadora es la sombría historia de los desatinos y crueldades del fanatismo religioso.

Cada cosa en su sitio y cada acción para su fin. Ridícula es toda imitación inadecuada. Ridículas son las oraciones en la religión positivista de Comte, imitación de las católicas. Ridícula es la propaganda religiosa callejera y altisonante que con gritos y vivas está remedando una vulgaridad típica de las luchas políticas.

En la escuela común ha de intensificarse la enseñanza de moral. Volver al régimen de la Ley 1420. La ley de enseñanza religiosa, últimamente sancionada, no satisface ni aún a los que la gestionaron.

No puede satisfacer a la Iglesia, porque al reglamentarse no se le asigna la dirección docente que le correspondería.

No satisface a los padres y escolares que disienten con la ley, porque se los obliga a declararlo peligrosamente.

Se la censura por la falta de espontaneidad y de convicciones en la mayoría de los legisladores que la votaron.

Se le atribuye, no sin razón, origen y finalidad políticos.

Se la considera ley inconveniente: de parte de los católicos sensatos, porque desjerarquiza y desfigura el apostolado. De parte de los no católicos, porque violenta sus convicciones. De parte de ambos, porque perturba la vida de la escuela.

En fin, es ley impracticable que debe derogarse.

Abogar por la laicidad de la enseñanza oficial no es actitud antireligiosa. Es comprender la misión de la escuela para el pueblo, sin distinción de clases, de creencias, de opiniones y de orígenes, lo que lleva un sentido de respeto y un propósito de unificación nacional.

Abogar por la laicidad de la enseñanza no implica abrir juicio sobre el valor efectivo de lo religioso en la conducta de los hombres, cuando los sentimientos que los animan y el culto que practican son sinceros.

La intolerancia religiosa es lo que produjo, en otras épocas, por lógica reacción, un tipo de "libre pensador" también intolerante.

La tolerancia, el respeto a las creencias, a la conducta moral sin juicio sobre sus fundamentos, debe ser real. Es justo e interesa a la Nación.

Censurable es la conducta de quienes desprecian o juzgan con ligereza toda actividad religiosa, porque no comprenden la fuerza de la fe y la función ética de una religiosidad sincera; o porque la juzgan a través de la inconducta de algunos religiosos.

Censurable es también la soberbia de quienes por fanatismo o por ignorancia, menosprecian o condenan las doctrinas morales independientes, a las que no es posible negar sanos ideales humanitarios.

La política, arte y ciencia del gobierno, ha de ser a más de eficiente, moral. En manos del Estado está, cada día más, el control de las actividades de la sociedad, en cuyo seno el hombre encuentra estímulos y también obstáculos para su moralidad. Por eso, morales deben ser las normas del gobierno,

ejemplificadora su conducta, pues gobierno no es mando, sino conducción y enseñanza, protección, providencia para la economía y espiritualidad del hombre.

Ya lo dijo Rousseau: "todo depende radicalmente del arte de la política".

La acción moralizadora del hogar, de la escuela y de la Iglesia, es algunas veces seriamente interferida por la inmoralidad funcional de una política extraviada: cuando la represión de todo gesto de dignidad, la imposición del servilismo, el fomento de la adulonería, la explotación de la vanidad y de la avaricia, la venalidad, el favoritismo, la injusticia y la mentira, se usan como armas; cuando la astucia y la audacia, carentes de ética, hacen la doctrina. Siempre que esto aconteció, la historia registra un descenso en la moralidad general, porque se entibian sentimientos nobles en algunos, se frenan impulsos generosos en otros, y se envilece a muchos. Consuela sin embargo constatar que durante esos azotes, son también muchos los que se alzan indignados, y no pocos los caídos que se avergüenzan.

De orden ético-político es la raíz del mal que aflige al mundo de hoy. Hay evidentemente un afán socializador, saludable actividad que trata de subsanar injusticias derivadas de retardos lamentables, pero hay también un peligroso mesianismo de genios o de clase, que pone en el absolutismo del poder la suerte de la sociedad. Donde esto acontezca, un resurgimiento espiritual se gestará, porque el hombre no puede renunciar a ser hombre, a ser libre.

Concretando, podríamos decir, anhelando un proceso conciliador y progresista, que el Imperativo Categórico del momento es: Trabajar por la libertad del hombre en una sociedad moral y justa. El Lema: Más vale la Libertad; y la Norma, la de Kant: "El interés aconseja; sólo la moralidad ordena".

Conferencia pronunciada en el Colegio
el lunes 18 de agosto de 1947.

Cómo hay que educar a nuestro pueblo

por LUIS REISSIG

I. PLANTEO DEL PROBLEMA

Puesto que considero a la educación como el problema fundamental de la conducción de la vida humana, considero también a la educación de nuestro pueblo como su problema fundamental. Lo que da categoría humana al hombre y personalidad a un pueblo, no es la suma de cosas que posee, ni la suma de cosas que sabe, ni la suma de cosas que produce, sino la suma de condiciones que para poseer, para saber, para producir, para conducirse en la vida ha ido ordenando y perfeccionando. Esta creación de condiciones no es otra cosa que un proceso de educación. En tanto un hombre o un pueblo se limiten a poseer, saber, producir, no serán otra cosa que cuerpos organizados con una suma de bienes, pero no habrán sufrido ningún cambio en sí mismos, no serán ni un ápice mejores ni distintos de lo que fueron en un momento anterior. La vida habrá pasado por ellos como brisa ligera por entre las montañas. Nada habrá cambiado. Educar, por lo tanto, implica un cambio con relación a un momento anterior, pero al mismo tiempo superación de ese momento. Es en este punto de superación donde reside todo el problema educativo, pues la superación supone, a la vez, un objetivo, un ideal que la guíe. Es así como la educación entra a participar del proceso de la vida humana y puede llegar a convertirse en la más elevada razón de ser de esa vida.

Cuando se considera a la educación como un proceso mediante el cual se transmiten condiciones adquiridas y se ayuda a perfeccionar la experiencia existente, se hace una apreciación correcta de lo que es la educación en su papel de preparar al hombre para desenvolverse, cada vez con mayor dominio de sí mismo y del medio en que actúa. Esto es lo que podríamos llamar la práctica de la educación, en la cual la pedagogía cumple su misión de llevar adelante los principios de la educación elegida y aplicar los métodos que mejor sirvan para aproximarse o llegar a un objetivo. Pero esta parte práctica no es lo esencial, sino el objetivo, el ideal a que una educación tiende.

Es el ideal educativo, por consiguiente, lo primero que hay que tener en cuenta cuando se trata de educar a un hombre o a un pueblo. Son los ideales educativos las expresiones cabales de los individuos como de los pueblos. El poder constructor o destructor de un ideal educativo es infinitamente superior al poder constructor o destructor de la energía atómica. La energía atómica tiene, bien lo sabemos, un poder inmenso, pero en definitiva no es más que sirviente del ideal educativo constructor o destructor que la pone en juego. Lo más peligroso del fascismo, del nazismo y del falangismo — para presentar en una sola panoplia tres armas gemelas— no es la suma de elementos materiales de que dispusieron o pueden disponer, sino lo que se llama su ideología, o lo que con toda propiedad puede llamarse su ideal de educación. Los elementos pueden ser destruidos por otros elementos con relativa facilidad; siempre se encuentra un arma más poderosa, ofensiva o defensiva, que aminore o anule los efectos del arma contraria. Lo que no es fácil de destruir ni de construir es el proceso educativo. Todas las ideologías que a primera vista pueden parecer nuevas, no son otra cosa que viejas ideologías que se remontan a los primeros días de la historia conocida del hombre. La única novedad —importante novedad, por cierto—, es como esas viejas ideologías van enfrentando diariamente la realidad del tiempo y del medio en que actúan, cómo sufren algún cambio ellas mismas y cómo orientan a los hombres que las adoptan. Si hay algo con lo cual el hombre

llega a confundirse es con su ideal de vida y con el proceso educativo que sigue con relación a ese ideal.

La educación es, en verdad, toda la vida humana. El hombre "es" de acuerdo a la educación que tiene. Las ciencias, las artes, la filosofía, la política, la historia, todos los intereses materiales, intelectuales y morales del hombre no son más que instrumentos puestos al servicio del proceso educativo de su formación humana. Tan cierto como que el hombre se nutre físicamente recibiendo o escogiendo lo que puede, es que se educa también con los propios elementos del medio. El medio del hombre no es solamente el lugar estricto en que se desplaza diariamente, sino el conjunto a que este lugar pertenece, que en el orden material puede ser el cosmos y en el orden conceptual una ley de la vida.

La educación es, así, indivisible del tiempo y del lugar en que se realiza. Indivisible materialmente. El hecho de que se guíe por un ideal no significa que esté supeditada a una abstracción. Los ideales no son otra cosa que una suma de hechos reales coordinados en una aspiración que les es común. Si la educación buscara soluciones para sus problemas en las especulaciones intelectuales, habría errado el camino, porque la educación es un problema de contactos, de acciones, de tentativas para llegar a un objetivo. Es la más exigente de las proposiciones del hombre; no le da tregua en ningún momento; lo exige todo.

Educar a un pueblo requiere, pues, una premisa; la determinación de un ideal, o sea: para qué se le educa. Mientras este ideal no esté fijado, la educación marcha a la deriva. Transmitir condiciones adquiridas, perfeccionar la experiencia existente sin un ideal al cual sirvan esas condiciones y esa experiencia, es como articular nuestros dedos sin asir nunca nada, es gastar nuestra vista en la oscuridad más absoluta, es dar un paso hacia el vacío.

Cabe, ahora, la primera pregunta: ¿qué objetivo debe tener la educación de nuestro pueblo? ¿Cuál debe ser su ideal educativo?

La respuesta debe ser para hoy y no para todos los tiempos. Cada día hay que reiterar o modificar la respuesta. La educación es siempre un problema contemporáneo. El día de

mañana es el día de otro momento de la educación. El primer objetivo que debe tener la educación de nuestro pueblo es elevarse cada vez más en su conjunto, no por sectores, ni en ciertos aspectos como hasta ahora. Si es justo que todos los habitantes puedan tener a su alcance los alimentos llamados básicos: carne, leche, pan, fruta, verdura; luz y agua en sus viviendas y la ropa indispensable ¿cómo no ha de ser menos justo que todos tengan a su alcance los alimentos básicos de la educación? Bien sé que en principio todos pueden estar de acuerdo, y lo que puede decirse espontáneamente es que la escuela primaria común tiene ese propósito. Pero así como se sabe por una larga experiencia que no a todos llega la calidad y la cantidad de alimentos básicos indispensables, ni de ropa, ni en vivienda, así también ocurre con la educación; porque es muy cierto que ni la escuela primaria llega a todas partes, ni aunque llegara constituiría el conjunto de alimentos básicos en educación. Las necesidades educativas del pueblo están muy por encima de lo que puede darle la escuela primaria común. Hoy, ni al mismo niño satisfacen. Por ejemplo: la vida familiar tiene su importancia; lo mismo, la vida social; creo que el juego, los deportes, las amistades entre los dos sexos, la alimentación, el desarrollo incipiente de las vocaciones, entre tantas cosas, constituyen preocupaciones dominantes en la vida diaria de los niños; pero todo esto sólo es considerado dentro del superávit de tiempo que permiten el maestro o el programa. Lo normal es que ese superávit no exista, o se considere como una asignatura más; lo normal es que el niño se sienta vivir en la escuela sólo en los recreos, en que su comunicación es franca, desbordante. Y si esto ocurre en cuanto al niño, ¿qué no decir del resto de la población? ¿Qué hay para que el pueblo se eduque sobre aspectos esenciales de la vida de la comunidad: vida social, económica, familiar, política nacional e internacional, etc.? Esta educación no la da ninguna escuela en sí misma, porque esos aspectos esenciales se desarrollan al correr de la vida de la comunidad; pero se puede llevar adelante, no como una lección desde la cátedra, sino orientando al pueblo para que lo que hace, lo que le interesa, lo que constituye su modo diario de vivir, le sirva también para educarse. El aprendiz de taller es uno de los tantos ejem-

plos que pueden citarse: se empeña en saber un oficio para ganarse la vida; si ahí terminara todo, no habría hecho más que reunir una suma de cosas; si además se aplicara a su formación interior simultáneamente con la forma que da a las cosas que trabaja, habría entrado en un proceso educativo; y si también se propusiera crear algo, habría desarrollado más ese proceso educativo hasta convertirlo en un ideal de vida.

Una de las primeras condiciones del ideal educativo de nuestro pueblo es ser un ideal educativo democrático. Es preciso que haya una cierta línea a la cual todos puedan llegar. La democracia es el sistema político que mejor consulta los intereses individuales y colectivos. A todos permite ir perfeccionándolo, ampliando sus horizontes. Toda línea que trace la democracia es siempre una línea provisional; su línea educativa, también. Hay que tratar siempre de levantarla. La democracia no impide que todos los esfuerzos individuales que tengan condiciones superen las líneas provisionales. Lo que quiere es que todos puedan saber y educarse en un mínimo indispensable para el buen desarrollo de la vida de la comunidad, del mismo modo que se ocupa de que todos cumplan preceptos fundamentales de higiene para no afectar ni destruir esa vida.

El objetivo democrático de nuestra educación consiste, pues, en trazar líneas provisionales a las que todos puedan llegar; y en orientar cómo se puede llegar a ellas. El llegar a ellas, el superarlas, no depende ya del objetivo democrático sino de la acción general de esa democracia a la cual el objetivo abrió los ojos. Por eso es indispensable para que el planteo del problema de la educación de nuestro pueblo no quede en vana prédica, que se tome a ese problema como una cuestión de hechos; es decir: hay que examinar nuestra vida nacional en sus partes y en su conjunto y entrar en el proceso educativo, fundamentalmente, a través de los hechos de la vida cotidiana del pueblo, o dicho con otras palabras: sobre la base de sus necesidades.

Si examinamos, pues, cuáles son las necesidades que más deben ser atendidas, sabremos cuál es la educación que primero debe ser puesta en práctica, en el individuo como en la comunidad, en el orden material como en el moral.

Puede decirse que el nivel educativo de nuestro pueblo es inferior al conjunto de posibilidades que el país ofrece. No se ha obtenido todo el fruto que podía esperarse. Más bien se ha esperado que el fruto cayera por sí solo del árbol. La duración y extensión del sistema de estancias como base de la economía nacional, por muy buenas razones que haya tenido por la población escasa y el ganado abundante, ha contribuído grandemente al atraso educativo. Todavía pueden verse millares de niños desparramados, educándose más sobre el sulky o el caballo que en la escuela; y una cantidad inmensa de adultos sin calificación adecuada, o ninguna, aunque su posición económica y social haya ido mejorando. Las estancias y los estancieros han sido, casi sin excepción, un peso muerto en la vida educativa argentina. A las dificultades de instalación de la escuela de primeras letras, se agregó el desinterés por desarrollar entre la peonada la educación para la faena agropecuaria. El hombre de campo, patrón o subordinado, sólo estaba acuciado por un número reducido de necesidades. La huerta anexa a la casa fué una conquista tardía y no muy generalizada como fuente de alimentos variados. Zapallo, repollo y papa constituyeron, junto con la carne, los pilares de la educación campesina en punto a alimentación. La comida es siempre un índice del nivel educativo de un pueblo, y no solamente un índice de nivel económico o de civilización.

El hombre de campo fué como un forastero en su propia tierra, aunque de ella recogiera todo y dejara allí su osamenta. No fué solamente un problema de latifundio o de propiedad de la tierra, pues viejas culturas se han labrado con esos regímenes, y porque se sabe muy bien de una inmensa cantidad de fundos en los que viven sus dueños sin preocuparse casi de plantar un árbol. Ha sido también un problema de población acuciada por un mínimo de necesidades y capacitada mediocrementemente, tanto en la parte técnica como en la educativa. Se formó lo que suele decirse un círculo vicioso: latifundio ganadero e instrumental pobre, incidiendo en educación escasa; y educación escasa incidiendo sobre latifundio ganadero e instrumental pobre.

Los progresos en el régimen de vida de la campaña argentina comienzan con la agricultura. Por fin el hombre va a

dejar de ser ave de paño, pues nuestras praderas son, sin exageración, de las más ricas praderas del mundo. Comienza la era de la rastra de hierro, del arado de discos, de la segadora y la trilladora, que llenaría de lágrimas a los ojos del gran Sarmiento. Por ahí iba a comenzar la educación de la masa rural. No se fué muy lejos, sin embargo. Así como tardó la huerta en acoplarse a la estancia, así tardó la granja en asociarse a la estanzuela o a la chacra. La tierra respondía, daba sus frutos, inundaba de riqueza el país, formaba las grandes fortunas; se importaban joyas, pieles, muebles, herramientas, máquinas, perfumes, artículos de uso doméstico y de lujo; pero lo que no respondía era el propio campesino, que con sus pantalones de cambrona, o acaso el día de la fortuna con su terno de casimir inglés, continuaba peón por dentro. Se había impulsado el desarrollo económico pero el proceso educativo iba muy a la zaga. Los hijos de esos campesinos, si continuaban siendo pobres repetían la vida triste de sus progenitores, o se "apueblaban", buscando a tientas un mejor horizonte; y si eran hijos de campesinos ricos se hacían doctores. No se había asociado la educación del campesino al campo. Esa hubiera sido la única forma de educarlo, enseñándolo todo lo que puede dar de sí un campo trabajado tanto del punto de vista de su rendimiento económico como educativo. Todo ser humano gusta aprovechar los beneficios de la civilización y la cultura, pero si no se le estimula y se le orienta para que estos beneficios le sirvan para forjarse él mismo, lo que reciba quedará sobre él como un pegote, y la civilización y la cultura habrán pasado por su vida sin dejar huella. Un campesino que muestra con orgullo la mejor espiga, la mejor oveja, la mejor huerta es realmente un campesino que entiende de problemas de educación; lo demás, es plata en el Banco, muebles, o deudas en la pulpería.

Las escuelas rurales, las famosas escuelas Lainez hasta cuarto grado no podían con sus débiles armas modificar la vida campesina. Son escuelas de instrucción para niños y para adultos que aprenden lo que los niños; menos aún que los niños. No son escuelas de educación del medio rural. El progreso del medio rural no ha interesado a la economía ganadera dominante; y en cuanto a la economía agrícola que se agigantan-

taba, como iba 'asentándose en su dirección general sobre la base de los trusts y monopolios y, con vistas siempre a un mercado exterior, no tenía más interés que el aumento constante de la producción a bajo precio. Así, de sirviente del ganado, el campesino pasó a ser sirviente de la herramienta o la máquina; primero, la vaca o la oveja; después, la parva. Nuestra misma agricultura nace como sirviente de la ganadería; la alfalfa es símbolo de una época de nuestra economía. El peón continúa también como un símbolo de nuestra vida campesina.

La educación de la masa campesina es uno de nuestros problemas más graves. Desde antaño le falta casi todo: instrucción, capacitación, horizontes de vida. Grandes y espléndidas praderas albergan a muchos hombres que no tienen más que una aspiración: ir al pueblo, entrar en un negocio o una fábrica, o ser empleado público. El trabajo de campo interesa a muy pocos; se soporta como una maldición. El hombre de estado, el economista se sienten alarmados desde el punto de vista de la producción y de su comercio. La preocupación del educador es como la vida de esos hombres, la vida de la nación pueden encontrarse por esos hechos en crisis o en decadencia. Y lo está. Nuestro primer problema nacional no es producir y producir, sino educar y educar. La educación crea valores de todo orden; la producción requiere —qué duda cabe— una educación previa, sin la cual no es posible. Una masa campesina educada crea valores agrarios como 'valores de otro orden. Si todos los campesinos estuvieran educados como para cultivar debidamente la tierra, instalar granjas, curar plantas y animales, enfermos, elegir bien las semillas, descubrir lo que vale, como si dijéramos entre el rastrojo; darse un plan de trabajo para cada situación distinta, además de haber creado fuentes de riqueza material habría creado una riqueza educativa. Esta riqueza podría traducirse en mayores posibilidades de bienes; en un hogar de 'más alto nivel económico, social y cultural; en un campo con horizontes; podría educar a sus hijos, que así lo quisieren, para sucederle. Ser hijo de campesino comenzaría a no ser una maldición.

Esto que parece el paraíso perdido, ¿es posible? No lo es ahora; no lo ha sido nunca; pero puede serlo. Se necesitarán, no hay duda, reformas sociales y económicas profundas; la re-

forma agraria, en primer término. Economía nueva, educación nueva, es muy cierto; pero también educación nueva crea economía nueva. Hay que poner en juego a los dos factores. Si no se puede comenzar por los dos, comiencese por uno. Una tentativa de educación agraria fué la de los agrónomos regionales, cuya organización data de hace unos 40 años. Su principal misión fué la de instruir, orientar, educar al campesino en la tarea agrícola. Si eso se hubiera hecho debidamente, ya tendríamos núcleos campesinos bien capacitados para ciertas tareas que no desempeñaban bien o que ignoraban, y esos núcleos hubieran contribuído eficazmente a crear un estado de conciencia sobre los beneficios de la educación. De ese ensayo, bien llevado, a la creación de verdaderas escuelas de educación campesina, el paso no hubiera sido demasiado largo. Pero en el hecho, la labor de los agrónomos regionales se redujo, en general, a informar someramente al campesino, y en especial, a informar al Ministerio de Agricultura sobre las condiciones de la zona con fines estadísticos, etc. Una labor que prometía ser el comienzo de un proceso de educación campesina se ha ido concretando con los años en pilas y pilas de informes y de planillas.

Desde el punto de vista económico-social, la educación agraria hubiera producido más grandes beneficios al país que la educación urbana, si para ambas se hubiera puesto el mismo empeño y se hubiera empleado una calidad y cantidad equivalente de recursos. Las poblaciones urbanas, sobre todo las próximas a los puertos, reciben muchos estímulos para el comienzo o desarrollo de un proceso educativo; el comercio, el trato con hombres de casi todos los países del mundo, la variedad de cosas y de hechos a su alcance: todo contribuye a enriquecer el horizonte de su vida cotidiana. A la campaña, siempre todo llega más tarde. Aquellas viejas diligencias que iban, polvorientas, de un punto a otro; las carretas que transportaban los fardos de mercancía; el chasqui en su pingó, llevando la correspondencia; más tarde "el turco" —así se le llamaba— vendedor de puntillas, pañuelos de seda, baratijas, constituían los hilos espaciados y delgados que unían a la civilización; y por ahí comenzaba un modesto cultivo, una cultura muy rudimentaria. La ciudad conocía ya todo eso. Pero no se la orientó

como para que convirtiera todo eso en fuertes valores educativos. El campo, pues, tuvo siempre muy poca cosa de qué nutrirse para su educación; y el problema fué más grave, porque en la familia campesina estaba —y está— la célula de nuestra gran población, añorada muchas veces. Mientras el nivel económico, social y educativo del campo sea lo que todavía es, la población argentina será una población de ciudades; y continuaremos como una nación con praderas extensas y férricas, con el 20 por ciento de su población en una sola de sus ciudades.

Nuestro problema demográfico, social, económico y político tiene en la Argentina una profunda raíz agraria. Esta rápida industrialización está dejando de lado ese problema, y hasta lo agrava: la población urbana aumenta a expensas de la campesina; el fenómeno corriente de la emigración hacia las ciudades está siendo sustituido por el de invasión de las ciudades. Se está creando, así, un proletariado a la deriva, una mano de obra abundante; quizás hoy, cara; mañana, seguramente, barata. Esa masa campesina, apenas en el primer umbral de la alfabetización, usada y manoseada antes por el régimen del ingenio, del latifundio, del monte, de los yerbales, de los trabajos públicos, viene a la ciudad. Se la usa, pero no se la educa, no se la transforma. Es la misma sombra humana de antes. Más pesos, más corbatas, más baratijas; zapatos de doble suela, el cine, el café, Corrientes, Florida. Entra, así, como en una feria, en la corriente de la civilización. Crea riquezas y sigue pobre por dentro, peón por dentro. ¿Y mientras? El país pierde o aleja una posibilidad de iniciar una educación agraria, porque va disminuyendo en el campo la presión de una masa que quería mejores horizontes y que deja de actuar allí donde inició sus primeros trabajos. Esa masa quería algo más, pero su cultura pobre y el encierro económico del medio no se lo permitían. Al llegar a las ciudades no se eleva sino que pasa a ser, simplemente, una masa desplazada, desperdigada. Este proceso de disgregación creciente de grandes núcleos agrarios está limitando peligrosamente el campo de acción de la vida nacional. Hay que pensar muy bien si no se está operando un proceso que puede conducir a algo semejante a la formación del "roto" chileno. Peón de campo o modesto

campesino, el "roto" se lanzó a la aventura de la mina. Las crisis fueron barriendo todo, y se quedó sin campo y sin mina. El "roto", en la nación hermana, es el hombre a la deriva.

Sin arraigo, no hay posibilidad alguna de cultura. Es una vieja lección de todos los tiempos. El arraigo se hace firme de verdad cuando el hombre se asocia al medio y ambos se funden en un solo propósito: transformar un erial en un vergel, una ciénaga en terreno habitable. El hombre encuentra así un camino en su educación. Las grandes masas de empleados y obreros de las ciudades argentinas cuentan muy poco, en relación a su número, en el proceso de nuestra educación. No hay realmente una tradición en la capacitación obrera, y mucho menos entre los empleados; como existió, por ejemplo, en la artesanía de las viejas ciudades de Europa o en la escuela de funcionarios de los grandes imperios. Esa tradición, esa educación para el trabajo dió a los países europeos, y alcanzó a dar a los Estados Unidos, aún en la era industrial, una calificación que no ha sido destruída del todo por ese monstruo seductor —económicamente útil, dañino educativamente— de la fabricación en serie. En la Argentina no tenemos nada de eso. Los pocos artesanos que conocimos cuando éramos niños, desaparecieron ya con sus talleres, sin dejar rastros de su habilidad en sus aprendices; y en cuanto a los empleados, hasta hace algunos años mantenían en un nivel discreto su oficio. Ahora ha comenzado virulentamente el período de la desafección, del desarraigo. En ambos sectores no hay ni sombra de una educación derivada del trabajo. Es una crisis de educación, tanto moral como de insuficiencia técnica.

La educación para el trabajo y por medio del trabajo elimina del hombre lo que en la terapéutica de la edad de la alquimia se decía "los humores". El hombre limpia su mente, se hace diestro, aprende a tomar el peso a los propósitos, y se inicia en una tarea grande y difícil: dar arquitectura a una vida. Construir una vida; construir un pueblo; construir una nación; construir un nuevo mundo. Es la lección que siempre han dado y continúan dando los grandes pueblos. Un pueblo que se construye es la más grandiosa de las sinfonías humanas. La siembra y la cosecha, la fábrica, la escuela, la fami-

lia, los grupos y las comunidades, el teatro, el laboratorio; un hombre en cualquier parte construyendo para sí y para todos, es el hombre que necesita la democracia del mundo nuevo. Frente a eso sólo ofrecemos una creciente declinación de la responsabilidad. Esto que digo no es un secreto para nadie. La vida argentina está sufriendo una fuerte crisis de irresponsabilidad. El cauto "no te metás" de antaño se ha ido convirtiendo en un desaprensivo encogimiento de hombros. Se lo ve a diario. En el orden económico se llama descenso de producción. En el orden educativo se llama descenso de moral social y privada. Esto último es lo más grave, porque los lazos morales son siempre más difíciles de rehacer que los lazos económicos. Al lema de: producir y producir, yo le antepondría el de educar y educar. La baja producción está dependiendo de diversos factores, pero el factor educativo está jugando un gran papel. A un pueblo al que se le enseña a exigir sin casi contribuir, al que se le educa en la idea de la opulencia, pues se le dice que pertenece a algo así como al país más rico del mundo; al que se le dan ejemplos para gastar casi sin tasa; al que se le educa en la viveza, en la taumaturgia, en el providencialismo, no puede estar moralmente en condiciones de poner en el otro platillo de la balanza, para equilibrar tanto oropel y tanto oro, la humilde gota del sudor de su frente.

Nuestro problema nacional no es de producción sino de educación. Y no ha de resolverse rápidamente con la creación inmediata de muchas escuelas. Pues ¿dónde están los educadores? ¿De qué clase serán las escuelas?

Una educación que se proponga entrar a fondo en la vida de un pueblo no puede ser otra que una educación de masas, para convertir esas masas en pueblo.

La educación de masas ha sido una de las caras aspiraciones de hombres de sectas y de partidos, deseosos de adscribir a todos en una corriente determinada. No es ésta la educación a que yo me refiero, puesto que sería solamente captación, razonada o no, consciente o no, de una masa, informe a juicio del que se lo propone, para convertirla en una masa conformada, con límites, aunque dentro de esos límites se desarrollara con holgura. Sé muy bien que las luchas imponen a todos los hombres definiciones netas, casi absolutas; y hay que

tener, pese o no pese, definiciones netas, casi absolutas sobre muchos problemas. Pero si se quiere que el hombre dé de sí lo más y mejor posible, no puede encerrársele en un número dado de ese tipo de definiciones. Hay que tolerarle siempre un amplio margen para sus cosas propias, para que adquiera su acento de personalidad como hombre. Debe bastarnos con que sea un leal y eficiente asociado en esta difícil empresa de la vida humana. Por eso la educación de masas no debe comenzarse inutilizando todas sus ricas posibilidades en beneficio de una sola. Esta es la gran responsabilidad humana de las sectas y de los partidos políticos cuando intenten una educación del pueblo.

Una educación de masas hay que iniciarla, por supuesto, en sectores más amplios que los que abarca la escuela primaria. Estas escuelas, en todo el país, reúnen a 2 millones y medio de niños, aproximadamente; las escuelas especializadas y de ciclo medio, a 225.000; las Universidades alrededor de 50.000. En números redondos se podría pensar en 2 millones setecientos mil entre todos los ciclos de enseñanza. Si agregamos 1.700.000 niños menores de seis años, llegaremos a la conclusión de que casi dos tercios de la población están fuera de toda atención educativa coordinada en un plan de beneficio personal y social. Los millares de profesionales, maestros y profesores que podrían considerarse eximidos de la necesidad de continuar educándose, y con ellos todos los que se agrupan en asociaciones culturales y técnicas, y los que responden a una vocación que siguen para su formación; y las formas diversas en que un pueblo recibe estímulos por la radiotelefonía, el cinematógrafo, el teatro, la prensa, etc., para educarse, no altera desgraciadamente ese panorama. Podríamos ceder un tercio más para todo eso, y no obstante quedaría un amplio margen por educar. Los países que como Estados Unidos, Rusia y Suecia, para citar algunos, han llevado adelante la educación de masas, unos, en un sentido, otros, en otro, saben muy bien cuánto hay siempre que educar donde menos se pensaba que había que educar. Lo que tales países han hecho de sus riquezas y de sus hombres es fundamentalmente fruto de la educación.

La educación que ha tenido hasta ahora la Argentina ha sido, de preferencia, una educación de ciertas clases, de ciertos sectores dentro de esas mismas clases. La escuela primaria ha sido nuestra única escuela popular. Llegó a los suburbios, al campo, a la montaña. Fué la única que logró despertar en el pueblo interés y cariño. Grupos destacados de maestros y de maestras actuaron sintiéndose apóstoles. No vamos a discutir si lo eran o no, si su palabra tenía más de iluminado o de retórico que de educador; pero sentían orgullo de ser maestros, de ser los discípulos del gran maestro, de Sarmiento. Sentían una responsabilidad; la gran responsabilidad de guiar a la niñez. Y con el énfasis natural de quien cumple una misión, decían: esta es la escuela de la patria. Hoy, la escuela de la patria se ve amenazada por la tentativa de convertirla en dominio privado de una religión.

Mientras no se alteren las leyes de la gravedad, un edificio social continuará asentándose sobre su base. Interesa que la base sea buena. Una masa educada indica el comienzo de un verdadero pueblo. Un pueblo se define sobre todo por su educación y su cultura. En la Argentina sólo hablamos seriamente de pueblos cuando nos referimos a los del norte o a los de Cuyo. No es sin ninguna razón. Son precisamente las poblaciones donde mejor se han conservado tareas y costumbres que en su momento significaron un buen índice de educación. En familias semiaisladas en los cerros de Catamarca, por ejemplo, he visto maravillas de hilado y de tejido. ¿Cuáles eran los instrumentos? El telar y el uso. Débiles instrumentos hoy para una educación. Pero no en su época. Y si no, que lo diga Sarmiento. Nada semejante he visto en otras poblaciones mucho más ricas de las praderas. Menos aún en las ciudades. Sería absurdo pensar que para educar hay que repartir usos y telares. Cada momento tiene su herramienta. Hay que descubrirla; y aplicarla. Y así comienza una educación.

La educación de masas puede intentarse en nuestro país sobre la base de la educación de adultos. En los tres países que cité hace un momento como alto ejemplo de educación de masas, hay experiencias muy valiosas que en parte podrían ser ensayadas aquí. Todos los adultos, sin excepción, en cualquier país del

mundo, sepan lo que sepan, necesitan mejorar su educación. La educación de un hombre dura toda la vida. En países como Rusia, que después de la revolución se encontró con decenas de millones de habitantes educados por el zarismo como animales de establo, la educación tuvo que comenzar por abajo, pero sin duda ha llegado muy arriba. En países como Suecia y los Estados Unidos, con alto coeficiente de alfabetos y de capacitación técnica elevada, la educación de adultos ha tomado otros aspectos y ha partido de otro nivel. Cada país debe emplear el instrumento, el modo, el objetivo concreto que mejor se adapte a sus necesidades. Y cuando esto se pone en función de amplios sectores de población, lo que decimos masa para usar una sola palabra, los resultados transforman al país entero. Si solamente a la muchachada de los barrios y de los pueblos se la incluyera en un amplio y adecuado sistema de educación, el espíritu de las ciudades cambiaría por completo. Vidas inútiles o a la deriva se transformarían en poderosas fuerzas creadoras. La muchachada de los barrios y de los pueblos es la piedra de toque para el comienzo de una trascendental educación de adultos en la Argentina. Esa muchachada es capaz de llevar muy adelante grandes empresas, porque tiene la fuerza para hacerlo. Pero esa fuerza está dormida en más de un sentido. Los partidos de fútbol suelen ser su más vivo exponente. Cuando pienso lo que hacen los muchachos de otros pueblos, en que la educación de masas ha llegado a más alto nivel que la nuestra, me doy cuenta de que tenemos por delante un problema de generaciones. Educar a adultos es tarea larga y dura, pero es la que, en las condiciones actuales de la vida argentina, puede darle mejores perspectivas a la comunidad nacional. Cuando se haya avanzado mucho en esa educación —si es que se inicia— y de aquí muchos años, se podrá pensar que ese problema ha cedido en preeminencia a otros. Acaso sea así; acaso haya que poner entonces más el énfasis en otra cosa. Pero creo que la complejidad de la vida moderna va a exigir cada vez más el incremento y elevación de nivel en la educación de adultos. Aquí se tira socialmente —casi puede así decirse— a quien ha cumplido los 50 años. Hay una cantidad inmensa de hombres y mujeres de edad aptos para cumplir una tarea útil y hasta de trascendencia, que el país no uti-

liza para nada. Industriales ingeniosos aprovechan de todo: la basura, la paja; pero parece desconocerse la manera de que una enorme masa humana rinda para sí misma y para la sociedad. Si se ahondara este aspecto de la educación se vería con más claridad todavía el nivel mediocre en que nos encontramos en cuanto a educación del pueblo.

En este planteo del problema de la educación de nuestro pueblo no he de entrar en detalles de cómo podría iniciarse la educación de adultos, la educación de masas, sin interferir ni perjudicar en absoluto a todos los otros tipos de educación para el niño, el joven, ya sea en su parte social, técnica, científica, artística, etc. Además, antes de aplicar un plan, es necesario saber si está o no cumplida esta condición: ¿hay interés en educarse?

Despertar, pues, interés por la educación, por educarse, es lo previo. Esto puede iniciarse solamente por un proceso de opinión. Primero hay que educar a la opinión pública. Las reformas educativas no se han iniciado nunca en las escuelas sino en la opinión pública. La escuela de la revolución francesa es posterior a la revolución francesa. La reforma universitaria de 1918 es hija de la reforma electoral de la ley Sáenz Peña. La escuela laica fué consecuencia del predominio del pensamiento laico en la vida nacional. Y así en todos los órdenes y partes y en todos los tiempos. Previo es el proceso de opinión. Aunque a la Reforma Universitaria y a la escuela laica se les ha puesto sordina, todavía no hay un proceso educativo distinto que las elimine. Esto es lo que conviene tener muy en cuenta. Estamos todavía en el viejo proceso, aunque sean otros hombres y otros sectores quienes lo utilicen. Pero ese proceso puede alterarse si no se conduce debidamente. Hay que entrar bien a fondo en él. La Reforma Universitaria, la escuela laica no van a salvarse y sobrevivir con levantar su bandera. Hay que trabajar sobre la coincidencia del laicismo y la reforma con hechos vivos dentro del proceso de la vida nacional.

Opinión pública asentada en procesos es el comienzo de toda gran reforma. Hay que hacer hablar al pueblo; hay que hacer pensar al pueblo; hay que ayudar a educar la opinión del pueblo. Hemos visto, más de una vez, agitaciones populares por

más salario, más alimentos, por el alza de los impuestos o del precio de los boletos del tranvía; por las condenas injustas: un día, el capitán Dreyffus; otro día, Sacco y Vanzetti; por la paz o la guerra; contra la dictadura o la oligarquía; a favor o en contra del nacionalismo; a favor o en contra de la cooperación internacional; pero no he visto nunca una modesta manifestación del pueblo pidiendo más y mejor educación. Sólo alguna vez, y como algo perdido, se registra el hecho de que un grupo de padres y de vecinos, humildemente, en una nota llena de circunloquios y vuesasmercedes, pide asientos. El pedido de asientos ha sido hasta ahora la más audaz de las peticiones que ha formulado humildemente el pueblo en punto a educación.

¿Y qué le ocurre a un pueblo que no se inquieta, que no se apasiona por la educación?

Es un pueblo a la deriva, que pasa de mano en mano, que vive a saltos, que no madura, que lo mismo le da una cosa que otra. Esto se ve patente, entre muchos otros ejemplos, en la decadencia de nuestro teatro, en el mal empleo de nuestro cinematógrafo, en nuestras revistas populares que rehuyen los problemas. Un partido de fútbol podría ser una magnífica oportunidad para una lección de educación del pueblo. ¿Y en qué se convierte? La compra diaria de los alimentos podría ser otra magnífica oportunidad para educar al pueblo en la justicia, en la honestidad. ¿Y en qué se convierte? De cada hecho de la vida diaria hay que extraer la lección para que todos la aprendan por sí mismos. Se puede abrir los ojos a uno, a diez, a cien, pero no se puede abrir los ojos a todo el mundo. El mundo tiene que saber él mismo abrirlos. Hay que crear el clima de opinión para ello. Del mismo modo que pasan de boca en boca los secretos que todo el mundo conoce, así se produce el proceso de opinión. **Quiera el pueblo educarse y ha de educarse.** Hay que desarrollar los estímulos. Mil maneras hay de hacerlo. Cada cual debe hacerlo como si de él dependiera todo. Cada cual debe estar en su puesto, el que él mismo se haya asignado en la lucha a muerte contra el mal que está afectando al individuo y al conjunto de la comunidad. Eduquense los hombres y toda la comunidad en pleno habrá sido educada. La educación no viene flotando como nube ni desciende como ta-

blas de una ley sagrada desde la montaña. Sale de uno mismo, por un gran esfuerzo interior, mediante estímulos. Así también se educa un pueblo, desde sus capas más densas y profundas, por estímulos. Si el hombre no se esfuerza para realizarse él mismo, el conjunto permanecerá en estado de masa; no será un pueblo. Hacer al hombre, mejorar al hombre es también hacer y mejorar a un pueblo. Tengo para mí como el más grande educador, hombre o mujer, el que supo convertir una vida en otra mejor, la ajena o la propia. Frente a eso, los tratados de educación no son más que el anticipo del polvo, y las palabras que los difunden, menos todavía que el viento.

Hechos y hechos de la vida diaria con un objetivo de mejora y perfección. ahí está todo el secreto de la teoría y la práctica de la educación de los hombres y de los pueblos.

El ideal educativo de nuestro pueblo consiste en la formación del ciudadano. El ciudadano es el miembro de la comunidad nacional que se hace sobre cada uno de los hechos de la vida cotidiana. Se hace por sí mismo, sin tener ningún modelo a la vista. Es el padre, la hija, el obrero, el comerciante, el que observa las estrellas y el que cava los fosos; y cada día puede perfeccionar en el hecho su condición de ciudadano, si lo que hace no lo hace sólo para sí mismo. La condición básica de no hacer todas las cosas sólo para sí mismo sino también para la comunidad, es la condición básica del ciudadano. Y puesto que una democracia es el régimen político que tiende a dar más cosas a todos, eso es posible solamente si todos dan cada vez más cosas para los demás.

La fijación de un ideal educativo, la educación de la opinión pública, la educación de masas abren la puerta al planteo político del problema de la educación. El ideal educativo de la formación del ciudadano es un planteo político que lleva a la democracia. No hay educación ajena a un planteo político, porque la educación es, por naturaleza, la más alta obra política del hombre. El hombre mismo es un ser político, partidario franco o vergonzante de algo, aunque lo disimule. Nada es neutral en el mundo: ni las estrellas. El mundo cósmico como el mundo humano, se debaten en un gigantesco sistema de luchas y de contradicciones.

II

EDUCACION PARA LA VIDA POLITICA

Cuando empleamos la palabra política en un sentido más general, debemos pensar en un conjunto de acciones coordinadas hacia un objetivo. No es solamente atributo del hombre; la tienen todos los animales, aunque de muy pocos la conocemos. Quizás, al que mejor hemos distinguido es al zorro. Recordemos que nuestro político que mejor coordinaba las cosas para llegar a su objetivo, en el llamado viejo régimen, fué el general Julio A. Roca, dos veces presidente de la república: se le conocía por "el zorro".

En el conjunto de objetivos que el hombre y el animal se proponen, hay alguno que se repite y predomina sobre los otros. Esta insistencia en un objetivo es lo que constituye y da un carácter. Si los objetivos predominantes, los caracteres, se coordinan a su vez en una aspiración que le es común, esta aspiración es ya una conducta. Aquí podríamos comenzar a distinguir entre la política y la moral política. La política vendría a ser solamente el conjunto de acciones coordinadas para lograr un objetivo; la moral política, el conjunto de los caracteres predominantes coordinados en una aspiración, en una conducta. Pero todavía habría que avanzar algo más, porque si la conducta sólo está al servicio de quien la cumple, no hay moral política sino una moral particular para actuar en política. La moral es siempre un valor convenido; por eso es convencional. La comunidad es quien lo determina. Este valor convencional es el que interesa esencialmente a la educación; porque la educación no es solamente un proceso mediante el cual se transmiten condiciones adquiridas y se ayuda a perfeccionar la experiencia existente, sino un proceso de perfeccionamiento humano regido por un ideal de vida. La educación aspira a elevar constantemente estos valores convencionales. Toda vida humana tiene, pues, una política; y la moral humana no es otra cosa que una política de la conducta.

Aristóteles tenía razón al afirmar que "el hombre es un animal político, es decir, sociable por naturaleza". Completamos este pensamiento diciendo: que es un animal político, cuyos objetivos dentro del mundo social a que pertenece pueden coordinarse en una moral.

Este valor moral, este ideal de vida es la más grande de las aspiraciones de los hombres y de los pueblos. Pero no puede ser alcanzado como acto puro de la razón, del sentimiento, de las creencias, o por éxtasis, sino mediante acciones apoyadas en hechos reales y cotidianos. Los hechos cotidianos forman la base de la vida de los pueblos. Por eso interesa sobremanera que la educación para la vida política se apoye en esos hechos. La vida política —como la vida misma— constituye un proceso. El hombre no vive a saltos. La forma popular y gráfica del saltimbanqui, el que salta de banco, el que va sin ton ni son de aquí a allí; el que no parece un hombre, lo expresa muy bien.

La vida política de un pueblo es, pues, la serie constante de acciones coordinadas que se desarrollan en todo el curso del proceso de la vida de ese pueblo. Por eso, la vida política debe ser la primera de las preocupaciones del hombre, en tanto él no renuncie a vivir en sociedad. Si la vida política no marcha bien, todo marcha mal. Los habitantes de la torre pueden pensar que "allá se las entienden" los del llano. El está a resguardo, se arregla con lo que tiene. Podrá ser cierto en casos muy determinados, y desde la torre se podrá seguir viendo cómo otros mueren en las verdes o doradas campiñas; pero el proceso marcha, la vida continúa su curso. Ni las montañas son eternas.

El nivel de educación de un pueblo corresponde al nivel de su vida política. Cuando la educación está limitada a un reducido grupo de personas de una comunidad, su vida política está limitada también a ese grupo. Esa comunidad es, en tal caso, de siervos y de señores. Como la democracia no quiere servidumbre de ninguna especie, debe interesarse es que todos sean ciudadanos, es decir miembros de la comunidad, aptos para regirla en bien de todos. Por eso el ciudadano es el más alto ideal de una democracia.

Sin ciudadanos la democracia no existe. Si el individuo trabaja sólo para sí, piensa y vive para sí, el resultado será una anarquía; si trabaja, piensa y vive sólo para lo que un grupo quiere, el resultado será una oligarquía, una dictadura, etc. Los sistemas políticos no nacen, sino que se hacen. Los hombres deben saber construir sistemas adecuados al ideal de todos; por eso interesa la educación del hombre como ciudadano, y en consecuencia su educación para la vida política.

Entre los diversos sistemas políticos de convivencia humana que el hombre ha ensayado hasta ahora, la democracia es el mejor. Incluso, como proceso de educación. Permite desarrollar más sus diversas aptitudes sin pedirle demasiado a una sola. El hombre armónico, integral, es una aspiración muy cara, pero imposible de lograr. El equilibrio perfecto significaría el cese de la vida. La democracia no pide tanto: se conforma con que el hombre vaya mejorando. La educación para la plenitud es siempre un planteo sospechoso para una democracia: como el hombre ideal no existe, se deja abierta la puerta al Mesías o al iluminado, que lo sustituyan. Lo que debe interesar no es el hombre que ha de venir, sino el que tenemos por delante. Es este hombre concreto lo que hay que mejorar y salvar. Si este hombre se salva, lo demás puede salvarse. Esto se ve muy bien en las grandes crisis políticas y sociales. Hay momentos en que todo parece negro, concluído, y en que la idea de dormir y morir amenaza convertirse en la única aspiración. Pero comienzan a trabajar las fuerzas creadoras del hombre, en un proceso porfiado de reeducación y educación; y el hombre se levanta. El mundo ha sido testigo durante la guerra, del grandioso proceso de la resistencia, que no fué otra cosa que un proceso de reeducación y educación hacia objetivos que ya no se miraban o que nunca se habían mirado.

La educación del hombre como ciudadano se cumple en el proceso de su vida cotidiana. No es una educación especial sino general para las sollicitaciones del tiempo y del medio. Para ser ciudadano no hay modelo a la vista. La comunidad, en su conjunto, va modificando constantemente el ideal de la vida ciudadana, requiriendo del ciudadano una elevación de su vida para sí mismo y una mayor contribución a la comunidad. Debe, pues, proporcionarle medios y exigir del ciudadano con-

tribución de resultados. Aún desde el punto de vista económico, el ciudadano es un poderoso factor de creación. Las democracias del futuro serán comunidades muy ricas en toda clase de bienes materiales y morales. Nunca las habrá conocido así el mundo. Hay que tratar de aproximarse a ellas; es aproximarse al mundo del trabajo de todos, al mundo sin privilegios.

Si nuestra comunidad nacional hubiera seguido desde su constitución el proceso democrático, sería mucho más rica de lo que es. Rica es la tierra; rico será el subsuelo; pero aún estos, en gran parte son todavía valores potenciales. El sistema de oligarquías y monopolios es responsable de que sean aún valores potenciales. Ha querido de la tierra y del hombre, solamente lo que coincidía con sus intereses de grupo; no le ha interesado la comunidad nacional; ni que el pueblo se educara como ciudadano. El turno de las casas y las oligarquías continúa. Nada ha cambiado en este aspecto esencial de la vida argentina. El clima nacional es, en líneas generales, trabajar cada uno para sí. Vivimos en un estado de anarquía, quizás sin sospecharlo. El ciudadano, en cambio se siente responsable no sólo ante sí sino también ante la comunidad. La siente suya. Su riqueza privada, moral y material, es su riqueza colectiva. Esto es la democracia.

El mundo futuro de la democracia no es una utopía. La humanidad llegará a él. Será la única salida hacia la convivencia humana. El hombre ha dado muchas pruebas de que es capaz de sobrellevar todas las crisis y superarlas. De no ser así la humanidad hubiera desaparecido hace ya tiempo. Y no ha ocurrido. Este hecho es el que nos permite abrigar esa esperanza. Pero a este mundo futuro no se llegará porqué sí, sino por un proceso que, hasta ahora, la filosofía que lo ha expresado mejor es la dialéctica (tesis, antítesis, síntesis), anticipada hace ya casi dos milenios y medio por Heráclito de Efe-so, con su teoría del fluir de las cosas. No vale de nada discutir si la dialéctica lo explica todo, o si hay otra filosofía más satisfactoria: sería una querrela de clérigos. Lo importante es que todos trabajemos para que el proceso de la vida humana se desarrolle superando todas las crisis y contradicciones, has-

ta llegar a la síntesis u objetivo —en nuestro caso de la democracia— del ciudadano.

Educación para la vida política no quiere decir solamente educación para actuar en los partidos políticos. La vida política es la organización, administración, gobierno de una comunidad de seres humanos. Es el término equivalente a vida pública cuando éste se contrapone al de vida privada. La educación para actuar en los partidos políticos es una parte de la educación para la vida política.

La democracia es el sistema de convivencia más interesado en el desarrollo de la vida política de la comunidad, porque su propósito es que todos participen en la organización, administración y gobierno de la misma. Esta participación debe ser colectiva en el mayor grado posible. El ciudadano debe ser el agente activo y permanente de esa participación. Si esto no ocurre, el sistema político tendrá solamente un rótulo democrático. Durante años hemos vivido en la Argentina bajo el régimen de los monopolios económicos y de las oligarquías políticas. Estábamos lejos de la democracia. El camino actual hacia las oligarquías económicas y el monopolio político no ha de acercarnos a la democracia que deseamos: continuará alejándonos de ella. El ciudadano era casi cero. Sigue casi cero. Poco puede usar del derecho mínimo del asistente a una asamblea, de: "Pido la palabra". La organización, administración y gobierno de la comunidad se le presentan como un asunto que no le concierne. Puede decir sí o no; pero nada más. Lo que le interesa al ciudadano, en cambio, es entrar en el proceso de la vida pública, y no solamente criticar o aplaudir, sino impulsarlo, ser su partícipe, responsabilizarse de su desarrollo. El miembro de una comunidad aunque vote libremente y reciba más salario, pero tenga muy poco o nada que hacer en la administración de las cosas comunes, no es un ciudadano de carne y hueso sino un ciudadano de libreta. Hay que ir al ciudadano viviente. Por eso interesa mucho a una democracia la educación para la vida política. El ciudadano se capacita y se dignifica como hombre. Una vida política es siempre una forma avanzada de cultura. La flecha y el arco son el punto máximo del hombre en su era del salvajismo; con la alfarería da un paso más y entra en el todavía oscuro período de

la barbarie; con el alfabeto fonético y el empleo de la escritura llega a la civilización. Sólo con su vida política crea una cultura.

Acaso se diga: la educación para la vida política no lo remedia todo; siempre el hombre tendrá que recurrir a la emergencia o la violencia. Ya sé que la educación no lo puede todo, pero lo que puede, lo puede de verdad. Un pueblo con un alto nivel de educación política democrática ofrece muchas menos posibilidades de arraigo a las dictaduras. Un claro ejemplo de esto nos lo dió la Alemania nazi. Esa Alemania no comenzó con Hitler, sino mucho antes: la educación alemana, la filosofía alemana habían preparado durante más de un siglo al nuevo pueblo elegido. La educación democrática en Alemania pudo ser el sueño de algunos, pero la educación y la filosofía dominantes fueron pre-totalitarias.

En ninguna parte del mundo hay, todavía, una democracia perfecta. Esto no es óbice para que un día se logre una que se aproxime. Lo importante es ir acercándose; para ello hay que dar al ciudadano participación y responsabilidad, capacitándolo. En esto puede el Poder Ejecutivo de una república desempeñar un gran papel. El dispone del mejor sistema de relaciones con todos los habitantes del país, a través de su personal administrativo, magisterio y profesorado, fuerzas armadas, policía, etcétera, además de relaciones indirectas de innumerables cuerpos privados o semi-privados que se mantienen en su órbita; y no olvidemos el imponderable de la acción moral que puede ejercer a través de los otros poderes: el legislativo y el judicial; y en general, sobre todas y cada una de las distintas actividades y agrupaciones que hay en el país. Nadie puede ejercer tanto poder sobre el pueblo como el conjunto de los tres poderes. La participación en esta influencia es variable, pero lo normal es que el Poder Ejecutivo siempre ha tenido en la vida política argentina la parte del león. Por eso que el Poder Ejecutivo —al que por antonomasia se le llama siempre “el gobierno”— es el que mejor puede dar, quitar o negar su inmenso apoyo al proceso de educación de la vida política del pueblo.

El papel del gobierno es siempre material y moral en esa tarea educativa. Es una buena práctica lo que se dice “acercarse al pueblo”, conocer sus necesidades, ampliar efectivamen-

te sus horizontes, abrir cauces a toda acción que tienda a la capacitación del hombre como ciudadano, ya sea a través de su capacitación social, técnica, cultural, elevación de nivel de vida, etc., ya sea para acrecentar en el pueblo su responsabilidad; pero es también muy buena práctica lo inverso: acercar al pueblo al gobierno, es decir a la organización y administración de la comunidad; de modo que adquiriera no solamente la responsabilidad de su propia tarea como moral privada, sino también la responsabilidad como moral pública. A medida que un gobierno da mayor participación al pueblo en la organización y administración de la cosa pública, estimulándolo y ayudándolo previamente para que se capacite en ello, distribuye tareas y responsabilidades, con lo cual el gobierno se hace menos difícil y pesado; todos trabajan mejor, el país recoge más bienes y beneficios; y, cosa muy importante, se preparan ciudadanos para el gobierno de los intereses comunes. Porque a la democracia le interesa mucho que todos estén capacitados para ejercer cualquier función pública. Los únicos regímenes que no tienen este interés son las dictaduras. Las dictaduras tratan de alejar al pueblo todo lo posible, porque así, pocos o ninguno pueden sucederles sin recurrir a la violencia. Y el ejercicio de la violencia es casi un bocado de cardenal, muy poco accesible al pueblo; quien, además, se inclina difícilmente a ejercerla.

En una democracia, el gobierno debe estimular siempre al pueblo para que examine diariamente todo lo que se refiere a la llamada cosa pública, haciéndole saber con toda verdad lo que ocurre, dejándole opinar libremente. Los gobiernos producen actos a cada instante. Estos actos son también sus palabras. No necesita casi explicarlos. En cambio, el pueblo, como no produce tales actos, es el que tiene que hablar. Un gobierno democrático debe empeñarse en educar al pueblo en el uso de la palabra; debe estimularlo para que forme asociaciones o agrupaciones, temporarias o permanentes; para que aprenda a pensar sobre los asuntos públicos. Una escuela de preparación para el conocimiento de los asuntos públicos sería una de las grandes creaciones educativas que honrarían para siempre a un gobierno democrático. Y si no se quiere fundar y organizar la escuela, hay plazas públicas. Deben ha-

bilitarse libremente algunas plazas en días y horas en que el pueblo está libre de ocupaciones, para que la gente vaya a discutir el asunto del día. Este libre uso de la plaza pública, de la prensa, la radiotelefonía, el cinematógrafo, el teatro, etc., dan oportunidad al pueblo para capacitarse en el lugar del país en que esté. Sabemos que uno de los defectos de nuestra querida escuela primaria —me refiero a la de Sarmiento— para poder cumplir su programa escrito, fué la extensión del país, la falta de buenas comunicaciones y la población diseminada. La escuela de la opinión pública, con los actuales medios de comunicación —cito a la radiotelefonía para ser breve— salva muy bien esos inconvenientes del país, que aún subsisten. Resumiendo, diré; que la escuela de la opinión pública es para el comienzo de organización de nuestra democracia política, lo que la escuela primaria de Sarmiento fué para el comienzo de nuestra organización nacional.

Un gobierno que se esfuerce en esa tarea educativa será siempre apoyado y querido por el pueblo. El pueblo es muy sensible al reconocimiento de sus condiciones y virtudes; puede no tenerlas desarrolladas, y acaso tenga menos de las que supone, pero si a la palabra de aliento se une la participación efectiva, y esta participación es para educarlo y elevar su nivel de vida, y darle realmente responsabilidad en la cosa pública, un pueblo caído puede convertirse en un pueblo que hace maravillas. Esto lo sabe el maestro de escuela que se consagra a su tarea; lo sabe cualquier madre o padre, hermano o camarada. Los hombres son de acuerdo a la educación que tienen. Con los pueblos ocurre lo mismo, y su educación política marca la línea de su nivel de educación.

Se ha dicho muchas veces que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen; con lo cual se ha querido expresar que cae sobre los pueblos la responsabilidad de los malos gobiernos que se les imponen o que eligen. Yo no creo que sea exacto. En la vida, muy poco es elección; casi nada se elige o se decide de acuerdo a los verdaderos deseos: se opta, simplemente. Lo que importa es mejorar siempre las condiciones de opción. Esto se logra por un proceso educativo que prepara al pueblo para elegir, y al mismo tiempo crea más dentro de lo cual se puede elegir.

Una educación para la vida política, parte esencial de la educación de un pueblo, debe tener las mismas bases de ésta: sus necesidades. Estas necesidades adquieren, por la complejidad de sus relaciones, el carácter de problemas. La educación para la vida política es, pues, educación sobre la base de los problemas de la vida de la comunidad. No es, pues, mediante cátedra de moral o teoría política como se educa al pueblo para este tipo de vida, sino orientándolo, capacitándolo para conocer sus problemas y resolverlos. Una democracia debe ser muy celosa en este conocimiento, porque debe tener la responsabilidad de la organización, administración y gobierno de la vida de la comunidad. Los siervos dejaban esta tarea a sus amos, pero los ciudadanos no deben hacer eso. Deben estar informados de todo: cómo se administra justicia y los dineros públicos; cómo se legisla, cómo se organiza la economía nacional, la educación, el cuidado de los bienes, la política exterior e interior; en fin: debe saber todo, absolutamente todo. Los patriotas que hace casi siglo y medio golpearon las puertas del Cabildo, resumieron en una frase, ya famosa, el contenido de esta aspiración esencial: "el pueblo quiere saber de qué se trata".

La familia, la escuela, las asociaciones y los partidos políticos tienen una parte esencial que cumplir en esta educación para la vida política. ¿La escuela? dirán muchos, enseguida. Sí: la escuela. La escuela del Estado —primaria, secundaria, superior— toda clase de escuela pública y privada, debe ocuparse de la educación para la vida política de sus alumnos; y de ser posible, que su enseñanza trascienda más allá de la escuela: que los alumnos la lleven a su familia, a sus amigos, a la calle. Si todos deben ser ciudadanos, ¿cómo no ha de enseñar la escuela, en todos sus grados, a ser mejor ciudadano cada día? Para esto no sirve el catecismo de la instrucción cívica sino los problemas de la comunidad. El niño, el joven, están en cuanto a estos problemas en la edad de los aprendices; hay que enseñarles, pues ellos algún día tendrán que manejar este inmenso taller que es la nación entera. En la escuela primaria enseñarles, por ejemplo, cómo está distribuída la población en una ciudad; por qué lo está así; si eso puede mejorarse y cómo; dónde y por qué se necesitan lugares de esparci-

miento; qué tareas educativas y de placer pueden desarrollarse; cómo se abastece la ciudad de todo lo que necesita diariamente; cómo se higieniza, en qué consiste la asistencia social; cómo se trabaja, cuál es su vida comercial, cultural, etc. Y sacar conclusiones, penetrar despacio en los problemas. Lo que hoy se hace es una farsa del conocimiento de la ciudad: uno o dos paseos en "bañadera"; quizás la visita a un museo. No se roza un sólo problema. Y esto es lo importante: el problema. La vida de un ser humano, en cualquier edad, es esencialmente un problema que espera una solución. Lo mismo ocurre con la comunidad. No pretendo que la escuela muestre todo y hable de todo. Debe escoger algo que sirva bien al objetivo que se persigue. Una lección periódica de lo que está contenido en un aula puede encerrar todo un mundo de la vida de la ciudad. Si esta lección se da sobre algún hecho o cosa de la vida cotidiana común que despierte vivamente la curiosidad, tanto mejor. Y si en la escuela primaria es posible abrir más al niño las puertas de la vida de la comunidad, en la secundaria y superior la apertura puede ser más amplia. Ya los problemas comunes empiezan a preocupar; se buscan respuestas y son pocas las que se encuentran. A la información deficiente se agrega la impotencia para afrontar todo lo que se le viene al joven encima. Problemas grandes y soluciones mediocres. Se improvisa. La juventud se agita, se esfuerza hasta el heroísmo; pero los resultados son siempre muy inferiores al esfuerzo empleado. Porque no estaba preparada; porque no se hizo nada para prepararla.

La preparación para la vida política llega a su punto más delicado en la juventud. A esa edad se tiene energía y entusiasmo para todo; pero hay una desproporción natural entre la gran cantidad de cosas que se quieren y lo poco que se sabe hacer. Y ese escaso caudal es toda la fortuna. Se entra pobre y se continúa pobre.

Los grandes problemas políticos de la democracia sólo podrán ser afrontados por un pueblo que desde niño ha comenzado a educarse para la vida política. Eso puede hacerse por etapas. De niños también enseñamos a nuestros hijos a afrontar algún día la responsabilidad de constituir una familia; pero no empezamos por plantearles los conflictos de nuestra edad

madura: les hacemos observar, interesándoles poco a poco en los conflictos que les deparan su edad y su medio y enseñándoles a resolverlos. No es, entonces, como maliciosa o erróneamente se dice, llevar la política a la escuela, sino llevar los problemas de la organización, administración y gobierno de la comunidad, es decir de la vida política de la comunidad, a la escuela. Esto no es hacer política sino educación para la vida política, que es muy distinto. Hacer política es inducir en favor de un grupo, de un hombre, de una bandería. Explicar la vida política del país en que se vive, —y llegado el caso, del mundo— es hacer comprender el país y el mundo de mejor manera. Los hechos políticos, los problemas políticos deben, pues, ser parte del programa de la escuela como hechos y problemas de la vida política. Esto sólo puede hacerlo una escuela democrática de verdad; no lo hace la escuela de las democracias espurias, que son las únicas democracias que hay hoy en día. Tampoco lo hacen las escuelas de las democracias que hay hoy en día. Tampoco lo hacen las escuelas de las dictaduras. Ambas muestran de la realidad lo que conviene a ciertos objetivos suyos. De lo demás, nada. ¿Será así siempre? La respuesta debe darse con el propio proceso en que entra en conflicto la tesis de los valores absolutos —valores de gobierno— con la antítesis de los valores de acción —valores del pueblo—. Hace miles de años que este conflicto está planteado. Hace también mucho tiempo que los hombres pensaron que la solución, la síntesis de este conflicto está en la democracia. El futuro dirá si eso es cierto. El pasado y el presente pueden decir que hasta ahora es el mejor de los caminos.

Los problemas del tiempo y del medio constituyen el material de estudio del aprendiz de ciudadano. Como la mayoría de la población no concurre a ninguna escuela, o porque no ha ido nunca o porque ha cerrado su período escolar, es necesario que el aprendizaje se haga por otros medios, porque de lo contrario sería la muerte política de la nación. Por esto es muy importante el papel de la familia, de las asociaciones y de los partidos políticos.

Las familias dedican siempre un margen de tiempo a comentar algún problema de la comunidad; pero el tema es el que le proporcionan la prensa, las revistas, la radio. Por sí mis-

mos muy pocos pueden informarse. Lo que estos medios de comunicación no propalan, se ignora. El asunto es importante cuando aparece a 8 columnas o la radio insiste cada cinco minutos con la noticia. Débil base de apreciación para la educación democrática. Es preciso saber más; crear medios de comunicación adicionales. Si los grupos familiares quisieran, se podría hacerlo. Siempre hay en el vecindario, en la ciudad quienes sepan más que otros. Los que saben pueden formar grupos de información de problemas del barrio o de la comunidad. Las familias deberían prestarles apoyo. Tal información serviría de base para reuniones periódicas de miembros de diversas familias, del mismo vecindario o de otras partes. Un tema al alcance de todo el grupo, sencillamente expresado, sin discursos, sin otro propósito que el de presentar un problema y el de tratar de hacerlo comprender; una hora o dos; sin perjudicar ninguna otra tarea. El afán de discursos y el subterfugio de banderías no haría más que deshacer la reunión y les pondría punto final. Quien viva en barrios obreros o de clase media sabe que existe un antecedente imperfecto de lo que propongo: las conversaciones de puerta a puerta entre vecinos, sobre, por ejemplo, la escasez de papas o de kerosene. Lo que propongo es más eficaz. Estos clubes de conversación constituirían una buena escuela preparatoria de educación para la vida política.

Lo que se ha empleado hasta ahora, aquí, como medio de interesar sobre problemas de la ciudad es la formación de asociaciones pro-mejoramiento de tal cosa: la vivienda, el nivel de precios para ajustarlo al de los salarios, etc. Son atisbos de escuelas de educación para la vida política, pero ponen el énfasis más en la agitación episódica de la opinión pública que en el proceso de esa educación. Tendrían que empeñarse en formar grupos permanentes de estudio, que luego estarían en condiciones de impulsar un nuevo movimiento de opinión de mayor estabilidad y alcance. Sin la formación de esos grupos la labor de tales agrupaciones será efímera. Hay que arraigar algo, porque de lo contrario la tierra queda pelada. Un núcleo de estudio formado a raíz de una agitación pública lleva por un tiempo el calor de esa agitación, que lo estimula en su trabajo. Los grandes descubrimientos científicos

son etapas del proceso por el cual el hombre, estimulado vivamente por necesidades, llega a una conclusión. Los grandes descubrimientos o concepciones sociales surgen también de hechos que golpearon la conciencia. El pensamiento expresa luego ese estado de conciencia y concreta las condiciones para una acción futura. No hay que dejar, pues, que todo quede en agitación. Hay que hacer decantar algo; recogerlo, examinarlo y ponerlo luego en la corriente del proceso de un nuevo estado de conciencia. Un nuevo estado de conciencia importa mucho a la vida, porque el punto final del hombre es el punto final de un estado de conciencia.

El papel de los partidos políticos en la educación para la vida política debe ser su función principal. Del nivel y firmeza de esa educación depende el nivel y firmeza de los partidos. Se robustecen a medida que el pueblo comparte sus opiniones, por haber comprendido el pueblo dónde está la verdad, cuáles son los mejores defensores de sus intereses y cuáles lo hacen con más generosidad. Los partidos políticos deben ser órgano de opinión en primer término. La conquista de cargos o de todo el poder sólo puede ser la etapa subsiguiente. El poder se pierde si la opinión no acompaña. A una dictadura puede interesarle la opinión. Pero hablamos de una democracia.

Hay partidos pequeños cuya fuerza de opinión es muy grande. Esta es su fuerza. Con ella podrían conquistar número. El número es siempre una consecuencia de la fuerza de opinión. Por subestimar esto es por lo que decaen viejos partidos y fracasan partidos nuevos. Primero es la corriente de opinión después, el partido. La crisis o debilidad de los partidos políticos en la Argentina es debida a la carencia de grandes corrientes de opinión. Se suele hacer un examen justo de hechos, pero no se consigue abrir un cauce para todo el mundo. Es como trabajar sobre la roca. No hay madurez previa en la masa. De ahí la urgencia de la educación para la vida política.

La formación de una corriente de opinión política se hace sobre la base de problemas. Y el orden sería éste: problemas—corrientes de opinión—partidos. El país tiene grandes problemas; pero no tiene grandes corrientes de opinión; por eso no tiene grandes partidos. La fragmentación de nuestro más grande partido popular; la Unión Cívica Radical es un ejemplo de lo

que digo: hay diversas corrientes, unas más importantes que otras, pero ninguna todavía con suficiente caudal como para impulsar a todo el partido. ¿Es cuestión de hombres? ¿Con tal líder o tal otro? No: es cuestión de corrientes de opinión.

Es vital, pues, para los partidos que el país piense, que tenga un pensamiento político sobre los problemas de la comunidad. Puede no ser estrictamente el pensamiento del partido sobre su programa o su doctrina; pero en tanto ese programa y esa doctrina correspondan al momento del país y del mundo, influirán en la formación del pensamiento político del pueblo. Un pueblo con pensamiento político es el que construye los grandes e históricos partidos.

Los partidos políticos deben, pues, fundar escuelas de educación para la vida política. Es legítimo admitir que tales escuelas tendrán como objetivo la doctrina del partido; así, por ejemplo, el Partido Conservador enseñará a interpretar los hechos económicos, sociales, jurídicos y políticos de manera distinta que el Partido Comunista; pero si tales escuelas se proponen —admitida esa particular interpretación— educar al pueblo para la organización, administración y gobierno de la comunidad, interesándolo en sus problemas, la doctrina no es óbice para que el pueblo adquiera un estado de conciencia. Cuando a un pueblo se le enseña a pensar, no hay que tener miedo de lo que piense en un momento dado, por equivocado que pueda ser. Los hombres nunca piensan cosas perfectas. Lo importante es, pues, que los pueblos piensen, que no permanezcan fuera del proceso de reflexión sobre los problemas de la comunidad. La aventura del pensamiento ha sido siempre la más grande de las hazañas del hombre. Por eso el fascismo, el nazismo y el falangismo aspiraron y aspiran, no a que el hombre piense como quieren ellos, sino a que no piense de ninguna manera. La sumisión al führer, al duce o al caudillo no significa otra cosa que el fin de la aventura del pensamiento; que es como decir el fin del hombre.

Cuando todos los partidos políticos tengan su escuela —no su ateneo para discursos— se habrán creado mejores condiciones para la formación de una corriente de opinión, no sólo en cada uno de ellos —lo que es importante— sino en el propio seno del pueblo. Y entonces sí se podrá pensar seriamente en

que se estarán echando las bases de la formación de algún gran partido nuevo, en el cual coincidan hombres y partidos sobre problemas, que es la única forma segura de coincidir. Mientras no haya acuerdo sobre la interpretación y la manera de solucionar grandes problemas del país, como ser: reforma agraria, latifundio fiscal y privado, régimen del capital extranjero, función del Estado y los particulares en el desarrollo de la economía, etc., no habrá posibilidad de una coincidencia de grupos políticos, que hoy divergen sobre cosas esenciales. Las alianzas pueden llevar al poder por el número de votos, pero el problema no está en la elección sino después de la elección. Si la opinión pública estuviera bien orientada, las rupturas y las desviaciones serían menos frecuentes e importantes. Incluso en una dictadura, una opinión pública bien orientada es un freno. Los pueblos deben estar en condiciones de exigir el cumplimiento de los programas políticos. Una prueba del bajo nivel de educación política está en el hecho de que se puede todavía enunciar cualquier programa y luego no cumplirse, en la seguridad que sólo una escasa minoría denunciará el fraude. El resto del pueblo permanece indiferente; no sabe, no está educado para saber lo que ese programa significa. En una democracia el pueblo debe saber leer de corrido los programas. Así también sabrá leer de corrido los hechos de sus gobernantes.

Si los partidos ponen el énfasis de su acción en la educación para la vida política, salvan las dificultades que para la acción política les crea el hecho de que hasta ahora en ningún país del mundo, un partido haya podido incluir a todo el pueblo. No sé si esta dificultad subsistirá "per secula seculorum", pero hoy es un hecho incontrovertible. Ni a los incluidos en las banderías, ni a los que están fuera de las banderías interesa en una democracia un divorcio en la acción política. Ambos constituyen grandes sectores de hombres políticos; lo único que los distingue es que unos están en una bandería, y otros, no. Es una distinción de muy poca importancia. La verdadera distinción es si se está o no de acuerdo en el planteo y solución de los grandes problemas. En una oligarquía o dictadura la bandería es esencial, porque el poder es para el grupo, el clan o el hombre; de ahí la importancia del distintivo, de los signos secretos, de los santo y seña; pero en una demo-

eracia el partido político cede en importancia a la ciudadanía, porque todos los partidos deben —si aspiran a la democracia— inscribir como primer punto de su programa el ciudadano. Así, la comunidad entre el hombre de partido y el hombre de la calle, entre hombres de diversos partidos sería un hecho frecuente. Los partidos viven más del hombre de la calle que de sus afiliados. Porque viven de hombres políticos. La distinción entre político y apolítico para señalar a los que pertenecen o no a una bandería, es errónea.

Nos queda por examinar ahora el papel de las asociaciones en la educación política. Hay millares en el país; culturales, deportivas, mutualistas, gremiales. Están constituídas regularmente por gente de la clase media, por obreros y profesionales. Sus estatutos suelen tener una cláusula que dice: prohibición de ocuparse de asuntos políticos y religiosos. Todos entienden bien de qué se trata en cuanto a la prohibición. Se ha llegado a ello después de una larga y respetable experiencia. Pero lo que no todos entienden es que una cosa son asuntos políticos, y otra, la vida política del barrio o de la comunidad. Esta vida política, que, como he dicho, se refiere al gobierno, organización y administración de la vida de la comunidad, puede estar en conflicto con la asociación. En tal caso, ¿se va a encerrar ésta en el estrecho margen de que está prohibido lo político, y no va a ocupar el resto de la hoja, constituido por la vida política? Voy a dar ejemplo: si el gobierno aplicara un impuesto a las asociaciones, que significara su desangramiento económico, ¿no convocarían a sus afiliados para resolver este grave problema? ¡Claro que los convocarían! ¿Qué nos está diciendo esto? Que hay infinidad de problemas de la vida política del barrio o de la comunidad que deben merecer la atención regular de las asociaciones. Si un barrio decae, es evidente que cualquier asociación del mismo decae, o parece. ¿No van a interesarse, pues, de la vida del barrio? ¿O hay que esperar a que el agua le llegue al cuello a cada uno? No: los problemas del barrio o de la comunidad son previos, impostergables. Para la democracia todos los problemas comunes son impostergables, indivisibles. Las asociaciones podrían desarrollar una acción muy amplia en la educación para la vida política. Tienen organización y recursos para re-

unir personal capacitado. El país tiene más asociaciones que escuelas primarias. Sumados sus asociados, el total es varias veces superior al de los afiliados de todos los partidos políticos juntos. Así como creo que en la muchachada está el comienzo de una educación de adultos para la vida política, que puede llegar a todos los puntos del país.

La educación política guarda estrecha relación con las condiciones económicas y sociales del medio, pues tiene que hacerse sobre la base de las necesidades y de los problemas. Pero ¿consiste este medio solamente en la tierra donde está asentado cada hogar?

Aquí comienza un nuevo aspecto de la educación; lo que se podría llamar educación para la vida internacional. Es de su planteo del que podríamos sacar algunas conclusiones para desarrollar los dos últimos temas de mi exposición de hoy: si un ideal político es lo que da fisonomía a un pueblo, y cuál debe ser el ideal político del pueblo argentino. Podemos decir, sin embargo, sobre la base del examen realizado hasta ahora, que es exacto que un ideal político es la fisonomía de un pueblo, porque es la más alta expresión de lo que quiere como comunidad. Esta expresión es la parte visible de un proceso que muestra en cada episodio los hechos y las cosas que van configurando una fisonomía. Nuestra fisonomía de pueblo, es, en el episodio contemporáneo la de un rostro de mirada imprecisa, de labios cerrados. Y pregunto: ¿Es así, mudos y desorientados como vamos a continuar viviendo?

Evidentemente, no debe ser así. El ciudadano, la democracia, que constituyen el ideal político de nuestro pueblo, exigen que el pueblo mire, examine, hable. Un pueblo sin opinión no es un pueblo: es una masa quieta o a la deriva.

Conferencias pronunciadas en el Colegio.
los días 21 y 28 de julio de 1947.

Libertad y servidumbre de la inteligencia

por JORGE THENON

El 6 de marzo de 1946, el presidente de los Estados Unidos de América, Mr. Truman, pronunció un discurso ante el Consejo Federal de Cultos, en Columbus, implorando el auxilio "de las fuerzas de choque de las religiones católica, judía y protestante" para librar al hombre de las desdichadas consecuencias de su propio genio. Ese hombre que reclamaba humildemente el auxilio de los dioses, olvidando que cada uno de ellos pretende ser el único y verdadero, era el mismo que en aquella mañana memorable, lanzó al éter su grito de victoria porque había herido de un sólo golpe, con una sola bomba atómica, el corazón de centenares de miles de habitantes de la nación enemiga. Era extraño que el dueño y señor de la energía atómica, se presentase ante el tribunal de los dioses reclamando protección contra los efectos de su propia industria. El discurso de Mr. Truman inducía a pensar en las relaciones entre el hombre y la ciencia, entre el progreso industrial del siglo XX y la organización social que impide utilizar la ciencia para el provecho y la felicidad del hombre.

En el transcurso de los siglos, tan lejos como pueda llevarnos el análisis histórico de las sociedades primitivas, el conocimiento del mundo circundante transcurre entre el pensamiento mágico y animista del hombre prehistórico y el pensamiento crítico nacido de la experiencia. Esa oposición inicial entre el animismo mágico que convierte el mundo en un

juguete de nuestro deseo omnipotente y el pensamiento crítico, que revela y expresa la realidad, entre aquella concepción idealista y soñadora y la concepción materialista que admite la realidad del mundo objetivo y la certeza del juicio, se ha prolongado hasta nuestros días. En la incesante batalla, con sus mártires y sus héroes, el caudal de las ciencias ha marchado sin pausa desplazando las creencias, las ideas preconcebidas y los dogmas. Pero ese avance ha sido desigual. Los obstáculos opuestos al progreso del conocimiento surgieron no tan sólo del imperfecto mecanismo técnico utilizado sino del propio desenvolvimiento del pensar primitivo, de la concepción del mundo imperante en la sociedad antigua y de los intereses vinculados al tipo social de convivencia.

En aquellos tiempos remotísimos, de millones de años, el hombre era prisionero de elementos desconocidos, vivía rodeado de peligros, aterrado, en chozas de barro, o en las oquedades de la roca, o en la cima de los árboles; no dominaba los elementos, ni domesticaba animales, ni encendía el fuego. Como parece ocurrir ahora con Mr. Truman en el siglo de la técnica, aquel hombre sin industria, brújula, reloj o compás, elevaba sus preces a los dioses que personificaban las fuerzas que no dominaba; aquel hombre se deslizaba en medio de la turbación que le inspiraba lo desconocido, adiestrando sus manos en la tosca manufactura de las armas, ejercitando sus dedos, multiplicando y combinando los movimientos de la mano, instrumento creador de la inteligencia. Las familias se agruparon en aquella comunidad primitiva, donde no había tuyo ni mío, según expresa el Quijote en el famoso discurso a los cabreros, sobre la Arcadia legendaria.

Aquella organización social primitiva, tribal, con leyes y costumbres rígidas, inspiradas en la necesidad de la defensa y la subsistencia, obraba como una fuerza, que en la propia sencillez ocultaba el secreto de su eficacia. La organización, el Jefe, los totem, a la vez que mantenían la estructura de la familia y el gen primitivo, aseguraban al individuo cierto dominio sobre la naturaleza que por sí sólo no podía alcanzar, pero a la vez le alejaban del goce independiente y libre. Entre el hombre y la naturaleza se iba interponiendo un aparato técnico de creciente complicación, un organismo social, económico

y religioso. Este último se apropió desde el comienzo de la concepción mágica del mundo y administraba las dádivas, súplicas y sacrificios, destinados a glorificar a los dioses.

Las primeras conquistas sobre la naturaleza física constituyen las bases iniciales sobre las que el hombre comienza a erguirse. Sus conocimientos empíricos, las transformaciones que ellos le permitían ejercitar sobre el mundo que le rodeaba, le indujeron a anticipar ciertos resultados derivados de la combinación artificial de los factores. El principio de causalidad se incorporó de ese modo al pensamiento, la observación y la práctica se reflejaron en la formulación de los juicios. Primero fué la mano, después el pensamiento y la trayectoria de miles y miles de años trazada desde el origen del fuego por fricción hasta la formulación del juicio inductivo de la transformación de la energía, "no corresponde tan sólo a la historia de la ciencia y la inteligencia humana, sino también a la historia natural de la inteligencia y el cerebro del hombre como algo que no es dado, sino que se organiza evolutivamente". (Engels - Dialéctica de la naturaleza). Para desarrollar el problema que nos preocupa no es preciso apelar al testimonio y análisis de la prehistoria. La marcha del conocimiento y el trabajo humano es un proceso histórico y la técnica, sus aplicaciones y el grado de aprovechamiento individual de la riqueza, están ligados a la historia de la sociedad, a los hábitos de vida, las costumbres y el modo de convivencia, esclavista, feudal, burguesa, según sea el tipo de vida social, clase dominante y tipo de estado.

El proceso del trabajo en la historia de la ciencia.

El desarrollo de la ciencia es inherente al proceso del trabajo. Cuando el hombre de las comunidades primitivas construía sus armas, encendía el fuego, preparaba los cueros que le abrigan, iba incorporando algunas observaciones de la realidad que señalaron el comienzo de la teoría. Conocía empíricamente los hechos de la naturaleza que correspondían a sus necesidades primarias, las costumbres de los animales, la dureza del material de sus armas.

Teoría y práctica permanecieron, en un principio, indisolublemente ligadas. Más, a medida que el instrumento se perfeccionaba y los trabajos se diferenciaron, paulatinamente, en el curso de los siglos, sobrevino una división substancial: la práctica quedaba en manos de los trabajadores, que fueron los esclavos, los siervos de la gleba, mientras que el conocimiento, la explicación del mundo, la ciencia, en suma, la teoría, permanecía en manos de ciertos grupos privilegiados, los sacerdotes, los magos, médicos y adivinos. La relación del hombre con la naturaleza, la paulatina sujeción de las fuerzas ciegas del universo a la industria y la técnica, fueron presentadas como una osada tentativa del hombre para apropiarse del secreto de los dioses. Cada paso adelante era considerado por la religión como un peligro para su poder temporal y espiritual: los poderosos administradores del temor sentían el riesgo que para ellos significaba el progreso de la ciencia. Los mitos reflejaban la incertidumbre del hombre ante su propia obra y su sentimiento de culpa era acicateado por el rito religioso: a la sombra del miedo inspirado por la religión, se ha perpetuado la idea que sus conquistas eran una usurpación o una herejía. En todo caso, las religiones se rendían ante los hechos descubiertos por la ciencia, pero resistían con vigor toda modificación del concepto filosófico del mundo, que procurase cimentarse sobre aquellos hechos. En los tiempos modernos, ¿no intenta Maritain negar el valor científico y la existencia del hombre de Neerdenthal?

La división del trabajo manual e intelectual.

El trabajador manual, desde los comienzos del trabajo hasta los prolegómenos de la industria moderna, debía elaborar el conjunto de su mercancía. No había división del trabajo y adquiría una destreza especial en la totalidad de su artesanía. "Aquellos conocimientos, aquella inteligencia y voluntad que el campesino o el menestral independientes ejercitaban antes, aunque en pequeña escala, con la libertad con que el salvaje desarrolla su astucia en las artes de la guerra, no tendrán ya otro campo que el marco y la organización del ta-

ller" (Marx). Si la primera división entre la teoría y la práctica se operó escindiendo la producción humana y retrasando su desarrollo, también se operaron transformaciones en el obrero a medida que el trabajo se dividía en el taller y el perfeccionamiento mecánico aproximaba la era de la manufactura a la era de la gran industria. El trabajo manufacturero mutila al obrero, dice Marx. "Ya en la cooperación simple se inicia este proceso de desdoblamiento que hace que el capitalista presente, ante los trabajadores aislados, la unidad y la voluntad del trabajador colectivo". El obrero, aislado de la teoría, perdida gradualmente su noción del conjunto y finalidad de la producción, deliberadamente mantenido en la ignorancia, se contrae más y más a la tarea limitada que se le asigna en el taller. En el capitalismo moderno, el trabajo standard y en cadena han llevado a esta consecuencia inevitable: el obrero que mueve su brazo, su antebrazo o su torso, como un buey, desarrolla en forma coordinada su cerebro según lo requiere esa labor tan estrecha. En su cerebro y en su cuerpo sólo adquieren predominio funcional y orgánico, aquellas partes destinadas a tan mezquina labor.

Como consecuencia de ese estado de cosas, todo lo que fuera inteligencia, imaginación, conocimiento era un estorbo para el movimiento mecánico, incesante y automático, requerido por la división del trabajo en la gran industria. Ello explica, según Ferguson, que en algunas manufacturas del siglo XVIII se empleasen operarios simples, de preferencia personas semi-idiotas, para tareas que significasen un secreto de fabricación. El desarrollo de la técnica obligó más tarde a la burguesía industrial a fomentar el aprendizaje del trabajador, pues el manejo de máquinas complicadas requería cierta responsabilidad que sólo alguna medida de conocimiento permitía asegurar. Pero en ningún momento la cultura se llevaba tan a fondo que permitiese al obrero advertir el mecanismo de la producción, el sentido final de su labor, acercar la práctica a la teoría. Sólo se quería más eficiencia en el manejo de la máquina pues como decía Sarmiento al propugnar la educación popular, el que sabe leer maneja mejor el arado. Economistas y sociólogos del siglo XVIII y XIX advirtieron sobre la mutilación mental que se verificaba en el obrero de la manufactu-

ra y creyeron que su instrucción mejoraría la producción de mercancía. Adam Smith, discípulo de Ferguson, dice: "La inteligencia de la mayoría de los hombres se fomenta con la práctica de las diarias operaciones de su vida. Un hombre que limitara su vida a realizar diariamente unas cuantas operaciones simples no tendría ocasión de desarrollar su entendimiento. Caería en el grado máximo de ignorancia y estupidez compatibles con la condición humana". (1).

El capitalismo como sistema de producción separa la ciencia del trabajo manual, la utiliza independientemente, y procura mantener ajenos a los trabajadores de la mano y de la inteligencia, respecto al papel de integración que desempeñan en el proceso productivo. Las dos actividades que en los tiempos primitivos, premanufactureros, marchaban de consuno, se aislaron en virtud de la división del trabajo, que si bien facilitó el desarrollo de la técnica, constituyó al fin un motivo de retroceso. Entre ambas actividades sociales del hombre se interpuso el sistema de producción en el cual se sucedieron esclavos y señores, siervos y feudales, proletarios y capitalistas. La gran industria señala la perfección de este proceso. En ella la ciencia, como poder independiente de producción, se separa del trabajo y se pone al servicio del capital (Engels).

A medida que la gran industria progresaba, más y más, se advertía la necesidad de apelar a la ciencia y ponerla a su servicio. La práctica indicaba el camino a seguir. Sin teoría científica la industria capitalista se desprendía de un fuerte y eficaz factor de plus valía en la competencia pues los inventos debidos a la ciencia experimental y el ingenio de los sabios, disminuía el costo de la producción y reducía el valor de la mano obrera. Ciencia y trabajo manual, ciencia y manufactura, pese a la división impuesta por el trabajo manufacturero, mantenían sin embargo una estrecha relación de dependencia.

(1) Smith pensó que podía subsanarse esta degradación física y mental con la educación popular mínima. Pero Garnier, su traductor y comentarista, se rebela, confiándonos algo que evidencia con crudeza esta situación que analizamos: "Unir lo que se separa (se refiere al trabajo manual e intelectual) ¿no sería acaso, romper el resorte de la sociedad capitalista? Marx (p. 267). El capital.

La herramienta del trabajador y el instrumento científico surgen del mismo proceso del trabajo y evolucionaban en estrecha y recíproca correspondencia. Pero en la conciencia del sabio y del obrero, no había penetrado aún esta relación necesaria y menos aún la relación de su trabajo con la marcha general de la economía, la política y la historia.

De la herramienta a la maquinaria — La revolución industrial.

“Cuando la herramienta se convirtió en maquinaria, separándose del hombre, ocurrieron las profundas alteraciones de la técnica de producción que ocasionaron las revoluciones industriales que adquieren su apogeo en Inglaterra en el siglo XVII en Francia en el siglo XVIII. Al producir máquinas para fabricar máquinas la gran industria crea su base técnica adecuada y su fundamento propio. La ciencia conquista entonces una supremacía indiscutible en la nueva producción pues “el medio de trabajo adquiere, con la forma de maquinaria, una existencia material y la más experimentada rutina por la aplicación reflexiva de las ciencias de la naturaleza” (Marx). El poder del hombre sobre la naturaleza crecía vertiginosamente pero nunca se desplegaba en toda su potencia, pues su marcha dependía del proceso de la producción, en que el instrumento científico, a su vez, era mercancía.

Desde el momento en que este proceso alcanza su más alto nivel de desarrollo, el capitalismo incorpora la ciencia a la gran industria, fomenta la investigación, destina millones a los laboratorios anexos. Los inmensos capitales acumulados descuentan incluso la pérdida transitoria que representa un sabio que investiga libremente. Pero el móvil que indujo a la industria a fomentar el trabajo científico, esto es, la ganancia y el provecho mercantil, se convertía a su vez en factor de deformación y retroceso de la producción científica. En las crisis periódicas del capitalismo y en las guerras inherentes al sistema, se ponen en evidencia estos motivos deformantes que en las épocas de prosperidad y de paz pasan inadvertidos. ¿Qué invento, en efecto, puede desarrollarse si ha de producir en un momento dado una crisis de la producción? Desde la compra del invento para su anulación hasta las trabas más verosímiles, se oponen a su desarrollo. En la guerra, la total subordinación de la técnica a las necesidades de la guerra condiciona entera-

mente, a ese fin destructor, las energías de la inteligencia científica.

En su marcha contradictoria, la industria moderna ha promovido interesantes cambios en la producción de la ciencia. Los laboratorios de las grandes plantas industriales superan hoy día a los que sostienen las universidades y los sabios más destacados han trabajado en colaboración con las industrias o directamente, integrando el mecanismo industrial, participando en su propia transformación espiritual, sin tener conciencia, muchas veces, diría la mayoría, del papel que desempeñan en la transformación de la ciencia y el trabajo. En verdad, esta nueva manera de producción científica que recibe un poderoso impulso en los siglos XVII y XVIII, con el modo burgués de producción, ha elevado el nivel de la ciencia. La ciencia se desarrolla a la par de sus instrumentos de medida, pues el instrumento requerido por la industria es cada vez más preciso y complejo y este a su vez permite al científico medir y penetrar con certidumbre en el mecanismo íntimo de la naturaleza. En virtud de la enorme diferenciación adquirida por el progreso técnico el hombre de ciencia moderno sólo puede adelantar trabajando en "team" o en equipo y su mentalidad, disciplinada para ese género de labor ha evolucionado de tal modo que no podría andar ya por sí sola. En la vecindad de la fuente de trabajo, es decir en la industria moderna, la actividad del científico y fabricante de instrumentos es recíproca y dependiente. El cerebro del sabio es hoy un conjunto de cerebros adiestrados y en último término, la inteligencia moderna no sólo cuenta con instrumentos que sobrepasan el alcance y precisión de sus sentidos, sino que opera con ayuda de verdaderas máquinas pensantes, usinas de cálculo matemático, que realizan en el término de horas o minutos, las operaciones complejas que otrora requerían un tiempo infinitamente mayor.

Es innegable que la ciencia moderna se ha desarrollado con la gran industria y ha cambiado la forma de la producción científica. Las revoluciones de la técnica, desde la máquina hiladora hasta la industria moderna, fortalecen la unión necesaria entre la ciencia y el trabajo y muestran claramente la contradicción que la impulsa y detiene en el modo de producción capitalista. En virtud de esa insanable incapacidad del

sistema, destinado a producir sin orden ni concierto para el lucro privado, limitada o deformada la producción por el imperio de la apropiación privada de sus frutos, la ciencia experimenta los mismos contratiempos de la industria. Profundas derivaciones se originan, no obstante, en el avance impetuoso y anárquico de la industria y la técnica capitalista. Sus frutos han sido magníficos y la humanidad futura reconocerá en los prodigiosos inventos de los siglos XIX y XX, que el hombre no ha perdido su tiempo durante la dramática historia del capitalismo.

Pero parece que hemos llegado a un punto, de acuerdo con la oración de Mr. Truman, en que ese instrumento destinado a liberarnos, mediante el dominio de la naturaleza, se ha convertido a su vez en impulso ciego, de opresión y de muerte. Mr. Truman piensa, como el hombre primitivo, que sólo el auxilio de un frente unido de dioses puede librarle, no ya de la naturaleza creada y regida por ellos, sino de las consecuencias de la propia industria del hombre. A los antiguos dioses y demonios en los cuales ya no creemos, se ha substituído el diabólico poder de la técnica moderna. ¿Pero es acaso la técnica la responsable de este grave peligro? Será necesario aniquilarla, destruir las máquinas e instrumentos, como los obreros luditas de Inglaterra, en 1796, lanzados al hambre y la miseria por la introducción de la máquina en la industria textil? El concepto del valor y contenido social de la ciencia nos permite comprender que lo que se necesita destruir no es la ciencia, sino la organización que hoy se muestra impotente para administrar su poderío y asegurar la felicidad de los hombres (1).

(1) Cuando los soldados americanos victoriosos entraron en Tokio, recibieron orden de destruir un gigantesco ciclotrón que los japoneses habían construído para sus trabajos experimentales sobre fisión atómica. ¿Por qué destruir ese instrumento precioso? No hubiera sido más útil asegurar la democracia japonesa y derribar del trono al monarca sanguinario que aún se pasea al sol después de habernos aturcido con sus amenazas y sus ejércitos? ¿O es que Pearl Harbour y los héroes de Corregidor, para no mentar los millones de chinos sacrificados, ya no cuentan para los sucesores del gran Roosevelt?

El físico alemán Heisenberg, experto en energía atómica cuenta que el comando americano arrebató una pila de plutonio que pertenecía

Sin embargo la ciencia es el instrumento de la libertad del hombre, ella permite el dominio de la naturaleza y podría asegurar el bienestar de la humanidad. Mediante la ciencia, decía Epicuro, el hombre se desembaraza del terror a la muerte y los dioses. La filosofía emancipa también al hombre del terror, demostrándole que fuera del universo no hay nada que pueda irrumpir en él y realizar un cambio. Demócrito y Epicuro, que concibieron el proceso de la naturaleza, que hablaron del movimiento intrínseco del átomo esbozando la teoría de su impulso interno, creían que mediante el estudio de la naturaleza y de sus leyes se alcanzaba la felicidad. ¿Cómo es posible, entonces, que en la era moderna, cuando la anticipación teórica de Epicuro sobre el átomo destruye un recinto aún más recóndito de los dioses, un hombre de Kansas resuelve entregar su secreto a la custodia de la divinidad? Todo ello revela que el sistema de producción del trabajo y la técnica científica se halla al borde de una crisis y en lugar de asegurar la libertad y la alegría de los hombres, amenaza con su destrucción.

Se sabe que en los comienzos de la era capitalista, tan tristemente epilogada por sus actuales dirigentes, el materialismo se desarrolla con la técnica y la ciencia experimental. Sus hombres más destacados no dudaron un instante de la misión liberadora de la verdad y la ciencia, jamás imploraron a los dioses que les librasen de los frutos prodigiosos del ingenio humano. Bacon, que fué un progenitor del materialismo y las ciencias experimentales, que con Locke y Hobbes tuvo tan grande influencia entre los ilustrados y enciclopedistas franceses del siglo XVIII, decía que el verdadero y legítimo objetivo de la ciencia consiste en enriquecer la vida humana con nuevos inventos y descubrimientos. Pero a la naturaleza se la puede vencer sólo sometiéndola, o sea conociendo sus leyes. "Por eso, el principal objeto, el que se debe tener presen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a los franceses, ocupantes del lugar. ¿La ciencia francesa no era acaso merecedora de ese material indispensable para los estudios de la energía nuclear? Un sistema que apela a la destrucción y el escamoteo expresa la contradicción insanable que mina sus entrañas.

te constantemente es la propia materia, así como su diversa constitución y transformación. La teoría y la práctica se hallan estrechamente ligadas: lo que en la teoría fué una base, un efecto, una causa, en la práctica se convierte en una regla, en un objetivo, o en un medio.”

La actitud del presidente norteamericano, dueño y señor de la energía de los átomos, con la que ni siquiera soñaron los científicos más avanzados de todos los tiempos, hombre moderno que habría de expresar su alegría ante el instrumento poderoso que nos ha de liberar, contraría las esperanzas de aquellos que desde la antigüedad impulsaron al desarrollo de la ciencia experimental. ¿Para qué habría de proclamar Descartes, en pleno reinado del despotismo y de la Iglesia, la omnipotencia de la razón humana? La línea de pensadores que arranca en Demócrito y Aristóteles, que pasa por los gigantes científicos y pensadores del Renacimiento, Leonardo, Erasmo, la lucha obstinada y heroica contra el dogma, la superstición, la escolástica, G. Bruno, J. Servet, el genio de Galileo, Newton y Keplero, la Enciclopedia, Diderot, Helvetio, D'Holbach, Linneo, Buffon, Darwin, toda esa magnífica sucesión de sabios, honra y prez del genio humano, habrían sucumbido al final del desarrollo de una ciencia que ellos impulsaron y que creyeron destinada a liberarlos del terror y las necesidades? Si la prédica de Mr. Truman gana el corazón de los hombres, habría que apagar la tea por ellos encendida, en el altar de la libertad y la razón.

El deber de la inteligencia.

La tarea más urgente de la inteligencia es tomar buena cuenta del peligro, pues se quiere utilizar el conocimiento científico para desatar una nueva guerra y se procura además desacreditar la razón, reducir el alcance de la ciencia experimental.

Dos grandes amenazas se ciernen sobre el intelectual: por una parte se intenta obscurecer su entendimiento de la realidad, convertirlo de nuevo en un técnico, un especialista auto-

mático y servil. Además, se auspicia el apoliticismo de la inteligencia como una actitud sana y ejemplar.

La coerción íntima es impuesta mediante el desarrollo de los sistemas irracionalistas, que constituyen la expresión más acabada de la reacción cultural, mediante el descrédito del pensamiento crítico y el apoyo consecuente a las doctrinas irracionalistas, intuicionistas y otras. El combate entre el idealismo y el materialismo se renueva bajo nuevas formas en vísperas de la crisis que amenaza el capitalismo imperialista. En cuanto a la coerción extrínseca, ella consiste en difundir por todos los medios, la inevitabilidad de una nueva guerra.

La actitud de los sabios frente a la crisis actual del mundo y su cultura es aleccionadora y me atrevo a decirlo, altamente promisor, pues consideran la función social de la ciencia cada vez con más amplitud y coraje. Bernal, el gran físico inglés dice en el N.º 5 de "La Pensée": "Continuar la caracterización de la ciencia como un esfuerzo para describir las bellezas o penetrar los misterios del universo no serviría para nada hoy. Esta concepción ha hecho su época: pertenece a una época en que la seguridad individual o colectiva podía parecer asegurada y la organización general de la sociedad, estabilizada. Es legítimo que el público se irrite ante la idea del sabio puro aislándose para proseguir placenteramente sus investigaciones sobre temas de importancia mínima o lejana, mientras que alrededor de él el mundo es hecho pedazos, que los aviones de bombardeo, los cañones, los tanques y otras máquinas de destrucción se imponen a nosotros como los resultados más evidentes de la investigación científica".

"En todo caso es evidente que los sabios abandonan esta concepción puramente académica de una investigación desinteresada de la verdad, acompañada de una sublime indiferencia en cuanto a las consecuencias de sus descubrimientos. La ciencia, desde hace tiempo representa algo más que eso, se ha convertido en parte integrante de la actividad industrial o agrícola, contribuye al mantenimiento de la salud pública e interviene más y más en la conducción de los asuntos privados o gubernamentales. Sus métodos y sus resultados son las formas dominantes de pensamiento y acción de nuestro tiempo. Lo que interesa es caracterizar acertadamente el modo de pro-

ducción de la ciencia moderna (1). El progreso de la ciencia sería imposible sin el de la industria. Los grandes descubrimientos del siglo XX han sido hechos gracias a las aplicaciones industriales de los descubrimientos del siglo XIX. Sin la existencia de los instrumentos de precisión y las facilidades de las industrias químicas o eléctricas, la física y la química moderna no podrían desenvolverse”.

“Pero ello comporta una verdad incompleta si no se agrega que la ciencia moderna ha tomado nacimiento en las mismas circunstancias en que se ha desarrollado el capitalismo. Ella está fuertemente ligada a las ideas de iniciativa individual y libertad de pensamiento. Y sin embargo, la combinación de la técnica científica y de la economía capitalista ha tenido por resultado la creación de monopolios nacionales e internacionales cuyo desarrollo ha casi completamente eliminado de los viejos métodos individualistas de la industria.”

Los industriales han procurado creer y hacer creer que el lucro industrial no era hostil al desarrollo independiente de la ciencia. En una conferencia sobre la Fundación Rockefeller, pronunciada el año último en el Instituto Popular de Conferencias, Hackett nos dió un ejemplo del sabio aislado y conforme con el sistema que auspicia su labor. Hackett pertenece al grupo de sabios que no analizan. Marcha hacia el objetivo propuesto por la Fundación y se hace eco del pensamiento de los amos. Rockefeller se propuso el “bienestar de la humanidad en todo el mundo”. La Fundación Rockefeller, agregó, no puede saber cuáles serán los resultados finales de su actividad, pero, según los últimos informes, dice Hackett, desempeñó un papel, “un papel inconsciente, en la producción de la bomba atómica”. Es triste comprobar que los sabios jueguen un papel inconsciente en el proceso de sus investigaciones y es más triste aún comprobar que los escasos millones de dólares que la institución Rockefeller ha destinado a la profilaxis de la fiebre amarilla y otras enfermedades, no compensan los millones usurpados a los pueblos colonizados por su capital monopolista. Las vidas arrancadas a la uncinariosis y el

(1) Subrayado por nosotros.

paludismo, no pueden hacernos olvidar los miles de hombres desaparecidos en el Chaco Paraguayo, en la guerra desatada para el usufructo del petróleo, o las guerras civiles de la China por motivos derivados del monopolio mercantil.

Pero ya no es posible refugiarse en el inconsciente o volver la espalda a la realidad, pues la diferencia esencial entre el presente y el pasado es —dice Bernal— que tenemos ahora la posibilidad, la obligación misma, de organizar de manera consciente lo que ha resultado antes del juego espontáneo de las fuerzas sociales (1). No es indiferente que Fermi y Oppenheimer prodiguen su genio creador a la actividad del grupo imperialista guerrero americano. Ellos no trabajan para el pueblo americano, preparan su servidumbre y aseguran los cerrojos de la jaula dorada que les aisla del mundo bajo la mirada vigilante de la policía secreta.

El peligro de la situación presente, dice Bernal, es que una tentativa puede ser hecha para acaparar la ciencia y ponerla al servicio de fines particulares. “Un tal uso de la ciencia no haría sino acrecentar nuestros sufrimientos y las dificultades opuestas al desarrollo de nuestra civilización. La ciencia no puede ser tratada como una fuerza material e inanimada. Si se la degrada así, la estupidez de los fines no es ya más digna de la excelencia de los medios.”

Pero Bernal es un ejemplo magnífico del científico libre. Cree en la razón y la ciencia pero juzga que la transformación del mundo, necesaria para la libertad de la ciencia, es obra de los pueblos. Su exposición refleja un alto nivel de comprensión dialéctica. “Una descripción exacta de nuestra situación debe, no sólo mostrar las posibilidades de la ciencia, sino los obstáculos que pueden impedir el alcanzarlas. Existe hoy día la esperanza creciente de ver suceder a la gran guerra un mundo mejor que el antiguo. Encarar la estructura posible de ese mundo sin ver los obstáculos sería engañoso. Debemos examinar estos obstáculos cuidadosamente, aquí y ahora. La estupidez individual o colectiva, el deseo de mantener en la sociedad un orden o una jerarquía caduca han sido en el pasado y son

(1) Subrayado por nosotros.

ahora, aún hoy, factores poderoso que retardan el progreso. Si no terminamos con ellos y sin tardanza, no hay ninguna esperanza para un mundo mejor. Es este el problema más importante de nuestra época y es un problema social y político". Otro ilustre contemporáneo, Haldane, completa el pensamiento de Bernal y demuestra que la libertad intrínseca del pensador consiste en aproximarse a las corrientes materialistas que impulsaron el progreso del conocimiento, vitalizarlas y darles un nuevo contenido. Pero a la vez, en conocimiento de los factores sociales que obstaculizan el libre desenvolvimiento de la ciencia, el sabio se incorpora a las corrientes sociales y políticas que proclaman la supremacía de la razón y procuran acelerar el tránsito de la sociedad hacia formas de vida más justas. ¿Cómo puede ser libre la ciencia en un sistema en que el dominio de los intereses particulares lleva a la guerra y la destrucción de su propia actividad creadora de cultura? "La subordinación de las ciencias a las ciegas fuerzas económicas en una sociedad que vive bajo el signo de la fatalidad, la degrada y humilla".

La humanidad se encuentra ante una situación difícil, dice Haldane. "En el pasado se ha procurado resolver un gran número de problemas aplicando el pensamiento científico, es decir, el pensamiento materialista. Nosotros ensayamos resolver nuestros problemas políticos por un llamado a los "valores eternos". Pero esos valores eternos, dice, son fenómenos sociales que han aparecido en el curso de los últimos milenios, a medida que la organización social crecía y se complicaba. Esos valores eternos "son útiles para aquellos que ocupan en el presente situaciones confortables y que desearían ver el actual estado de cosas, con algunos cambios menores, durar eternamente".

Los ejemplos magníficos de Langevin, Joliot-Curie, Bernal y Haldane, nos muestran el camino de la libertad. Ellos han roto el sortilegio que les apartaba del proceso histórico, han adquirido conciencia de su papel y el papel de la ciencia, se han plegado a las fuerzas políticas de vanguardia que adelanta sus pasos de gigante hacia el mundo del futuro. "Como yo deseo ver salir de nuestros trastornos actuales una sociedad racional, dice Haldane, no sólo soy yo mismo un mate-

rialista, sino que hago lo que puedo para convertir a los otros".

La posición alcanzada por estos pensadores revela que la inteligencia puede considerarse libre cuando se ubica en el proceso de transformación constante de la naturaleza, la historia y la sociedad; somos libres cuando al sabernos sujeto y objeto de la transformación en curso, es decir, en el conocimiento del rumbo necesario, apoyamos toda nuestra fuerza en el sentido del desenlace propicio".

Si la libertad es el conocimiento de la necesidad, la ciencia es el instrumento supremo de esa libertad. Pero ella no es una actividad aislada sino un factor decisivo de la producción y la libertad consiste en reconocer los factores que la desenvuelven y contienen, los que le dan impulso y freno, pues ambos, en contradicción constante, mueven el desarrollo de la ciencia en la era del capitalismo hasta adquirir una magnitud monstruosa en la etapa final del imperialismo, en vísperas de la Revolución. El científico no debe rehusarse ya a designar con sus nombres las fuerzas que hoy promueven el cambio que se avecina en la historia y cuando hable de imperialismo, que es de por sí retardatorio y guerrero, ha de señalarlo con justicia rehusándose a enturbiar su juicio con las prédicas interesadas en confundirlo.

La inteligencia no puede temer la revolución. Las revoluciones de los pueblos estimulan el desarrollo de las ciencias: la Convención Nacional dió el título de tribunos honorarios de la Primera República Francesa a Goethe, Schiller y Klopstock, y es un símbolo de los tiempos que a la puerta del museo de Goethe, restaurado en Weimar, monte la guardia de honor un guerrero veterano de la guarnición de Stalingrado.

La solución que Mr. Truman nos sugiere no es muy agradable: pilas de oro y bombas atómicas para defender la civilización occidental. Las águilas de Berchtergaden, alejadas de sus nidos revolotean sobre el Capitolio. Para ello se procura revivir la prédica de Hitler y actualizar una nueva doctrina racista que lleve a los pueblos de Occidente contra los de Oriente. Si el terror atómico y el dinero no son suficientes para reducir a los pueblos, se apelará a la guerra preventiva, lo ha dicho Churchill en Fulton, lo predica cierta prensa americana.

El nuevo racismo.

En el lenguaje corriente de este nuevo racismo, el occidental es tolerante, condescendiente, generoso, y si se quiere, dulce y agradable, enemigo de toda dictadura. El oriental, en cambio, es caracterizado como un ser extraño, sectario, apto para mandar como un déspota o rebajarse como un esclavo. Inútil es decir que estas aptitudes son atávicas y nada podrá redimirlos, salvo que acepten la ayuda de un gobernante oriundo de occidente, aunque sea ruso y admitan sin réplica que la libertad alada, se quitó la sandalia en el Capitolio de Washington. Sentadas estas premisas, surge, lógicamente, la necesidad para estudiar más tarde, en las Academias, el cráneo de aldad del sometimiento o el exterminio de tales seres inferiores, algún comisario político, de acuerdo con la malograda vocación científica de Himmler. La confusión intelectual que engendra este sofisma es enorme, pues frente al desagradable "espíritu oriental" de Stalin, Dimitrov y Tito, qué simpáticos, razonables y occidentales parecen Chan Kai Shek, Hirohito y el rey de Grecia! Será necesario exhumar a Gobineau, Rosemberg, Günther y Spengler con su cultura fáustica levantada contra el Oriente y aplicar la maravillosa máquina de la propaganda americana, para hacer olvidar a los pueblos que Hitler empleó ese lenguaje en su proclama de guerra. Es la teoría del asalto y el robo y es por lo tanto peligroso hacerse eco de una filosofía que comienza como un preludio suave, delicado, en torno de las sutiles diferencias que separan el alma occidental de la oriental y termina con la estridencia de un bombardeo. Los pensadores del irracionalismo construyeron sus sistemas en el Occidente radiante y orgulloso y de Occidente salieron asimismo los representantes más puros del arianismo y mercenarios de todos los países incluidos en la órbita del imperio teutón. Esta vanguardia guerrera de la "cultura occidental" destruyó por el fuego y la metralla los museos de Borodín y de Tolstoi, la Universidad de Karkov y cien ciudades de Oriente. Entre los hombres cultos de Occidente se reclutaron los masacradores de judíos, esclavizadores de pueblos, verdugos de Lidice y de Buchenwald, médicos envenenadores y abogados de la raza superior. Hitler, Himmler,

Laval y Quisling, eran occidentales. Ellos también, como el bondadoso Mr. Truman, se creyeron depositarios de la voluntad de Dios y reanudaron el rito del fuego, el culto de Wotan y entonaron el canto de Sigfrido. Las leyendas del Rhin y de la Selva Negra, dieron a esa prédica la fuerza poética que Mr. Truman no encuentra en las extensas llanuras de Arizona o en la baraúnda infernal de la banca neoyorquina. Es indispensable, por lo tanto, saber cuál es el sentido profundo que anima una civilización capaz de producir tales ejemplares de la raza superior de los señores. Ellos no obraban como occidentales, llevados por una predestinación geográfica, sino como capitanes de las fuerzas de choque del imperialismo. Los adversarios de la civilización y los amigos del progreso y la cultura, están en Oriente y Occidente, al Sur y al Norte y en su agrupamiento decisivo, en el orden nacional e internacional, reacción e imperialismo contra democracia, es sin duda ésta última la más poderosa y debe decidirse a ganar la partida. Los pueblos que soportaron los horrores del nazismo sienten como un silbido agudo y doloroso el parafraseo de los discursos de Hitler. A ellos también se les señalaba el peligro del oriente bárbaro y misterioso, mientras la gran Alemania blandía la espada y atronaba el espacio con sus gritos de guerra. Lo que allá terminó herido de muerte entre las ruinas de Stalingrado y en el corazón de París, recomienza en el Capitolio americano; lo que entonces era el mecanismo exacto y cronométrico de las Panzer Divisionen, hoy es el dólar, el soborno y la bomba atómica.

El hombre de ciencia y el intelectual son libres en la medida en que comprenden que la libertad no se nutre de su sólo enunciado abstracto. En el orden civil ella está dada por la posibilidad real y no formal de un desarrollo histórico en que la razón y la ciencia dominen el curso de los acontecimientos desde la base de sustentación de la sociedad civil, la economía, la producción y distribución de la riqueza. El intelectual es libre en la medida que comprende que la sociedad se halla en vísperas de una transformación cuyo curso debe advertir, cuando se siente a sí mismo percedero con aquellos valores que él creía eternos, cuando presiente que el cambio social ha de condicionar su propio cambio en las nuevas formas de cultura que

han de sucederle; es libre, en fin, cuando se dispone inclusive a cooperar activamente en la transformación social que juzga racional y necesaria. En ese momento la inteligencia se compenetra de su propio valor, se agiganta en su propia dignidad y un soplo vivificante penetra el pensamiento e infunde al hombre la alegría infinita de la libertad reconquistada.

La cultura y la paz.

Si la guerra estallara de nuevo, confiando el atacante en el poder de las armas atómicas dirigidas por las ondas radioeléctricas, la ciencia habría proporcionado los medios de destrucción que Hitler no supo o no pudo elaborar; sería el caso de un triunfo sin ejército en lucha, sin pueblo combatiente. Es decir que una minoría poderosa de cerebros técnicos y su corte de servidores, habría exterminado al pueblo de Stalingrado; pero ¿quién asegura que sus armas victoriosas no han de volver su mortífera carga sobre las democracias y los hombres libres que presenciaren impasibles o impotentes el ataque inaudito? La inteligencia que intenta cimentar su libre desarrollo y asegurar su misión progresista y bienhechora, debe oponerse al plan de guerra americano. Ello no sólo obstaculiza el retroceso que se quiere imponer a la cultura, sino que coopera en el desenvolvimiento pacífico, hasta donde sea posible, de las nuevas democracias, cuyas estrellas apuntan en el cielo oriental. Para ello, la inteligencia debe oponerse al plan hegemónico y liberticida que apoya su potencia en las minorías reaccionarias de cada país, preparando a los pueblos para el gran ataque transcontinental. El pensador, consciente de su misión social, integra así el curso de las cosas, se ubica el mismo en el proceso y lo impulsa con la libertad que otorga el conocimiento de la necesidad, facilitando la tarea de los dioses a quienes el piadoso Mr. Truman ha debido apelar. Si la bomba atómica no estalla por sí sola, si para lanzarla se requiere la fuerza de los brazos, nosotros, americanos, impediremos que el gigante cuya monstruosa cabeza está en el arsenal atómico de Chicago apoye su pie en las tierras libres de América. Por otra parte ¿qué suerte nos espera si en defensa de la civiliza-

ción occidental se destruye todo lo oriental que desagrade a Mr. Truman, Vandenberg y otros exponentes del "modo" occidental? En la última guerra murieron 30 millones de hombres y sin embargo la industria capitalista no se recobra. La China, el Egipto, Palestina, Grecia, la India, viven convulsionados; el hambre hace estragos. La bomba atómica multiplicaría por diez el número de muertos y dejaría una secuela de tarados y miserables que no podrían comprar el último modelo de la General Motors. Ante semejante perspectiva de desastre sin remedio, esforcémonos en convencer a Mr. Truman de que la energía nuclear ha dejado de pertenecer al fuero de los dioses; que ellos no tienen poder para desatarla, que nada saben de la bomba atómica, que los profetas más avisados del Apocalipsis nada dijeron de esa energía poderosa, pues en sus vaticinios no pasaron de la guerra bacteriológica. Procuraremos persuadirle para que recobre su confianza en sí mismo, que adquiera la convicción de que ella no estallará si él no quiere, que no abandonará su sitio si él no la arroja en determinada dirección, que él es, en fin, más fuerte que los dioses de cera de los templos.

Nosotros no queremos delegar a los dioses el arbitrio de la paz o la guerra; creemos en los pueblos, en las lecciones del sacrificio y el martirio de la guerra, en el trabajo pacífico, en la autodeterminación de las naciones. Aunque los dioses descuidaran su guardia milenaria, desoyendo el humanitario reclamo de Mr. Truman y sus corifeos, será difícil arrastrar a los pueblos a una nueva guerra y mucho menos contra aquellos que batieron al invencible ejército alemán y su cortejo de barbarie. La tierra tiembla bajo los cimientos del capitalismo imperialista, ahito de dólares y la ayuda de todos los dioses pasados y presentes, la conjunción de Mr. Truman con los representantes terrenos del cielo y del Olimpo, no impedirá la inevitable decadencia de una fuerza enemiga de la civilización de Oriente y de Occidente.

Vida del Colegio

NOMINA DE LOS CURSOS Y CONFERENCIAS DE AGOSTO Y SETIEMBRE

CEBALLOS, ALEJANDRO: "La cirugía durante la guerra", el lunes 15 de setiembre a las 19.

DUHAMEL, GEORGES: "El cinematógrafo y el porvenir", el lunes 11 de agosto a las 19.

FATONE, VICENTE: "Los fundadores de religiones", todos los sábados a las 18.

GOLLAN, JOSUE (h.): "De la moral y la conducta", el lunes 18 de agosto a las 19.

GUILLEN, NICOLAS: "Tres muertes españolas: Federico García Lorca, Antonio Machado, Miguel Hernández", el sábado 27 de setiembre a las 19.

GUZMAN, NICOMEDES: "Trayectoria de la novela chilena del presente siglo", el viernes 22 de agosto a las 19.

LAJMANOVICH, SARA KURLAT DE: "Inglés básico", todos los miércoles y viernes a las 18 y 30.

MAZZA, SIGFRIDO C.: "Principios de inferencia estadística", todos los martes a las 19 a partir del 5 de agosto.

MONNER SANS, JOSE MARIA: "Introducción a la literatura", todos los miércoles y viernes a las 19 y 30.

NERUDA, PABLO: "Un viaje al corazón de Quevedo", el martes 12 de agosto a las 19.

ORTIZ, RICARDO M.: "Evolución económica de la Argentina", los lunes 1º y 8 de setiembre a las 19.

PRADOS ARRARTE, JESUS: "Inflación y estabilidad monetaria", el lunes 25 de agosto a las 19.

REPETTO, NICOLAS: "Justo y Alberdi en los senderos de la paz", el lunes 22 de setiembre a las 19.

ROMERO, FRANCISCO: "Filosofía de la Cultura", todos los lunes a las 19 a partir del 1º de setiembre.

° "La cultura de Occidente", el sábado 20 de setiembre a las 19.

ROMERO, JOSE LUIS: "Las relaciones entre el individuo y el estado en el mundo occidental", todos los lunes a las 19.

SANCHEZ REULET, ANIBAL: "Introducción a la Filosofía", todos los martes a las 18.

SILVA HERZOG, JESUS: "Recordación de problemas del mundo contemporáneo", el lunes 4 de agosto a las 19; "Meditaciones sobre México", el jueves 7 y el viernes 8 de agosto a las 19.

SOLER, SEBASTIAN: "Interpretación y valoración del derecho", el lunes 29 de setiembre a las 19.

SOLER, SEBASTIAN: "Interpretación y valoración del derecho", el lunes 29 de setiembre a las 19.

VERA, FRANCISCO: "Los cuatro mitos de la Matemática". Todos los jueves de agosto a las 19.

WEBER, GREGORIO: "Algunos aspectos de la investigación científica inglesa durante la guerra". El lunes 8 de setiembre a las 18.

Panorama Cultural

HOMENAJE A RIVADAVIA Y SARMIENTO

En la sede de la Cámara Juvenil de Comercio, el 9 de setiembre a las 19 se efectuó un homenaje conjunto a Bernardino Rivadavia y Domingo Faustino Sarmiento, en ocasión de conmemorarse un nuevo aniversario de la muerte de ambos grandes precursores civiles. Patrocinaron el acto las siguientes instituciones:

Cámara Juvenil de Comercio de la República Argentina, Unión de Instituciones Argentinas, Confederación Argentina de Maestros, Instituto Popular Bernardino Rivadavia, Colegio Libre de Estudios Superiores, Centro de Profesores Diplomados de Enseñanza Secundaria, Fundación Sarmiento, Centro de Estudios de Derecho Constitucional, Acción Laica Argentina, Centro de Extensión Universitaria, Agrupación Cultural Femenina, Sociedad Argentina de Artistas Plásticos, Asociación Constitucional Argentina.

Ocuparon la tribuna los señores Luis Reissig y Juan S. Valmaggia para referirse respectivamente a "Rivadavia, el Civilizador" y a "Sarmiento, el Educador". Reproducimos a continuación las palabras del Secretario del Colegio.

R I V A D A V I A

El 2 de setiembre de 1945 se cumplió el centenario de la muerte del "más grande hombre civil de la tierra de los argentinos": Bernardino Rivadavia. Fueron millares y millares los que en todo el país recordaron, para sí o para los demás, los hechos significativos de su vida pública, de su personalidad moral, de su pensamiento político, de su visión de estadista y de su indiscutida integridad de ciudadano. Congresos, publicaciones, asambleas, reuniones patrióticas, marchas cívicas,

constituyeron, entre otras, las formas destacadas en que Rivadavia fué recordado al pueblo. Pero la cosa más viva que permanece en mí de ese centenario no son los congresos, las publicaciones, las asambleas, las reuniones patrióticas, las marchas cívicas, sino el impresionante silencio de la incomprensión o la indiferencia de millones ante los actos aislados de algunos miles. Nuestro primer Congreso Rivadaviano cupo holgadamente en una sala no excesivamente amplia, y nuestra marcha cívica de la plaza del Congreso a la del Once llenaba de desaliento y de tristeza por lo magra. Yo no sentí en esa marcha, en ningún momento, la incomodidad física del que va casi solo en cuanto a número, ya que poco significaban unos centenares en una ciudad de tres millones; pero sí sentí vivamente, una vez más, hasta dónde entre Rivadavia y la Argentina se mantenía inalterable un viejo desencuentro político. Ese desencuentro político no es otra cosa que el conflicto vívido o latente entre una Argentina que mantiene aún estructuras de la colonia, de la anarquía y del feudalismo, y otra Argentina que pugna por la Reforma. Toda nuestra vida nacional no es otra cosa que una serie de episodios de este gran conflicto, que unas veces se expresa bajo los signos de civilización o barbarie, nación o feudo, democracia o dictadura, ciudadanía o servidumbre, y otras bajo los signos de soberanía absoluta o cooperación internacional, neutralidad o beligerancia, teocracia o laicismo. Las alzas y bajas del nombre de Rivadavia en la vida nacional están exactamente representadas por las alzas y bajas del nivel de las reformas que esa vida nacional rechaza o sustenta. Rivadavia es el primer representante y el pensamiento mismo de la Reforma. Todo lo que le precede no es otra cosa que el preanuncio, el aliento, el verbo, cuya voz sería Mariano Moreno; todo lo que le sigue no es más que la glosa, la corrección técnica, la perfección de su estilo de gobernante. Sarmiento mismo, tan grande, es sobre todo la vivificación y actualización del pensamiento político de Rivadavia, que es como decir el pensamiento de la Reforma. Rosas, el oblicuo y taimado, lo sabía mejor que ninguno; y no en balde ha pasado a la historia como el prototipo máximo de la contrarreforma en el campo de la vida nacional. Con Rosas se afianzan de nuevo el feudo, la dictadura, la servidumbre, la soberanía absoluta y la teocracia, donde él aparece como ser divino. De este afianzamiento no se ha liberado, ni mucho menos, la Argentina, y si con la generación liberal y progresista del 80 parecía que iba a lograrlo en parte, la reacción antiliberal que comienza a ganar poco a poco terreno después del 90 cuidó muy bien de echarle tierra encima o anular toda tentativa de volver o aproximarse a Rivadavia. Hasta tanto las condiciones económicas y sociales de la vida nacional, especialmente en su raíz agraria, no se modifiquen y superen, continuaremos estando más cerca de Rosas que de Rivadavia. Esto es lo que la mayoría del pueblo no ha tenido oportunidad, o no le ha interesado comprender nunca. No se trata de gobiernos, ni de hombres, sino de sistemas. Podríamos estar gobernados por ángeles; pero en tanto esos ángeles mantuvieran las

condiciones sustanciales en que se desenvolvió don Juan Manuel, él sería el dios invisible. Don Juan Manuel es la sombra callada que atraviesa, sin prisa y sin pausa, día y noche, el campo argentino, que muy poco ha cambiado desde su partida. Sí: están las alambradas, las cruces finas, los canales de riego, los silos, los molinos, las máquinas agrícolas, y miles y miles de hectáreas de nuevos cultivos. Pero, ¿dónde está la gran familia campesina? ¿dónde los grupos asociados en crecientes y poderosas cooperativas? ¿dónde los millones, los veinte millones por lo menos, de agricultores, granjeros, quinteros, chacareros, cabañeros, de pequeños industriales a que el país tenía derecho a aspirar con sus inmensas y ricas praderas? Nada de eso existe como célula de la vida nacional; existen solamente unos puñados de centenas de miles que producen mal o bien, unas veces para sí, otras para los monopolios privados o públicos. Casi incivilizados, incultos, sin haber recibido casi estímulos para poder elevarse, su descendencia es, desgraciadamente, una descendencia en doble sentido: la familia campesina, que debió ser en la Argentina la verdadera madre de la vida nacional, es la que provee la masa incalificada, inhábil, indolente, anárquica que año tras año va engrosando el cinturón de las ciudades, y que de seguir así va a lograr un día subalternizar de veras lo que todavía se mantiene de civilización y de cultura. Nuestros campos miran más bien el camino del erial que el del vergel; nuestras ciudades, como entidades de civilización y de cultura, en lugar de urbanizarse se "suburbizan". No hay que engañarse: el rubio taimado de los ojos azules ha vencido hasta ahora al mulato de los labios trompudos. Del gaucho debimos pasar al granjero, pero Martín Fierro perdió o malvendió sus pilchas y metido en bombachas se convirtió en peón. Hasta en eso encuentra el espíritu de don Juan Manuel quien le siga cebando el mate. ¿Cómo no ha de sentirse él en feudo propio, aunque todo se le haya jurídicamente confiscado, cuando todo intento de modificar las condiciones de base de la economía campesina ha sido inexorablemente falseado o frustrado, desde la sabia y oportuna ley de enfiteusis hasta el más tímido intento de Reforma agraria? La tiranía de Rosas causó inmensos daños físicos y morales, algunos irreparables; pero la dictadura económica de la estancia y del latifundio, que él, mejor que ninguno, representaba, fué más funesta aún. De buena parte de aquellos daños físicos y morales el país pudo librarse el día de Caseros, pero del perjudicial dominio de la estancia y del latifundio, todavía no. Es la perpetuación de este dominio lo que ha hecho más daño a la vida nacional que la propia mazorca. No ha matado a ninguno, pero ha hecho algo peor: casi no ha dejado vivir. Piénsese por un momento lo que hubiera significado para la Argentina seguir las huellas de Rivadavia en lugar de las del grupo de estancieros y terratenientes capitaneados por Rosas. Seguir las huellas de Rivadavia significaba crear constantemente fuentes de civilización y de cultura, y por lo tanto, riquezas morales y materiales; elevar al pueblo, y por lo tanto prepararlo para la democracia y educarlo pa-

ra que fuera un ciudadano. Las cosas en manos de muy pocos es la pobreza o la miseria para los más. En los días de Rosas el país estaba al servicio de sus saladeros, que era la industria monopolista de entonces. Durante más de un siglo, eso se mantiene: siempre una industria monopolista ha puesto toda la riqueza del país a su servicio. ¿Qué es lo que ha cambiado? Acaso los apellidos; y a veces, ni eso.

La oligarquía monopolista dominante se da cuenta muy bien de que Rivadavia es el único enemigo serio; y así, con artimañas, primero, por la violencia más tarde, puso punto y coma y luego punto final a la primera tentativa de superar la Colonia, contra la cual se había alzado el pensamiento de Mayo. El pensamiento de Mayo es el pensamiento de la Reforma, que por diversos caminos avanza a través de todos los movimientos progresistas de la colonia. Moreno es el tribuno de ese pensamiento. La contrarreforma, advertida, busca apoyo en Cornelio Saavedra. Moreno cae; pero el pensamiento de Mayo queda a salvo. Una parte del pueblo lo ha hecho suyo. Rivadavia se encargará de darle impulso y elevarlo. Es ya el estratega, el cuasi doctrinario, el primer estadista, el arquitecto de ese pensamiento fogoso y disperso. Lo que San Martín ha hecho en el orden militar —formar un ejército de verdaderos soldados— Rivadavia va a intentarlo en el orden civil: formar un pueblo de verdaderos ciudadanos. La tarea de Rivadavia es mucho más larga y difícil: un buen soldado se forma con una adecuada disciplina de campamento o de cuartel, y se perfecciona en las batallas bien llevadas; un buen ciudadano tiene que ir haciéndose a lo largo de toda la vida, en cada una de sus acciones, públicas y privadas.

A los 4 meses de haberse cumplido el primer aniversario de la revolución, y como secretario del primer triunvirato, inspira el "Estatuto Provisional", ley de garantías y de principios donde se delinean fundamentos de un gobierno representativo. Dos meses después concede la primera carta de ciudadanía. El 9 de Abril de 1812 da cuerpo a un decreto que prohíbe la introducción de esclavos. Es el anticipo de la libertad de vientre que decretaría la Asamblea del año XIII. Se crean escuelas primarias en todos los barrios de la ciudad. El 4 de setiembre de 1812 se dicta un decreto de estímulo y amparo a la inmigración, pocas semanas después de haber enviado a la horca a don Martín de Alzaga. El decreto sobre inmigración y la muerte de Alzaga forman parte de una misma política: abrir cauce al pensamiento de la Reforma dando a la inmigración la oportunidad de transformar el latifundio. Alzaga es un representante muy calificado del latifundio y de la contrarreforma. Don Juan Manuel se encargaría de vengar a don Martín, mandando a la horca a toda reforma que tuvo a su alcance.

El secretario del Triunvirato de 1811 es en 1821 Ministro del gobernador Rodríguez. Ocho días después de su nombramiento pide a la Sala de Representantes de la provincia de Buenos Aires se faculte al gobierno para "promover la inmigración de familias industriales de Europa, a fin de establecer nuevas poblaciones en el sur"; pide, también,

se trate de inmediato su proyecto sobre seguridad individual y la derogación de las facultades extraordinarias que tenía hasta ese momento el mismo gobierno. Obtiene, más tarde, la sanción de un proyecto sobre sistema representativo. Se suprime el derecho que se cobraba por amasar el pan; se crea una junta de comerciantes y hacendados para "promover y elevar al conocimiento del gobierno todo lo que pueda contribuir al progreso del comercio y a la mejora de la agricultura". Se deroga el decreto que prohíbe el enlace de españoles europeos con los hijos del país; pide la creación de la Universidad de Buenos Aires; funda la Facultad de Medicina y el Archivo General; deroga toda restricción sobre libertad de imprenta; dispone se garantice y asegure los contratos que hagan los dueños de fábricas o maestros con sus oficiales y aprendices. Podría leerse una larga lista de sus grandes iniciativas y creaciones.

Pero, ¿qué ocurre en el campo, mientras? Desde luego, el bajo fondo de la vida nacional representado por sus caudillos. Un periódico de la época describe así nuestra campaña: "No es raro ver que un propietario de una legua cuadrada de terreno sea dueño de varios millares de cabezas de toro, carneros y caballos, y viva en una miserable choza, y tenga las simples cosas necesarias para la vida. Su casa está cubierta de cueros y sus muebles hechos con el mismo material". Estamos hoy lejos en el tiempo solar de los días de Rivadavia, pero no tanto en el tiempo social. Rivadavia comprende que hay que entrar a fondo en la vida del campo si se quiere transformar a la Argentina. Pocos instrumentos tiene a su alcance; acaso solamente su integridad y sus decretos. ¿Qué hace, Rivadavia? Dicta el 17 de Abril de 1822 un decreto por el cual se establece, entre otras cosas, que hasta la sanción de la ley sobre terrenos no se expedirá título alguno de propiedad de tierras del Estado, ni se las pondrá en remate. Esta resolución la completa unos meses más tarde disponiendo sean puestos en enfiteusis los terrenos que estén a la orden del Ministro de Hacienda. Con estas disposiciones Rivadavia se ha enfrentado con el primer gran enemigo del país: el terrateniente y el señor de estancias. Son los amos de la economía dominante. Ha herido sus más sagrados intereses, que se basan en la propiedad, más que absoluta, absolutista, que el mismo Código de Vélez Sársfield no tiene más remedio que consagrar, nada menos que en 1870, en su artículo 2513, que muestra descarnadamente la inmensa soberbia del derecho que se asegura: el propietario —dice ese artículo— puede desnaturalizar, degradar o destruir el bien que le pertenece. ¡Desnaturalizar, degradar sin consideración alguna a la sociedad! Algún día habrá que hacer la historia política de nuestro Código Civil, y entonces se descubrirán muchas cosas que hasta hoy permanecen ocultas o mal develadas. ¡Qué otro Código hubiérase redactado sin la caída prematura de Rivadavia y sin los largos interregnos que ha sufrido en la Argentina el pensamiento de la Reforma! ¡Cuán distinta sería nuestra vida nacional! Aquel atrevido decreto de 1822 sobre la no enajenación

de la tierra pública, se completaría en la presidencia Rivadavia por la ley de enfiteusis, que concedía el uso pero no la propiedad. ¿Cómo no habrían de revelarse contra Rivadavia los más grandes intereses monopolistas de entonces? De todas sus reformas, ésta fué, sin fuda alguna, la más audaz del pensamiento de la revolución de Mayo. Sus otras reformas anteriores, la eclesiástica y la militar, inclusive, son juegos de niños comparadas con esta lucha contra gigantes todavía invencibles. Estos gigantes padres de la primitiva economía nacional fueron más diestros y poderosos que el presidente que aspiraba a una profunda transformación del campo argentino: primero se convirtieron en enfiteutas, y como diputados del mismo Congreso que consideraba el proyecto de ley, aumentaron de 10 a 20 años el período de la enfiteusis. Todavía Rivadavia era fuerte, contaba con opinión pública; había que esperar un tiempo, minar su obra más que atacarla de frente. Así pensaban y obraban los más listos de los enfiteutas, alguno de los cuales había logrado, como tal, nada menos que 100 leguas. El 10 de Mayo de 1827 Rivadavia intenta detener el nuevo modo de acaparar la tierra que burla su ley, y dispone, en consecuencia, que para evitar "que los campos de propiedad pública vengan a ser patrimonio de unos pocos, con grave perjuicio de la prosperidad pública y de la industria particular de la clase más numerosa", se investigue si quienes denuncian terrenos para solicitarlos en enfiteusis tienen ya otros. Con tales actos no hace más que apresurar el fin de su presidencia, tan ansiosamente buscado por sus terratenientes enemigos. Siete semanas después, y a raíz de la desgraciada misión del doctor Manuel José García en la concertación de la paz con el Brasil, y de la cual son responsables ante la historia los caudillos del interior, Rivadavia renuncia a la presidencia. Todos sus poderosos enemigos respiran; la tierra continuará siendo de los que la acaparan. La rectitud y el pundonor del presidente les ha ahorrado el pronunciamiento de las turbas, al que más tarde recurriría Rosas. El hombre con escrúpulos es siempre más débil que el hombre sin escrúpulos. La conciencia es una conquista tardía, que se enriquece muy lentamente en el largo proceso en que el hombre pasa del salvajismo a la barbarie y de ésta a la civilización; es su fuerza como poder creador, pero es su gran debilidad como poder destructor.

Falseada, saboteada, anulada, ridiculizada, su ley de enfiteusis, que fué su más grande propósito civilizador, queda también como el más acabado símbolo del Rivadavia estadista y gobernante. El comenzó a ver, antes que ninguno de los hombres de Mayo, dónde estaba el porvenir de la gran Argentina. Ninguno se atrevió a tanto, después. Nadie se ha atrevido todavía a gobernar en materia de tierra pública y de latifundio con aquel gran pensamiento, que al intentar tardíamente poner coto al nuevo acaparamiento, cuidaba evitar un grave perjuicio "a la prosperidad pública y a la industria particular de la clase más numerosa", como rezaba el decreto de Mayo de 1827. La ley de enfiteusis no era la panacea para todas las necesidades de la nación en ger-

men, ni valía para todos los problemas del pueblo, pero era el modo, dentro de las limitadas posibilidades que se le ofrecían al país para salir del atraso y la barbarie, de aprovechar las coincidencias progresistas. La coincidencia progresista estaba representada por el capital foráneo, que si bien atendía en primer término a su propia conveniencia, la de obtener abundantes materias primas diversificadas y crear mercados de consumo, significaba también para el país, aumento de población, aumento de bienes, cultura, civilización, elevación social de la familia, etc. Pero la retardataria oligarquía dominante venció con todo el peso de sus inmensos feudos y de las turbas, a la primera tentativa de encauzar a la economía. Así, gobernar ha tenido en la Argentina, salvo raras excepciones, el sentido de mandar, y no el de civilizar y educar, que era el pensamiento de Rivadavia. El ciudadano es, todavía, más peón que ciudadano. Se le manda, desde hace mucho tiempo: "haga esto; no haga aquello; venga; váyase; cállese la boca; espere; esto sí, esto no". ¿Puede sorprender que después de esta práctica de más de un siglo, su filosofía haya podido ser otra que el "no te metás"? Sé muy bien que no se las ve, pero las carretas de bueyes siguen acampando todas las noches en los corrales de Miserere, en la Plaza del Once. Porque se ven calles alfaltadas, letreros luminosos, subterráneos y rascacielos, vidrieras con mercancías de lujo, y nos visitan los más famosos artistas y escritores del mundo, se puede creer que ya ha pasado históricamente un siglo, que se ha progresado un siglo desde la muerte de Rivadavia. Es la ufana visión del habitante nato de las ciudades; pero la Argentina, como entidad nacional es, sobre todo, la Argentina de tierra adentro. Es la Argentina de los ingenios, del monte, de los centenares de estancias donde sus pobladores viven casi como vizcachas, de las colonias inseguras, y de un mediocre nivel de civilización y de cultura. Ese interior es realmente el esqueleto, la espalda, el vientre y todas las vísceras y tejidos de la Argentina. Las ciudades son únicamente el rostro, y en todo caso el pensamiento y la autoridad. Monopolio antes, monopolio siempre. Que sigan madurando algunas condiciones y un día podremos estar a un paso de la vuelta de Juan Manuel. Ya no utilizará la horca. La civilización ha marchado también a favor de él. Tendrá a su servicio nuevos técnicos y nuevos doctores.

Se ha dicho que Rivadavia era un iluso, que en lugar de tomar la diligencia —es decir llegar al corazón del país— prefirió el viaje a Europa; que no conocía la realidad nacional; que intentaba gobernar como si hubiera estado en el siglo subsiguiente. Piénsese por un momento que lo único que tenía Rivadavia en sus manos era la pluma con que redactaba sus decretos. ¿Quién ha intentado entre nosotros una obra de tal peso y calidad con una simple pluma de ave, movida, eso sí, por una voluntad férrea y un pensamiento político sin vacilaciones y sin sombras? Desde la organización nacional, un presidente ha movido siempre todo o casi todo lo que ha querido, y a veces más de lo que había pensado; pero Rivadavia, no. El tenía que abroquelarse incluso en su

propio empaque, que fué una de sus sabias y sutiles armas de gobernante. Pero, ¿creía, acaso, a pie juntillas, que sus decretos eran la varita mágica? No; sabía muy bien que ante todo estaba trazando los primeros planos de la futura nación; pero lo hacía sobre los hechos de la vida de su pueblo, sin cometer el grave error de aspirar o delinear la sociedad perfecta. Profundamente realista, anticipó a Sarmiento. No se puso a escribir tratados acerca de cómo deben ser los pueblos; le interesó cómo su pueblo, el que tenía por delante, podía ser mejorado, y con el pueblo, la nación entera. Sus decretos fueron su regla y su compás. Sin planteo teórico sobre una realidad concreta jamás se resuelve un problema práctico. Un problema práctico, que al parecer se resuelve como una simple cuestión de hechos, ha sido precedido, a veces por siglos, por el planteo teórico que trazó el camino de la solución práctica. El iluso don Bernardino estaba dándonos nada menos que los fundamentos del Estado; y a no ser que la Argentina prefiera arrasar sus campos, destruir sus instituciones, quemar sus escuelas y volver a dormir al raso o en la toltería, tendrá que reconocer que Rivadavia es su punto de partida. No fué un tribuno sino un arquitecto. Por eso, cuando alguno de sus críticos dice que el error de Rivadavia fué no creer en el pueblo, hay que preguntar: ¿qué quiere decir creer en el pueblo? Sin duda se ha querido afirmar que debió haber hecho partícipe al grueso de la población de sus planes, estimulándolo para que se asociara a los mismos, o bien tratando de incorporarlo al proceso de la vida social, económica y política a través de cada uno de los episodios más significativos. Nada fácil era todo esto. ¿Estaba el pueblo en condiciones de comprender y seguir a Rivadavia? Sin duda, no lo estaba. No basta ser pueblo —o masa— para tener conciencia de su poder y de su responsabilidad; como no basta tampoco ser minoría ilustrada para gobernar a una nación sobre bases democráticas. La responsabilidad política requiere una previa conciencia política. El pueblo, en aquel entonces, en su línea media, estaba más cerca, mucho más cerca de Rosas que de Rivadavia por su incultura y su bajo nivel de civilización. No era, pues, culpa de Rivadavia ni tampoco del pueblo. Si hoy mismo un simple partido de futbol está mostrando con creces lozanos frutos de una barbarie que subsiste y se prolonga, hay que admitir que Rivadavia estaba mucho más abandonado frente a las turbas hábilmente administradas por los caudillos, que el Juez desvalido que por azar se libra de la muerte. Mientras que en 1822, por ejemplo, se organizaban en Buenos Aires sociedades literarias, escuelas de música o una Academia de Legislación, se anunciaba públicamente la venta de negros y de negras de todas las edades, con cría y sin cría. ¿Dónde estaba el pueblo, la masa de pueblo preparada para entender a Rivadavia? Más que la falta de fe en Rivadavia para con el pueblo, fué la incapacitación del pueblo para comprenderlo. Toda incapacitación del pueblo como tal puede corregirse. A eso iba precisamente la obra civilizadora y educativa de Rivadavia. Esa fué, en Rivadavia, su fe en el pueblo. El mismo ejército

ante el cual tuvo que echar mano a una reforma para disciplinarlo y moralizarlo, después del descenso general de la anarquía del año XX, estaba constituido en gran parte por gauchos perdularios; y no digamos de los conventos, verdaderas sentinas, a los cuales la reforma rivadaviana fué un remedio muy leve. Decretos y decretos. ¡Cuántos no se han burlado de esa manía aparente! El mismo general José de San Martín, en su ancianidad, declaraba en una carta a un amigo: "Sería de no acabar si se enumeraran las locuras de aquel visionario y la admiración de un gran número de mis compatriotas, creyendo improvisar en Buenos Aires la civilización europea con sólo los decretos que diariamente llenaban lo que se llama "Boletín Oficial". Si grande fué el servicio que a la causa de la libertad prestó el héroe de Chacabuco y Maipo, no menos grande fué el servicio que, a la causa de la civilidad, de la cultura y de la organización prestó el porfiado redactor del "Boletín Oficial".

¿Qué nos está diciendo esa porfía por el decreto sino su porfía por trazar el plan y la senda sobre los que debería asentarse e iniciar su camino la vida de la nación? Que había que intentar, primero de todo, dar las reglas, iniciar la acción para la conquista de la opinión pública. El país no tenía opinión pública sobre nada de lo que era esencial para su progreso, salvo las más nítidas aspiraciones de diversos grados de independencia en el orden económico y político que trajo en su suave marejada el pensamiento de la revolución. Continuar el trajín de la agitación tribunicia era caer, tarde o temprano, en la anarquía de palabras o en la demagogia. Había que canalizar las fuerzas revolucionarias, darles un objetivo, indicar métodos eficaces de acción. Esa fué la primera preocupación de la obra de Rivadavia. Sin él, la revolución de Mayo hubiera sido un episodio de menor trascendencia. La revolución de Mayo es realmente una revolución a partir de Rivadavia. Con él comienza el primer capítulo de la historia argentina. Lo anterior es el prefacio.

Y ahora me pregunto ¿Es evidentemente por un deber filial de hijos de la patria que nos reunimos hoy a conmemorar a los dos grandes de la organización nacional? No lo creo así. Tengo la convicción más profunda de que hemos venido a decir o a escuchar si hay algo en esos dos grandes que nos sirva para el planteo forzoso de los problemas de nuestra vida nacional. Pasó el momento de los actos simplemente conmemorativos. El país necesita un nuevo planteo de su vida social, económica y política, educativa y cultural. Para lograrlo no debemos inspirarnos en la colonia sino en Mayo, y desde luego en Rivadavia. Ir a la Colonia equivale en los días que corren a buscar inspiración en la falange. Con Mayo y Rivadavia y con todos los que siguieron su línea política, tenemos elementos suficientes para los primeros planteos en busca de solución a nuestros problemas. Educar, poblar, civilizar, afianzar la república, organizar la democracia, impulsar de nuevo las reformas en el orden militar y eclesiástico, iniciar y llevar a su término la reforma agraria, asegurar la libertad, organizar y elevar la familia

campesina, son un buen puñado de elementos para el planteo político que nuestra incipiente democracia necesita. Con ese planteo vendrá luego la batalla de la opinión pública. La opinión pública es el punto de partida de toda gran realización, de toda gran reforma. Quiera el pueblo la democracia y habrá democracia. Quiera el pueblo libertad y habrá libertad. Quiera el pueblo justicia y habrá justicia.

ONCE DE SETIEMBRE

Como todos los años, el nuevo aniversario de la muerte de Sarmiento sirvió para rendir homenaje al gran prócer sanjuanino. Un público numeroso asistió al acto organizado para la tarde de ese día por una comisión popular y que se realizó en el salón Augusteo. Reproducimos la crónica del acto tal como apareció en "La Nación" del día 12:

Comenzó la vibrante asamblea con una breve explicación del Sr. Osvaldo Giorno, secretario general del Centro de Profesores Diplomados de Enseñanza Secundaria, sobre el sentido del homenaje. Leyéronse a continuación las adhesiones de entidades culturales, partidos políticos e instituciones diversas, e inmediatamente habló el presidente de la comisión organizadora, que lo es también de la Confederación de Maestros, Sr. Américo Foradori. Recordó el Sr. Foradori los esfuerzos y aportes de Sarmiento para implantar la escuela común y afianzar el ejercicio de las libertades humanas, y agregó:

"El drama de nuestros días está implicado en estos términos: el hombre necesita asegurar su autonomía existencial; ya supera su etapa animal y quiere afirmar su desenvolvimiento propio; en el aspecto social deja de ser masa para anunciarse como pueblo. Sarmiento tuvo clara conciencia de esta ruta secular del hombre y por ello cumplió las tareas de civilizador".

Formuló después otras consideraciones sobre las instituciones que mejor representan la vida política del país y terminó así:

"A la bandera de religión o muerte, Sarmiento contrapuso el libro y la escuela, la Constitución y las leyes, las instituciones y las virtudes ciudadanas, la libertad de creencias y los derechos del hombre, la disciplina y la moral Sanmartiniana, la descentralización del poder y el honrado cumplimiento de la función pública, el progreso y la cultura humanista, la dignidad del hombre y la defensa de sus libertades".

En representación de los gremios agrupados en el Comité Obrero de Acción Sindical Independiente, escuchóse seguidamente al Sr. Clemente S. Díaz. Afirmó este orador que la voz de los obreros libres no podía faltar en un homenaje a Sarmiento, y expresó después que para glorificar al incansable sanjuanino nada es mejor que recordar su dedicación a la enseñanza y su amor a la causa de la libertad.

"Cuando los sicarios —añadió— intentaron ponerle candados a su voz e impedirle derramar sus verdades, emprendió el duro camino del

destierro, dejando grabado en las piedras de los Andes su anatema a los bárbaros. Y desde la patria hermana y hospitalaria, sin darse tregua, enseñaba a sus compatriotas las formas de lucha para reconquistar la libertad”.

El joven Andrés López Acoto, por delegación de alumnos universitarios, sostuvo que el espíritu del prócer vive en quienes luchan por los postulados de la reforma universitaria. Juzgó después severamente la implantación de la enseñanza religiosa en las escuelas oficiales, y se extendió en consideraciones acerca de la forma en que los maestros deben enseñar a sus discípulos, para ser “los maestros que quiso Sarmiento y no los que desearon los déspotas”.

Manifestó el orador siguiente, Julio R. Barcos, que evocar a Sarmiento en estos momentos es sentir que una ráfaga cálida de la historia sacude con ímpetu el corazón dentro del pecho, y que esto prueba “que el general Sarmiento, el gran general de América que sin derramar una gota de sangre ganó todas las batallas de la civilización y la cultura sobre el oscurantismo y la tiranía, continúa velando por la libertad y la honra de la patria”. Más adelante el Sr. Barcos llamó al autor de “Facundo” un genio, cuya misión histórica fué crear un nuevo tipo de civilización, henchido de humanidad y de futuro por encima de los dogmas políticos y filosóficos de la época. “Genio profético, porque se adelantó a golpear a las puertas del porvenir cual ningún otro estadista de su siglo”. Analizó finalmente la obra cultural y política del gran sanjuanino, y se detuvo especialmente en la referente a la enseñanza.

Una sostenida ovación saludó al ex diputado nacional D. Américo Ghioldi, cuando se anunció que haría uso de la palabra. Cuando consiguió el silencio que reclamaba, expresó el orador que una de las formas más sugestivas y profundas del enlace del pasado con el presente y de éste con el futuro es la presencia de la vida y la obra de los grandes hombres de la historia en la mente de los individuos, como ocurre con Sarmiento, de quien añadió que cumplió todos los oficios del maestro de la civilización, enseñando al niño y al adulto, aconsejando a los pueblos y a los gobiernos, luchando contra el mal y por el bien.

“Dos fenómenos opuestos y a la vez contemporáneos —continuó— invitan a meditar sobre la razón de ser de esa corriente de resentimiento y casi de odio que sectores minoritarios sostienen en contra del creador de la educación popular: por una parte, la recrudescencia del encono, y por otra, la persistente pasión popular revelada estos días una vez más, en defender la memoria del inmortal civilizador, son dos hechos que están como vinculados en una unidad dialéctica, y de odio negativo y de pasión admirativa. Considerar esta extraña unidad es seguramente encontrar el reflejo de alguna condición básica de los actuales conflictos argentinos, los que se desenvuelven en el plano de la conciencia de la educación y de la política. No sería difícil describir en detalle todas las hojas persistentes del árbol perenne del resentimiento hacia Sarmiento; pero podríamos recordar que en una escuela normal

del interior ha sido defenestrado el retrato del inmortal civilizador; que en una ciudad santiagueña manos anónimas mancharon con alquitrán el busto de Sarmiento; que las autoridades escolares de una provincia del litoral zahirieron su memoria prohibiendo leer páginas del "Facundo"; que hace pocos años se ultrajó su memoria en varias provincias, cuando las autoridades se negaron a autorizar realizaciones de actos celebratorios de la fecha de su nacimiento; que la afrenta alcanzó al busto de Sarmiento emplazado en las dependencias escolares de Paraná; que hubo interventor de la Facultad de Derecho, que en una resolución cuyo descaro e irreverencia sorprendió a la opinión pública, denegó autorización para rendirle homenaje: que el dicterio contra el maestro estuvo en labios de un sacerdote mendocino; que la revista oficial del Consejo Nacional de Educación, fundada por Sarmiento, en un estudio histórico sobre los promotores de nuestro progreso educativo omitió nombrarlo".

En la última parte de su exposición hizo el ex diputado por la capital consideraciones vinculadas a los regímenes totalitarios y a los democráticos, afirmando que quienes atacan a Sarmiento lo hacen porque ven que el prócer es el símbolo de la lucha por la civilización, que reflorece en las sucesivas generaciones de escolares.

El diputado nacional Dr. Nerio Rojas, que acababa de llegar del Congreso, cerró la serie de discursos. Señaló que de poco servirían tales homenajes si no se mirara al pasado con objeto de compararlo con el presente y retemplar los espíritus para bregar incansablemente por los principios que informan la verdadera historia de la patria.

"Si así no fuera —agregó—, su espíritu interrumpiría esta asamblea y nos gritaría: pido la palabra. Y nos diría entonces que la ignorancia de un pueblo es peor que su pobreza, para repetir su consigna de "educar al soberano". El propició la inmigración de hombres y de libros, para hacer riqueza y cultura; pero, nos diría, no para infiltraciones exóticas de ideas totalitarias contrarias a nuestra psicología. El se educó bajo la dirección católica de su madre y un sacerdote, pero supo distinguir el dominio espiritual de la Iglesia y el gobierno, y defendió la enseñanza laica o neutral. Nos recordaría su fundación del Colegio Militar y su fe en las reservas morales del ejército. Repetiría su conocida frase sobre unitarismo y federalismo, para criticar el centralismo que es una de las causas del desequilibrio nacional. Recordaría sus batallas de periodista, para hablarnos de la libertad de prensa. Descubriría a los impostores que afirman que quiso dar a Chile la Patagonia. Como el Cid, nos daría una nueva talla después de muerto".

El acto terminó en perfecto orden, ejecutándose música patriótica. Al comenzar, habíanse coreado el Himno Nacional y el himno a Sarmiento.

Anteriormente, a las 16, la citada comisión depositó una ofrenda

floral al pie del monumento al prócer, emplazado en las avenidas Sarmiento y Alvear.

LA HISTORIA DE GROSSO

Con motivo de cumplir 80 años de edad el viernes 15 de agosto el profesor Alfredo B. Grosso recibió el conmovido homenaje de profesores, maestros, amigos, discípulos y admiradores. Reproducimos aquí un artículo de T. Caillet-Bois aparecido en "La Prensa" del 1º de setiembre:

"EL LIBRO DE GROSSO"

por T. Caillet-Bois

Hace algo más de medio siglo, cuando cursaba yo estudios secundarios, empleábamos para la asignatura de historia argentina un libro sin un solo croquis, un sola ilustración, los itinerarios de descubrimientos, exploraciones y campañas tenía que hacérselos o imaginárselos el alumno, y por falta de atlas suficiente nos quedábamos sin saber dónde estaban Huaqui, Vilcapujio, El Juncal, etcétera; su tono era un tanto doctoral y se dedicaba casi por entero a los acaecimientos políticos y militares. Por más que fuera pasable estudiante, egresé de bachiller con la conciencia de una gran ignorancia en la materia, como si apenas hubiera entrevisto algo en la niebla del pasado.

La aparición en 1896 de las "Nociones de Historia Argentina", por el profesor Alfredo B. Grosso, coincidió con aquella época, y un ejemplar llegó a mis manos precisamente cuando ya no lo necesitaba por lo menos para rendir exámenes. Quedé admirado: un croquis para cada expedición, una o dos ilustraciones en cada página, cada una de las cuales ahorraba una página de lectura fastidiosa... Con un texto así yo hubiera salido sabiendo historia diez veces más de lo que había aprendido penosamente. Además, no sólo había exploraciones, conquistas, campañas y guerras civiles, sino que se describían en forma sencilla las costumbres y ocurrencias en la vida de los pueblos.

Un distinguido ex profesor me dijo hace poco haber recibido parecida impresión. Probablemente poco después de aquella mi experiencia, él enseñaba historia en un colegio de provincia, y en cierta ocasión le dejó asombrado la excelente exposición de temas por algunos alumnos; les inquirió en qué fuente habían estudiado, y la contestación fué: "en el libro de Grosso". Sólo entonces comenzaba a llegar dicho texto a las provincias, y el profesor pudo más tarde comprobar su mérito didáctico.

Yo mismo, en exámenes de ingreso a un instituto militar, debí clasificar hace algunos años composiciones escritas de historia, y tuve la misma sorpresa del profesor mencionado. No hice averiguación, pero

como si la hubiera hecho; podría apostar diez contra uno que los candidatos habían estudiado en el "Grosso".

El libro tuvo inmediata aceptación entre estudiantes y maestros, pero no entre las autoridades escolares. No figuró entre los textos oficiales de enseñanza media ni tuvo Grosso jamás cátedra de historia; pero año tras año se reimprimió el libro, lo que constituye el mejor índice de su valer. Las 120 páginas de las "Nociones" compiladas con el simple propósito de auxiliar en la enseñanza primaria de la materia se mejoraron y modificaron varias veces. Alguien las criticó por demasiado elementales: "Esto no lo dice ni la historia de Grosso" o "Esto lo dice hasta Grosso"; el libro se duplicó entonces, y hubo así un "Grosso chico" y un "Grosso grande". Las "Nociones" se transformaron en un "Curso" adaptado a la enseñanza secundaria, sin pedantería y sin perder todas sus virtudes de naturalidad y eficacia.

En conjunto, el éxito fué asombroso —verdadera consagración— y el libro llegó así el año pasado a su 53ª edición, a razón de una por año. Alguna vez intentó el autor una tirada de 25.000, que durara dos años, pero no alcanzó a cumplir el plazo, y hubo de suplementarlo. Texto alguno de enseñanza lo supera en este "record", y puede afirmarse que fué extraordinaria su influencia en la instrucción de nuestra juventud. Para los estudiantes de hoy el "Grosso" es algo impersonal, como una "máquina de enseñar" o una tabla de logaritmos, algo que ha existido siempre.

No sin emoción recorreremos el nuevo texto. Cuatro veces mayor que el primitivo, pero de igual contextura. Buena encuadernación, papel decente, sin lujo; el mismo tipo de entonces, igualmente claro en sus dos tamaños, uno grande para la explicación elemental, uno menor para los detalles. Me pareció ver los mismos croquis: el tratado de Tordesillas; los viajes de Colón; las primeras exploraciones en el Plata, y tantos y tantos otros. Y las láminas, sencillas y modestas, pero numerosas que jalonan la lectura y descansan la vista y la imaginación. Pero las ilustraciones suman ahora 300, y noto algunas nuevas, excelentes, como la de "Buenos Aires frente al río en 1886". ¡Bendito libro!

GEORGES DUHAMEL EN BUENOS AIRES

En el mes de agosto visitó a Buenos Aires el ilustre escritor francés Georges Duhamel quien pronunció varias conferencias y presidió el Primer Congreso de Delegados de la Alliance Française. El lunes 11, en el salón de Florida 659 y con los auspicios del Instituto Francés de Estudios Superiores y del Colegio Libre disertó sobre "El cinematógrafo y el porvenir". El secretario del Colegio, Luis Reissig, presentó a M. Duhamel con estas palabras:

a M. GEORGES DUHAMEL

El Instituto Francés de Estudios Superiores y el Colegio Libre se

han asociado para esta acogida a M. Georges Duhamel, no porque vivimos unas horas, desde hace unos meses, bajo el mismo techo —este local de nuestra aventura común en busca de local— sino porque compartimos opiniones idénticas sobre muchas cosas, y porque sabemos ambos cuánta responsabilidad nos cabe en nuestras dos empresas de cultura.

Esto es lo primero que quería manifestarle, M. Duhamel, cuando el Instituto Francés me concedió el honor de pronunciar unas palabras, hoy, antes de vuestra conferencia. Sentir cada cual la responsabilidad de su tarea o de su obra es la primera de las condiciones sociales del hombre. Toda nación, todo pueblo, todo hombre en los que el sentimiento de responsabilidad se transfiera, se debilite, se degrade o se renuncie, son una nación, un pueblo, un hombre que entran en crisis, y acaso en disolución.

Yo he aprendido desde muy joven a amar de Francia lo que siempre se ha dado en llamar su ponderación y su equilibrio. ¿Qué son esta ponderación y este equilibrio? ¿Son, acaso, la medida justa, la serenidad, la sobriedad, el matiz preciso, la claridad? Es cierto esto solamente en sus diversas formas expresivas: filosofía, arte, literatura, política, incluso; pero bajo esas formas expresivas donde la luz diáfana de su lengua magnífica resplandece sobre todas las otras, está el inmenso valor moral de su responsabilidad frente a los hechos de la vida. La ponderación y el equilibrio— orgullo del pensamiento francés— no son sino un profundo sentimiento de responsabilidad. ¿Qué otra cosa que ese sentimiento de responsabilidad lleva a sus más grandes pensadores, durante siglos, a salvar de la destrucción y del olvido, para bien del hombre, todo lo más bello y grande de la cultura greco-latina? Francia se convierte en su digna heredera, y en lugar de ponerla bajo vitrina la incorpora a su lengua y a su poesía, en un sabio esfuerzo por hacerla fecunda. Francia tiene en ese largo proceso histórico, clara conciencia de la responsabilidad que le incumbe. Tal herencia le es sagrada; por eso, sólo se atreve a poner sobre ella el cálido aliento de su estilo diáfano, más transparente aún que el más ligero de los velos. Y la cultura greco-latina se salva, incorporándose al lento nacimiento de una cultura nueva.

Es en el lento nacimiento y renacimiento de nuevas formas y nuevas culturas donde Francia tiene aún que cumplir su gran papel de primera. Es en esto donde Francia no ha descendido a potencia de segundo o tercer orden. Acaso su voz no resuene y se propague con la altura y la extensión de otras, dueñas de poderosas técnicas y de inmensas riquezas, pero las culturas se forman también con el barro y la hierba de las tierras humildes. El segundo gran papel de Francia será el de volver a incorporar en las nuevas corrientes del mundo aquellas culturas, que nosotros llamamos, no sin razón, eternas.

Por eso, cuando viene de Francia un pensador, un artista, un escritor, la primera pregunta que muchos nos hacemos es ésta: ¿Cómo

se prepara el pensamiento francés para estos nuevos días y para este largo proceso?

M. Duhamel: nada de Francia nos es indiferente; podéis asegurarlo a vuestros compatriotas. Salvando la alta y entrelazada barrera de la diferencia de lenguas, el pensamiento francés convive felizmente desde hace más de un siglo con nosotros. Hago votos para que esa convivencia continúe, para bien del progreso, de la justicia, de la libertad y de la dignidad del ciudadano y del hombre.

HOMENAJE AL DOCTOR BERNARDO A. HOUSSAY

El 20 de setiembre se efectuó en el Jockey Club un banquete en honor del doctor Bernardo A. Houssay, ex profesor titular de fisiología de la Universidad de Buenos Aires. El doctor Houssay acaba de regresar de Gran Bretaña, adonde se trasladó, en compañía del ex profesor de la misma materia, doctor Eduardo Braun Menéndez, para asistir, especilmente invitados, al XVII Congreso Internacional de Fisiología que se reunió en Oxford, del 21 al 24 de julio último.

En dicho certamen, después del discurso del presidente, sir Henry Dale, el doctor Houssay comunicó sus recientes investigaciones sobre la diabetes y las glándulas de secreción interna. Disertaron también los doctores Orbeli, de Rusia, Fredericq, de Bélgica, y Lim, de China.

En la sesión de clausura, realizada el día 25, en acto solemne, la Universidad de Oxford le otorgó el título de doctor en ciencias "honoris causa" en mérito a sus trabajos y descubrimientos en fisiología. Recibieron también la misma distinción los profesores Best, Gasser, Krog y Szent-György.

A su vez, el doctor Braun Menéndez comunicó un trabajo sobre "Hipertensión" y presidió una de las sesiones del congreso.

La asamblea resolvió que el próximo Congreso Internacional de Fisiología se realice en Copenhague, Dinamarca, en 1950, en lugar de Buenos Aires como se había proyectado en el congreso anterior.

En su viaje de regreso el doctor Houssay se detuvo en Río de Janeiro, donde la Sociedad de Biología del Brasil, en una sesión realizada en Itamaraty, en su homenaje, lo designó miembro honorario. En dicha oportunidad, el doctor Houssay disertó sobre "La investigación científica". En la Facultad de Medicina de Río de Janeiro dió una conferencia sobre "Diabetes aloxánica" y en el servicio de clínica médica del profesor Capriglione habló sobre "Funciones sexuales". El 4 de agosto, ante la asamblea universitaria, le fué otorgado el título de profesor "honoris causa" de la Universidad del Brasil, juntamente con el profesor R. Fabre, de París.

Para honrar públicamente la alta jerarquía alcanzada por el doctor Houssay y evidenciar el reconocimiento a sus esfuerzos en la in-

vestigación se organizó el referido banquete, que reunió a varios centenares de personas representativas de los más diversos sectores de la ciencia, el arte, las letras, la industria y la economía del país.

Discurso del Doctor Lucio V. López

Especialmente designado para ello, el doctor Lucio Vicente López ofreció el agasajo.

Es hermoso reunirse —dijo— junto a un sabio, hacer el elogio de su ciencia y de su virtud, rendirle homenaje público, agradecerle el servicio que presta a la patria.

Comprenderéis —expresó el doctor López— que juzgue esfuerzo para mí excesivo ser intérprete de vuestra adhesión y de vuestro aplauso, al sabio cuyo triunfo festejamos, encarecer sus méritos y sus virtudes, la importancia de su obra científica y docente, su curiosidad infatigable, su celo por la causa de la humanidad, su vida austera, el decoro de su conducta universitaria, su amor —aquel impertinente e incurable amor— por la democracia.

Debíamos, señores, este justísimo tributo de alabanza y de respeto al hombre eminente que, nacido para el estudio, enseñaba ya en la adolescencia las misteriosas funciones de la vida, que fué en plena juventud, a mitad de su carrera, miembro de veinte academias y cuya celebridad ha traspuesto hoy todas las fronteras, consagrando universalmente su nombre entre los más ilustres investigadores de la ciencia pura.

Hace pocos días, la Europa sabia ha recibido nuevamente en su seno al doctor Houssay. Esta vez fué la Universidad de Oxford, la escuela milenaria, quien honró la obra científica del biólogo argentino. Delegados de todas las naciones libres del mundo, en la rotonda del Sheldonian Theatre, oyeron pronunciar los latines consagatorios del vicescancelario y aplaudieron al maestro que llegaba de tierras remotas y prósperas, donde, según se dijo, el aire es benigno... La última tragedia ha puesto a las naciones de Europa en el trance de buscar de nuevo sus destinos. Inglaterra trabaja con la confianza invencible de su raza. Las idolatrías han caído por la ley implacable de la civilización y para ventura de la dignidad humana. Los hombres van recuperando su voz, la libertad, para rehacer sus regímenes sociales y políticos. La paz perenne se columbra como el ideal de los pueblos civilizados y, aunque ella descansa, en parte aún y por dramático contraste, sobre medios de destrucción, la idea de progreso, la idea de humanidad, sin distinción de gentes ni de lenguas, se ha abierto camino y hallado refugio en los claustros científicos. El hombre vive en lucha constante por iluminar lo desconocido. La razón lo exhorta y la ciencia lo une por encima de tanta contienda y de tanto dolor.

Luego de elogiar otros aspectos de la personalidad del doctor Houssay, de recordar, en nuestro medio, al doctor Angel Gallardo; en España, a Santiago Ramón y Cajal, y en Francia, a Pasteur, Taine y Mon-

taigne, el doctor López —que fué largamente aplaudido— dió término a su discurso con estas palabras:

Señores: levantemos las copas en celebración del triunfo, testimonio de una hermosa vida consagrada a la ciencia pura; brindemos en obsequio de este sabio que entrega a sus semejantes todo cuanto tiene: saber, talento, experiencia, idealismo, perseverante empeño, inquebrantable fe. Aplaudidle francamente, sin recelo, pues el doctor Houssay no conoce ese filtro embriagador de la alabanza que pierde a tanta gente... La pasión por el trabajo, el placer del estudio, las adversidades fatales de quien intenta violar los secretos de la naturaleza, lo habituaron, como quería Pasteur, a la modestia, a la templanza, a la soledad fecunda... y mañana, domingo, marchitas ya estas flores, apagado este bullicio, sin presunción, con la misma sencillez y el mismo decoro de siempre, iluminado por esa luz interior de la curiosidad científica —guía infalible de su espíritu— tomará una vez más y muy temprano, el camino de su laboratorio.

Conceptos del Doctor Houssay

Una sostenida ovación saludó al doctor Houssay cuando se incorporó para agradecer el cálido homenaje. Expresó que el doctor López, "que lleva con distinción un nombre prócer", ha demostrado en su bello discurso que su talento y generosidad pueden transformar en oro todo lo que tocan.

Los hombres dedicados a cultivar las ciencias experimentales —prosiguió el doctor Houssay— prefieren la tranquilidad de los laboratorios al brillo de las fiestas y las exteriorizaciones públicas.

Por participar de esa tendencia y porque conozco la modestia de mis merecimientos, procuré disuadir a los organizadores de que llevaran a cabo este acto brillante. Pero tuve que ceder a las razones e instancias de distinguidos amigos, a los que estoy especialmente obligado porque en horas difíciles de mi vida me han otorgado grande ayuda y extraordinaria prueba de confianza.

Estimo a esta magnífica demostración como un gran honor y una prueba de amistad que compromete profundamente mi gratitud. Además porque me permite expresar públicamente mi admiración, respeto y reconocimiento a la Universidad de Oxford, la Royal Society y la Universidad del Brasil, ilustres y venerables instituciones que me han hecho la extraordinaria distinción de incorporarme a su seno.

Estos honores sobrepasan a mi modesta persona y están destinados a honrar la obra de investigación científica original que, desde hace años, cumplen abnegadamente y con verdadera consagración muchos argentinos que sirven a su patria y a la humanidad con máxima devoción espiritual y moral. Ellos están dedicados a una labor absorbente, llena de dificultades y no siempre reconocida, sólo movidos por nobles ideales y esperanzas y aspirando a un futuro cada vez mejor de nuestra patria.

Mis discípulos han dado en el país los más altos ejemplos de elevación moral y lealtad; han sido los primeros en practicar la dedicación exclusiva a la cátedra, han formado escuelas que han realizado investigaciones originales, y han inculcado a millares de médicos el espíritu científico y la orientación moderna que han contribuido poderosamente al adelanto de la medicina argentina. Toda una legión de discípulos y asociados ha trabajado en colaboración con ellos y conmigo, y por eso las distinciones que se me otorgan, por ser el miembro más antiguo del equipo, corresponden en justicia a todos y cada uno de ellos, a nuestra escuela y a nuestro país, y no exclusivamente a mi persona.

Muchos hombres de ciencia de los países de América del Sur o del Norte y de Europa han trabajado en nuestros laboratorios, colaborando con nosotros, dando y recibiendo enseñanzas y estímulos, y realizando investigaciones originales. A ellos también alcanzan los homenajes que se me han otorgado y la magnífica fiesta de hoy.

Para que se cumplan nuestros propósitos de desarrollar las ciencias en nuestro país es conveniente que nos inspiremos en los ejemplos que nos brindan las más grandes instituciones universitarias y científicas del mundo, entre las cuales brilla la Universidad de Oxford como una estrella de primera magnitud.

El culto a la tradición es respeto del pasado y estímulo del presente. Las universidades inglesas educan el carácter y por eso forman verdaderos hombres. Sus graduados son caballeros con el culto de la verdad y el horror a la mentira. Son modestos porque conocen las limitaciones humanas pero al mismo tiempo tienen decisión y confían en la acción reflexiva y tenaz.

En la raíz de toda vida universitaria de calidad superior está el respeto profundo a la libertad individual, la cual es una condición ineludible para el florecimiento espiritual. La ciencia necesita la más amplia libertad y toda limitación de la misma lleva al estancamiento y a la esterilidad.

Hace poco el gobierno inglés ofreció grandes subsidios pecuniarios a las universidades. Pero éstas no se manifestaron dispuestas a aceptarlos si no se conservaba íntegra su libertad e independencia.

Se proyectó aumentar el número de las escuelas de ciencias en Inglaterra, pero los comités constituídos para estudiar el punto llegaron a la conclusión de que no debía crearse ninguna cátedra nueva hasta que existieran profesores sobresalientes para dirigirlos. Se decidió estimular la formación de muchos jóvenes investigadores y que entre ellos se fueran eligiendo los profesores aptos para crear las escuelas. Se pensó con razón que el porvenir de las generaciones futuras y la fuerza de una nación dependen de la calidad intelectual y el nivel moral de los profesores. Hombres de tercera clase no forman hombres de primera clase. Por eso se deben elegir con cuidado los profesores y es preciso respetarlos porque son el principal capital y el decoro de una nación.

El porvenir científico argentino—

El sueño de los jóvenes más progresistas de nuestro país es la organización de una Universidad privada y es de desear que su anhelo se cumpla pronto. En mis viajes recientes, en especial en Inglaterra y los Estados Unidos, he encontrado una gran confianza en el porvenir científico de nuestro país. Esta fe en nosotros se basa en dos razones principales: la primera es la comprobación de la labor cada vez más valiosa que realizan nuestros hombres de ciencia, a veces ignorada en el país, pero apreciada en los centros científicos superiores de esas naciones adelantadas.

La segunda razón es la existencia de algunas fundaciones particulares que sostienen laboratorios dedicados a la investigación científica fundamental. Su existencia es mirada en dichos países como una demostración categórica de la madurez ya alcanzada por nuestra patria en las actividades de la inteligencia y de la moral social, y como una prueba del adelanto de la ciencia en la Argentina, que le confiere jerarquía cada vez más alta en el concierto de las naciones civilizadas.

No dudo que mis compatriotas tendrán interés por nuestro adelanto científico y estoy convencido de que no tendrán menos fe y esperanza que la mucha que depositan en nosotros los hombres más descollantes de la ciencia mundial.

Soy optimista, aunque sé que la obra es difícil, larga y está erizada de dificultades. No sé si demandará dos, diez, cien o quinientos años para realizarla, pero no dudo que mi patria alcanzará en el terreno de la ciencia un porvenir brillante, así como en todas las actividades superiores del trabajo, del pensamiento y de la conducta moral.

Prolongados aplausos saludaron el discurso del doctor Houssay.

FUNDACION SARMIENTO

Durante los meses de agosto y setiembre el profesor Roberto F. Giusti dictó en el local de Corrientes 3135 un curso sobre la "Evolución del moderno teatro rioplatense desde Juan Moreira hasta Florencio Sánchez". El doctor Giusti desarrolló su curso de acuerdo al siguiente sumario:

Concepto y delimitación cronológica del teatro rioplatense. Ojeada sobre el teatro clásico y romántico argentinos. "Juan Moreira" en la novela y la pantomima. Escenificación hablada de "Juan Moreira". Los hermanos Podestá. El teatro gauchesco circense. Del picadero a la escena. "Cobarde" de Víctor Pérez Petit. "Calandria" de Martiniano Leguizamón. Los Podestá en el teatro Apolo. El sainete criollo. Nemesio Trejo. Los hermanos Fontanella. El teatro rioplatense inicia su ascensión. "Jesús Nazareno". "La piedra del escándalo". "Al campo". "La Gaviota". David Peña y la comedia política. Jerónimo Podestá se esta-

blece en el teatro de la Comedia. Estreno de "M'hijo el doctor" (1903). Dos acontecimientos importantes en 1904: el estreno de "Jettatore" y "Sobre las ruinas".

Florencio Sánchez y su teatro. Comediógrafos y saineteros contemporáneos del dramaturgo uruguayo.

Juicio sobre el teatro de Martín Coronado, Enrique García Velloso, Nicolás Granada, Ezequiel Soria, David Peña, Roberto J. Payró, José León Pagano, Gregorio de Laferrere, Alberto Ghirardo y otros comediógrafos anteriores a 1910.

Anuncia la Fundación para los próximos meses los siguientes cursos: "Panorama de la cultura medioeval", por José Luis Romero (6 clases en setiembre y octubre); "Estado actual de los estudios de algunos problemas de la historia del antiguo Oriente", por Abraham Rosenvasser (6 clases en octubre y noviembre), "Religión y política en el Asia contemporánea", por Vicente Fatone (4 clases en noviembre).

ASOCIACION DE CULTURA ARGENTINO-ITALIANA

Con el propósito de intensificar las relaciones culturales entre ambos países un grupo de intelectuales y artistas acaba de constituir la Asociación de Cultura Argentino-Italiana.

La nueva entidad, que patrocinará cursos, conferencias, conciertos, exposiciones y publicaciones, inició sus actividades con una conferencia del señor Jorge Romero Brest, acerca de los artistas italianos de hoy y que tuvo por recinto la galería Müller, donde se expusieron cuadros y esculturas de autores italianos modernos.

Previamente, el académico de letras D. Roberto F. Giusti expuso los fines de la Asociación.

"Parten sus fundadores —dijo, entre otros conceptos— de una premisa: su certidumbre de que la cultura italiana entra en un período de viva actividad; que en cierto modo renace purificada por el sufrimiento. Será útil, por consiguiente, no prescindir de su contribución al desenvolvimiento de la nuestra. Fuente vivificante del espíritu lo fué en cualquier tiempo esta cultura gloriosa y milenaria; remontarse hasta sus hontanares o descender por su corriente hasta nuestros días, será siempre una provechosa excursión.

"Llamamos a contribuir a esta obra a todos los amigos de Italia y a sus propios hijos. Si el concurso de la inteligencia argentina será imprescindible para realizar ese programa, pues si él nos faltara quedaría sin justificar la razón de ser de la Asociación, no será menos necesario el de los profesores, publicistas, técnicos e investigadores italianos residentes en este país, quienes tienen el deber de aportarnos el aliento de la Italia que labora su nueva vida".

OTORGARA UNA INSTITUCION BECAS DE PERFECCIONAMIENTO

La Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, que preside el Dr. Bernardo A. Houssay, otorgará cuatro becas para realizar estudios de perfeccionamiento en el extranjero, consistentes en una suma cuyo máximo podrá llegar a 9000 pesos, para gastos de estada durante un año, según el país a que vaya el becario, estando el pasaje de ida y vuelta a cargo de la entidad. Se concederán a ciudadanos argentinos que hayan cursado estudios superiores, y graduados en el país, que sean presentados por un profesor universitario o director de instituto oficial o de beneficio público, los que atestigüen que el becario podrá trabajar con ellos al regresar. Una de las becas es para personas que se hayan formado o actúen en las universidades o institutos científicos del interior, siempre que se comprometan a desarrollar a su retorno sus actividades en las mismas universidades o institutos. A las otras tres pueden presentarse estudiosos de todo el país que cultiven cualquier actividad científica. La inscripción quedará cerrada el 30 de abril de 1948.

Asimismo se otorgará una beca interna, por un período de diez meses, con el estipendio de 400 pesos mensuales, preferentemente a un candidato que para cumplir con el objeto de la misma deba trasladarse a un lugar del país distinto del de su residencia. La persona designada deberá consagrarse íntegramente a dichos estudios, con exclusión de toda otra actividad en el laboratorio o instituto adonde fuera enviada. La inscripción quedará cerrada el 15 de noviembre próximo.

CUARTO CENTENARIO DE 'CERVANTES

Con motivo de cumplirse este año el cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, la Agrupación de Intelectuales Demócratas Españoles organizó un homenaje de la España Leal, con el concurso de la Delegación en la Argentina del Gobierno de la República en el exilio, el Centro Republicano Español, el Patronato Hispano Argentino de Cultura y demás entidades democráticas españolas de Buenos Aires.

Dicho homenaje, que se efectúa durante los meses de setiembre y octubre comprende los siguientes actos.

Cursos de Conferencias (en el salón Van Riel)

Manuel Blasco Garzón: "La angustia creadora de Cervantes".

Francisco Romero: "Realidad y ficción en el Quijote".

Rafael Alberti: "Comentario a la Numancia".

Jacinto Grau: "El Quijote fuera de toda erudición".

José María Monner Sans: "La influencia de Cervantes en Pirandello".

León Felipe: "Se murió aquel manchego".

Ricardo Baeza: "El celoso extremeño".
 Ezequiel Martínez Estrada: "Otro de los muchos Cervantes".
 Claudio Sánchez Albornoz: "Un caballero y un labrador".

Concierto Sinfónico (en el teatro Politeama)

Oscar Espla: "Don Quijote velando las armas".
 Ricardo Strauss: "Don Quijote".
 Manuel de Falla: "El retablo de Maese Pedro".
 Este concierto fué dirigido por el maestro Juan José Castro.

Representación Teatral (en el teatro Politeama)

Los entremeses de Miguel de Cervantes: "Los dos habladores", "El viejo celoso" y "La guarda cuidadosa". Estreno de la adaptación de los consejos de don Quijote a Sancho, realizada por Alejandro Casona: "Sancho Panza en la Insula Barataria".

Audiciones radiales (por la emisora Radio Splendid)

Con intervención de Margarita Xirgu, Francisco Ayala, Jorge Luis Borges, Clemente Cimorra, Rafael Dieste, Francisco Madrid, Valentín de Pedro, Pablo Rojas Paz, Guillermo de Torre y José Venegas.

CONCURSO DE LA REVISTA "SUR"

La revista "Sur" ha organizado dos concursos, uno de cuentos y otro de traducciones. Para el de estas últimas hay que solicitar en la redacción de la revista, San Martín, 689, T. A. 31-3220, el cuento en inglés que constituye la base del certamen. En cuanto a las condiciones para el concurso de cuentos, son las siguientes:

Los trabajos que se presenten deberán ser inéditos. Escritos en español y de una extensión que no exceda las doce mil palabras. Estarán firmados con un seudónimo, e irán acompañados de un sobre cerrado y lacrado que contendrá el nombre y la dirección del autor, y llevará en su parte exterior el lema correspondiente. El certamen quedará clausurado el 30 de diciembre del año en curso.

Para el ganador del concurso de cuentos se ha instituido un premio único de 1000 pesos y la publicación del trabajo en la revista. Asimismo, si el jurado lo recomendase, podrá ser publicado otro cuento. El jurado, que deberá expedirse el 28 de febrero de 1948, estará integrado por Silvina Ocampo, Jorge Luis Borges, Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo González Lanuza y Manuel Peyrou.

**UN FILANTROPO DONO UN MILLON DE DOLARES A LA
 BIBLIOTECA DE BOSTON**

Boston, septiembre 15 (Reuter). — John De Ferrari, de 84 años

de edad, ex vendedor de frutas, que empezando de la nada llegó a reunir una fortuna con sus negocios de fruta, donó 1.000.000 de dólares a la Biblioteca Pública de ésta para que ayude a los hombres jóvenes a desarrollar su carácter y ser útiles.

De Ferrari declaró a los periodistas que donó el dinero como acto de gratitud para con la biblioteca. Agregó que la visitaba en sus horas libres que le dejaba su negocio cuando era joven, por cuanto su padre, que también era pobre, no había podido hacerlo estudiar. Los libros de la Biblioteca le permitieron estudiar leyes y economía.

De Ferrari, que es soltero, se hace su propia comida y sus quehaceres, no tiene automóvil y vive en un pequeño departamento.

SEVERO VACCARO

Ha llegado a nuestra biblioteca un ejemplar de "Páginas dispersas", libro póstumo que recoge los escritos de don Severo Vaccaro. Esta es, pues, la ocasión para recordar la noble figura del hombre que comenzó su camino como vendedor de diarios y llegó a las más destacadas posiciones, luchando siempre con modestia, con sencillez, con bondad, con conciencia tenaz de verdadero ciudadano. Son innumerables sus rasgos de filantropía bien entendida, y sería necesario hacer conocer a muchos argentinos —que los desconocen— sus esfuerzos para difundir la cultura en nuestra patria.

Muchos de los que andan por la cincuentena tomaron contacto con las obras de Moreno, Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Ameghino, Agustín Alvarez, Ramos Mejía, etc., gracias a las ediciones populares de "La Cultura Argentina". Pues bien, sin la ayuda de don Severo Vaccaro, le hubiera resultado bastante difícil a Ingenieros fundar la famosa editorial.

En un artículo de Ernesto Quesada, aparecido en "Nosotros" de diciembre de 1925, se citan las siguientes palabras de José Ingenieros:

"Al liquidar la empresa con Vaccaro después de 7 años de funcionar, debo lealmente reconocer que las pérdidas exclusivas de mi socio pasaban de \$ 84.000 y las de la empresa sólo ascendieron a \$ 20.000, de lo que me corresponde la mitad"...

"La idea, pues, ha sido un triunfo moral espléndido, pero un negocio pésimo. Yo lo emprendí con los ojos bien abiertos, buscando realizar una obra de cultura y de argentinismo práctico, dado que en nuestro país se habla mucho, pero se hace poco".

La Biblioteca del Colegio

Para dar a los amigos del Colegio un panorama de los libros, revistas y folletos que llegan a nuestra Biblioteca, incluiremos mensualmente en esta sección una serie de citas extraídas de las publicaciones que se reciben.

EL ARCHIVO DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

“Tuve el desmedido privilegio de que me hiciese depositario de su archivo personal, tesoro inapreciable en que está viva, llena de sorprendentes revelaciones, la intimidad literaria de nuestra América. Son centenares de cartas de la flor y nata de la intelectualidad del Continente y de España: de Menéndez y Pelayo, de Antonio Caso, Alfonso Reyes, Gastón Deligne, Diego Rivera, García Godoy, Américo Lugo, Chacón y Calvo, Justo A. Facio, de tantos otros. Todos se dirigen a Henríquez Ureña como a un sabio maestro o a un amado compañero. Cada uno expone sus sentimientos e ideas, proyectos y problemas literarios, para que él diga sus ansiados consejos, y hasta para que conjure las audacias y malquerencias que a veces infestan el gremio literario. De todo ese nutrido epistolario emerge el aroma de amorosa amistad, porque él inspiraba a sus amigos una veneración profunda y cariñosa, como de árbol que con la dulce fruta que sustenta la vida ofrece el amor y la paz de su sombra. La publicación de ese archivo, que me propongo hacer, causará sensación en los centros culturales de América”.

Emilio Rodríguez Demorizi: “Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña”, en los Anales de la Universidad de Santo Domingo. Nos. 37-38. Ciudad Trujillo.

EN UN ESTADO LIBRE CADA CUAL TIENE EL DERECHO DE
PENSAR LO QUE QUIERE Y DE DECIR LO QUE PIENSA.

“1. Si fuese tan fácil mandar al espíritu como a la lengua, todo poder reinaría en seguridad y ningún gobierno apelaría a la violencia

como recurso. Cada ciudadano, en efecto, calcaría sus inspiraciones en las del soberano y no juzgaría sino por los decretos del gobierno de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto.

2. Pero no es posible, como hemos demostrado al comienzo del capítulo XVII, que un hombre abdique su inteligencia y la someta absolutamente a la de otro. Nadie puede hacer así renuncia de sus derechos naturales y de la facultad que en él existe de razonar libremente las cosas, nadie a esto puede ser obligado.

3. Ved, pues, por qué se considera violento al gobierno que extiende su autoridad sobre los espíritus; ved por qué el soberano parece cometer una injusticia con los súbditos y usurpar sus derechos cuando pretende prescribir a cada uno lo que debe aceptar como verdadero y rechazar como falso, y las creencias que debe profesar para satisfacer al culto de Dios. Es porque todas estas cosas son el derecho propio del individuo, que aunque quisiera enajenarle no podría.

4. Convengo en que hay mil maneras de prevenir los juicios de los hombres y de hacer de modo que sin torcer directamente la ajena voluntad, ésta se abandone con tanta confianza al poder que parezca éste ser de ella propietario. Pero por mucha que sea la habilidad del gobierno, no resulta menos exacto que cada cual abunda en su propia opinión, y que éstas no difieren menos que los gustos”.

Baruj Spinoza: “Tratado Teológico-Político”. Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1946.

LOS HORRORES DEL NAZISMO Y LAS MAESTRAS ARGENTINAS

“Cuando los noticiosos cinematográficos nos trajeron los documentos de estos horrores, mucha gente se resistió a verlos.

Yo, en cambio, abrí más que nunca los ojos para que nunca jamás se me olvidase el recuerdo de los niños, mujeres y hombres respirando aun, caminando aun, con las órbitas vacías, el pecho vacío y el vientre seco, manteniéndose en pie entre los muertos y los hedores de los muertos y los gemidos de los que estaban casi muertos.

Porque una maestra no debe doblar la hoja ni taparse la cara ni los oídos para no ver y no escuchar y no saber hasta dónde alcanzó el crimen de un hombre que hizo criminales a los hombres y a las mujeres trabajadoras y honradas de su país.

Porque una maestra tiene el deber de saber cómo y por qué tantos asesinos han surgido de una tierra donde nacieron Schiller, Beethoven, Bach y Carlos Marx”.

Oiga Cosettini: “Pedagogía de la Perversidad”, conferencia pronunciada en Rosario y Resistencia. Editó un grupo de amigos de Resistencia, 1947.

EL PROBLEMA DE LA EDUCACION LIBERAL

“Nosotros confrontamos hoy un problema de educación liberal, porque toda la armazón de nuestra herencia cultural reclama una investigación y revisión. La educación liberal no puede continuar para ser simplemente un medio de transmitir una filosofía tradicional del universo y del hombre. Estamos sosteniendo una mira tradicional que nos manda dirigir la vista hacia un reino sobrenatural por nuestras normas de creencias y conducta; y nosotros cultivamos también la ciencia y la técnica que nos invitan a crear nuestros modelos a medida que avanzamos. Esto fomenta la confusión en todas partes. ¿Cuál es la naturaleza del hombre, cuál es la naturaleza de la moralidad y la religión, cuál es la naturaleza de la verdad? Esto es lo que constituye la diferencia en el mundo, sea que tratemos tal asunto desde el punto fijo de los dos mundos o en términos del procedimiento científico. Con demasiada frecuencia procedemos de ambas maneras. La confusión es patente en todos los campos de la escuela. Nuestro programa para la educación liberal no está determinado de modo que los estudiantes puedan ver el resultado claramente y luego juzgarlo ellos mismos. Posiblemente, es por esto que se los ha llamado una generación perdida”.

Boy H. Bode, profesor de Filosofía de la Educación de la Universidad de Ohio: “El problema de la educación liberal”, en “Nueva Era”, Revista Interamericana de Educación y Cultura, Volumen XVI, Quito, Ecuador.

LA TAREA DE CADA GENERACION

“Pero la pasión más alta en el hombre es la fe y ninguna generación comienza aquí en otro punto que la anterior, cada una reinicia de nuevo; la generación siguiente no va más lejos que la que la ha precedido, si ha sido fiel a su labor y no la ha abandonado. Ninguna tiene derecho a decir que un tal comienzo sea fatigoso porque ella tiene su tarea y no debe preocuparse por el hecho de que la generación anterior haya tenido la misma, a menos que una generación o los individuos que la componen no pretendan audazmente ocupar el lugar que pertenece al único espíritu que gobierna el mundo y que es demasiado perseverante para experimentar cansancio. Si una generación muestra esta audacia, hay en ella algo de falso: algo extraño, desde que el mundo entero le parece del revés; ciertamente no hay nadie que haya encontrado el mundo al revés así como aquel sastre que, habiendo entrado vivo al cielo, contempló desde allí el universo. Cuando una generación sólo se ocupa de su tarea no puede experimentar fatiga, porque esta labor basta siempre para la vida de un hombre. Cuando en un día de asueto los niños ya han recorrido todo el ciclo de sus juegos antes del mediodía

y gritan con impaciencia: —“¿No hay nadie que invente un juego nuevo?” ¿Prueba eso que estos niños son más desarrollados y adelantados que los de la misma generación o de una generación precedente, para quienes los juegos conocidos bastan a llenar la jornada? ¿No prueba esto más bien que los primeros carecen de lo que yo llamaría esa seriedad agradable que es menester tener siempre para jugar?”

Sören Kierkegaard: “Temor y Temblor”. Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1947.

EL POETA EXPLICA ALGUNAS COSAS

“Preguntaréis: Y dónde están las lilas?
y la metafísica cubierta de amapolas?
y la lluvia que a menudo golpeaba
sus palabras llenándolas
de agujeros y pájaros?”

Os voy a contar todo lo que me pasa.

Yo vivía en un barrio
de Madrid, con campanas,
con relojes, con árboles.
Desde allí se veía
el rostro seco de Castilla
Como un océano de cuero.

 Mi casa era llamada
la casa de las flores, porque por todas partes
estallaban geranios: era
una bella casa
con perros y chiquillos.

 Raúl te acuerdas?
Te acuerdas, Rafael?
 Federico, te acuerdas
debajo de la tierra,
te acuerdas de mi casa con balcones en donde
la luz de junio ahogaba flores en tu boca?

 Hermano, hermano!

Todo
era grandes voces, sal de mercaderías,
aglomeraciones de pan palpitante,
mercados de mi barrio de Argüelles con su estatua
como un tintero pálido entre las merluzas:

el aceite llegaba a las cucharas,
un profundo latido
de pies y manos llenaba las calles,
metros, litros, esencia
aguda de la vida,
 pescados hacinados,
contextura de techos con sol frío en el cual
la flecha se fatiga,
delirante marfil fino de las patatas,
tomates repetidos hasta el mar.

Y una mañana todo estaba ardiendo
y una mañana las hogueras
salían de la tierra
devorando seres,
y desde entonces fuego,
pólvora desde entonces,
y desde entonces sangre.

Bandidos con aviones y con moros,
bandidos con sortijas y duquesas,
bandidos con frailes negros bendiciendo
venían por el cielo a matar niños,
y por las calles la sangre de los niños
corría simplemente, como sangre de niños.

Chacales que el chacal rechazaría,
piedras que el cardo seco mordería escupiendo,
víboras que las víboras odiaran!

Frente a vosotros he visto la sangre
de España levantarse
para ahogaros en una sola ola
de orgullo y de cuchillos!

Generales
traidores:
mirad mi casa muerta,
mirad España rota:
pero de cada casa muerta sale metal ardiendo
en vez de flores,
pero de cada hueco de España
sale España,
pero de cada niño muerto sale un fusil con ojos,
pero de cada crimen nacen balas
que os hallarán un día el sitio
del corazón.

Preguntaréis por qué su poesía

no nos habla del sueño, de las hojas,
de los grandes volcanes de su país natal?

Venid a ver la sangre por las calles,
venid a ver
la sangre por las calles,
venid a ver la sangre
por las calles!"

Pablo Neruda: "España en el corazón", de "Tercera Residencia", Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1947.

PAISAJE DE ELEGIA

"No escuches mi dolor, tú que me heriste.
No te reclama ya ningún acento.
Sólo en mi corazón la sangre es triste.
(¡Oh lentas calles del otoño lento!)
No te requiero un solo mandamiento.
—Tú que me niegas, tú que no me diste—.
No sientas esta muerte que yo siento.
(¡Oh tristes voces del otoño triste!)
Que sólo a mis entrañas se refiera
este clamor, este importante frío.
Quiero que no te alcance su lamento.
Pero si alguna vez ¡ay! te lacera
un gran silencio, es el silencio mío.
(¡Oh lentas sombras del otoño lento!)"

María Elena Walsh: "Otoño imperdonable". Buenos Aires, 1947. Ed. de la autora. Imprenta Ferrari Hnos.

DIFERENCIAS ENTRE EL HOMBRE Y LA MUJER

"Muy pocas personas dudan de que hay diferencias; en verdad, es una viejísima discusión, a menudo llevada a cabo con cierta aspereza y con inevitable injusticia. Las mujeres dicen "como un hombre" y los hombres dicen "como una mujer" para explicar algún rasgo exasperante de un carácter o de un suceso. Esto evidencia sin duda —aunque, naturalmente, no de manera científica— que es ampliamente sostenida la teoría de que el hombre y la mujer tienen diferentes tipos de personalidad.

Pero debemos tener en cuenta dos cosas: Primero, que es claramente concebible que las condiciones sociales han desarrollado estas dis-

posiciones que suponemos fijadas por la herencia; y segundo, que es peligroso generalizar sobre la base de un conocimiento inadecuado, admitiendo que ningún hombre conoce íntimamente el carácter más que de unas cuantas mujeres —su madre y su esposa o esposas—, y ninguna mujer conoce íntimamente el carácter más que de unos cuantos hombres, su padre y su esposo o esposos. Los Casanovas y los Don Juanes, y las Mesalinas y las Catalinas, podemos dejarlas a un lado, porque sus relaciones con el sexo opuesto, aunque muy numerosas, eran peculiares.

I) Que las condiciones sociales determinan la personalidad es algo que puede inferirse de lo siguiente: en nuestra sociedad actual las mujeres pueden parecer obsesionadas por la ropa, mientras que pocos hombres lo están. Parece natural que las mujeres se interesen por sus adornos; el hombre que lo hace es objeto de desprecios. Pero sabemos que en las tribus matriarcales los jóvenes se comportan exactamente igual que las mujeres de nuestra sociedad y que las mujeres jefes de tribus se quejan amargamente de la frivolidad de los jóvenes. Quizá las diferencias de carácter entre hombres y mujeres descritos por etnólogos y psicólogos aficionados son resultado de circunstancias y no de diferencias físicas.

II) La generalización sobre base insuficiente es un obstaculizador pecado de la raza humana que tal vez algún día será superado mediante una educación verdaderamente científica. Entre tanto, a modo de ensayo, podemos aceptar las generalizaciones de quienes tratan a gran número de individuos de ambos sexos en forma profesional: sacerdotes, médicos y psicólogos.

He aquí unas cuantas de tales generalizaciones:

a) Un sacerdote. En todo hombre hay algo de cerdo y en toda mujer algo de gata.

b) Un médico. La mujer gira más alrededor de sí misma que el hombre. Ella misma es la cosa más importante en su vida. Luego lo es su hijo mayor y después, quizá, su esposo.

c) Un psicólogo. Es singularmente desagradable para un hombre tener que investigar los problemas de las relaciones humanas... para la mujer la tarea no es tan difícil. Ella experimenta la mayor inercia en el momento en que la necesidad se torna consciente... de una definición exacta, cuando no se trata de los parientes (M. Esther Harding, *The Way of All Women*, pág. 301, Logmans Green and Co.).

Podemos agregar a estas generalizaciones una de un novelista y dos de un rector de Oxford. H. G. Wells escribe que "los hombres son más lentos y más estúpidos; las mujeres más rápidas y más tontas"; C. S. Lewis, que las mujeres son más conversadoras cuando están cansadas y los hombres más callados; y que generosidad para una mujer significa trabajo para otras personas, pero para un hombre significa no molestar a otras personas.

Hablando como viejo feminista, como hombre con veinte años de matrimonio, y profesor en un colegio de niñas, el autor manifiesta su creencia de que hay por cierto una marcada diferencia entre la personalidad de los hombres, por una parte, y la de las mujeres por otra. Las mujeres poseen una neta tendencia al detalle y a los planes de largo alcance; el hombre se aburre con los detalles y prefiere bosquejos generales; las mujeres, como es natural, están interesadas en el hogar, los hombres en las causas; hay poca fraternidad entre las mujeres y mucha entre los hombres”.

V. H. Mottram: “Las Bases Físicas de la Personalidad”. Editorial Lautaro, Colección Pingüino. Buenos Aires, 1947.

EL TESTAMENTO DE PIRANDELLO

“El 30 de julio de 1935, ya premio Nóbel, Pirandello residía en Nueva York y redactó una carta que sirve de prólogo al libro de Vittorini. Vale la pena copiarla aquí:

“Entre los tantos Pirandellos que hace tiempo andan por el mundo de la crítica literaria internacional —rengos, deformes, todo cabeza y nada corazón, estrafalarios, desgarrados, lunáticos y perturbados— en los cuales yo, por mucho que me esfuerce, no consigo reconocerme ni siquiera en un mínimo rasgo (el más imbécil de todos creo que es el de Benedetto Croce), ha querido también Vd. colocar uno suyo, todo suyo, y no por el placer de derrengarme y mostrarme cojeante después; no por el placer de presentarme disfrazado con una cabeza de elefante y con el corazón atrofiado por medio de esa bomba de filtro que es la maquinita infernal de la lógica: yo, gesticulante entre las nubes u oscurecido en la gruta. No, todo lo contrario, y de esto, como es natural y como bien puede imaginarse, querido Vittorini, le quedo muy agradecido. Muy agradecido porque, entre tantos que creen saber muy bien qué son, yo que no lo sé en absoluto y que siempre he huído de saberlo como de una injuria a toda la vida que se agita dentro de mí continuamente, encuentro en usted a alguien que me hace andar erguido sobre las piernas y me da todo el corazón que necesito para amar y compadecer a esta pobre humanidad, sea cuando razona, sea cuando dispara; a alguien que trata de explicar que si tantos me creen extravagante es porque me muevo a mi manera, y no como quisieran los otros: desgarrado, porque menosprecio sus buenos modales, e incomprensible, porque todavía no saben ver y pensar y sentir como yo.

De cualquier modo, querido Vittorini, rengo, deforme, todo cabeza y nada corazón, estrafalario, desgarrado, lunático y perturbado, existo y seguiré existiendo, mientras ellos no. Ciertamente que ésta no es una cosa que tenga para mí mucha importancia. Hombre, he querido decir algo a los hombres, sin ninguna ambición, excepto, quizá, la de vengarme

de haber nacido. Pero, sin embargo, la vida, aun con todo aquello que me ha hecho sufrir, ¡es tan bella! (Y he aquí otra afirmación sin siquiera una sombra de lógica, y, no obstante, tan verdadera y sentida).

Y basta ya: le agradezco cordialmente, querido Vittorini, el espejo que con este libro suyo me presenta, y en el cual con tanto agrado puedo contemplarme”.

En autosíntesis tal es el penúltimo Pirandello. Porque el último está, íntegro, en las líneas de su testamento, así concebido.

“Sia lasciata passare in silenzio la mia morte. Agli amici, ai nemici, preghiera, non che di parlarne sui giornali, ma di non farne pur cenno. Né annunci né partecipazioni.

Morto, non mi si vesta. Mi s'avvolga, nudo, in un lenzuolo. E niente fiori sul letto e nessun cero acceso.

Carro d'infima classe, quello dei poveri. Nudo. E nessuno m'accompagna, né parenti né amici. Il carro, il cavallo, il cocchiere e basta.

Bruciatemi. E il mio corpo, appena arso, sia lasciato disperdere; perché niente, neppure la cenere, vorrei avanzasse di me. Ma se questo non si può fare, sia l'urna cineraria portata in Sicilia e murata in qualche rozza pietra nella campagna di Girgenti, ove nacqui”.

El testamento de un agnóstico”.

José María Monner Sans: “Pirandello, su vida y su teatro”.
Editorial Losada. S. A. Buenos Aires, 1947.

La Leyenda de la "Escala Única" (1)

por ROBERT ULICH (Harvard University)

En los comienzos del siglo XX, cuando los progresistas europeos reclamaban justicia en la educación pública, se inclinaron hacia el sistema del "camino único" o "escala única" de los EE.UU. Según este sistema se debía brindar a cada niño la oportunidad de asistir a la escuela secundaria y a la universidad, en tanto que en los viejos países de Europa solamente una juventud privilegiada podía asistir a la clase de escuela secundaria que conducía a la universidad.

Las "masas" pasaban por una escuela elemental que duraba de 7 a 8 años. Muchos asistían luego a cursos parciales (part-time) de continuación o a escuelas de artes y oficios, y unos pocos a los institutos técnicos adelantados; pero a todos ellos la universidad les estaba vedada, y en consecuencia, también las profesiones. Además, en las viejas escuelas europeas el ambiente era poco propicio para el desarrollo de la personalidad; todas esas escuelas tenían fundamentalmente un carácter teórico y verbal, con pocas oportunidades para una inteligencia práctica.

La crítica contra una escuela estructurada en esta forma aumentó hacia el final de la primera guerra mundial. Los "compagnons" (camaradas) franceses, los fabianos y liberales ingleses, los Entschiedene Schulreformer (reformistas radicales de la escuela) alemanes elaboraron planes muy semejantes al sistema unificado americano. En conjunto, estas tentativas lograron destruir el monopolio de las disciplinas clásicas en los estudios preparatorios para la universidad, asegurando una mayor libertad para el desenvolvimiento de la capacidad individual y ampliando las oportunidades en la escuela secundaria, que daba acceso a la universidad. Pero los reformistas de 1918 fracasaron en su

(1) "Single Ladder" en inglés.

tentativa de abrir un camino único y universal hacia los estudios superiores. La gran masa concurría todavía a las escuelas elementales hasta la edad de más o menos 14 a 16 años y la juventud privilegiada seguía protegiéndose en una escuela secundaria selectiva, con la esperanza de ingresar en una profesión. Alrededor de 1910 sólo uno a tres por ciento de la juventud adolescente concurría a dichas escuelas preparatorias; hacia 1940 el número había aumentado hasta aproximadamente cinco a ocho por ciento. Las cifras variaban considerablemente en los diferentes países, lo que hace imposible cualquier comparación exacta.

No es sorprendente el hecho de que, después de todos los sacrificios comunes durante la segunda guerra mundial, los pueblos de Europa insistieran nuevamente sobre la necesidad de un cambio en tal situación. Todos los planes de reformas recientes —que no pueden ser discutidos en detalles aquí— eran un indicio de esta "tendencia democrática". La política general consiste en dar a toda la juventud capaz una enseñanza común elemental con una duración de aproximadamente seis años y luego una instrucción secundaria común; los ingleses, por ejemplo, han dejado de utilizar la expresión "escuela secundaria" para denominar la vieja enseñanza liberal preparatoria y llaman ahora "escuela secundaria" a todas las escuelas para adolescentes. Además, todas estas escuelas dan en principio a sus egresados el derecho de ir a la universidad o —tal es el caso en los países que tienen un sistema escolar menos centralizado— el derecho a solicitar un examen de ingreso. También la nueva Alemania —como quiera que sea— parece orientarse en esta dirección.

Puede creerse, entonces que todo el problema está —para usar una expresión americana casi clásica ahora— O. K. Los países europeos tienen puntos de vista crecientemente democráticos en el aspecto educacional y reconocen la superioridad del sistema americano de la "Escala Unica".

Pero un análisis más serio de la situación moderna pone en evidencia un cuadro algo dudoso. En primer término: ¿Tienen los Estados Unidos la organización escolar que inspiró a los reformistas radicales europeos? La respuesta es que nos hemos ido alejando cada vez más de ella, en favor de una mayor diferenciación, acercándonos por ello en algunos rasgos al sistema europeo. La antigua división 8-4-4 ha desaparecido casi completamente; en su lugar tenemos seis años de escuela elemental, tres años de escuela superior "junior" (para los más jóvenes), tres años de escuela superior "senior" (para los mayores), y junto a los cuatro años de "college" (colegio superior) existe el colegio superior "junior" de dos años o algunos experimentos, más limitados en tiempo, de diferenciación, tales como el nuevo College Plan de la Universidad de Chicago y el Plan Pasadena, que proporcionan un complemento a la enseñanza secundaria y superior. Por otra parte, las escuelas particulares no solamente se resisten a morir sino que prosperan

con fortuna, especialmente en el este. Lo mismo ocurre con las escuelas sectarias (religiosas) en todo el país. Además, muchas de las grandes ciudades cuentan —dentro de sus sistemas de enseñanza secundaria— con escuelas especiales, sumamente necesarias, de artes y oficios, las cuales se encuentran definitivamente fuera del "sendero común". Finalmente, todas las escuelas superiores más importantes están ramificadas en algo así como una sección académico-preparatoria, una sección comercial y una rama profesional. Existe, en principio, para los egresados de las escuelas secundarias profesionales y escuelas de comercio, la posibilidad —y esta es la mayor diferencia con el sistema clasificado europeo— de ir a un colegio modelo de artes liberales, pero lo cierto es que tenemos una estricta diferenciación estructural hacia una educación técnica, en contraposición a una educación "general".

¿Y cuál es la situación europea, considerada desde un punto de vista realista? En primer lugar, los nuevos planes de reforma en Inglaterra, Francia, Alemania y otros países, son todavía, en su mayor parte, meros proyectos. Esto es muy lógico, después de los años de destrucción. Pero es bastante sorprendente —para dar sólo un ejemplo— que en la moderna Inglaterra democrática las viejas escuelas privadas o las "dotadas" (conocidas como "Escuelas Públicas") no esperen un fin cercano, a menos que toda la economía inglesa vaya a la bancarrota. Sus directores no avanzan ante el gobierno socialista con el sentimiento con que los gladiadores iban a la muerte: "Ave Caesar, morituri te salutant", sino que parecen recordar más bien lo que han leído de Ciceron: "Natura (sive historia) non facit saltus". En otras palabras: "Sobreviviremos".

¿Por qué? Porque esperan que la democratización del sistema escolar secundario, con el consiguiente peligro de un descenso en los valores, inducirá cada vez más a los padres a enviar a sus hijos a las escuelas privadas. Aunque esto cueste más, nada es más importante en tiempos de crisis que dar a los hijos una buena educación. Además, los viejos privilegios hereditarios se evaporan en la atmósfera de la democracia y los impuestos a la herencia impiden a las generaciones nuevas disfrutar de la fortuna de sus padres. Por consiguiente, sólo queda la educación.

Hay todavía una razón más por la cual los educadores conservadores ingleses parecen contemplar con cierta ecuanimidad la reforma de la escuela inglesa. Entre las tres ramas de la nueva escuela secundaria "básica" (grammar), "técnica" y "moderna", la escuela básica podrá seleccionar los mejores estudiantes y maestros. En esta forma, la vieja enseñanza "liberal" selectiva quedará protegida, pero ahora más en virtud del mérito que en virtud de parentescos. Además, las escuelas privadas y colegios tendrán una brillante oportunidad para seleccionar desde la escuela básica los mejores instructores y estudiantes.

Ha ocurrido, en esta forma, algo muy sorprendente. Mientras los progresistas europeos contemplaban envidiosamente a los Estados Uni-

dos, en el curso de la realización de sus planes este país ha abandonado el sistema de la escala única en favor de una diferenciación cada vez mayor. Por otra parte, los países europeos, si bien en cierto modo democratizan sus escuelas, han conservado, no obstante —y tratarán de conservar— su alto grado de selección. En otras palabras, los dos extremos, Estados Unidos y Europa, se encuentran, de alguna manera, en mitad de camino.

Las razones de esta forma de evolución son diversas. La más importante reside en la condición de la naturaleza humana y de la sociedad. Una uniformidad excesiva del sistema escolar puede satisfacer formas mediocres de resentimiento social, pero no satisface la necesidad de las diferencias individuales, la necesidad de "alta calidad" (siempre accesible solamente a una parte de la población) y al deseo nunca exterminable, y quizá, en formas moderadas, no del todo condenable, de sectarismo. La enorme ventaja del sistema americano es que no existe ningún tipo de escuela que excluya, por principio, a sus estudiantes, de la posibilidad de progreso social e intelectual. Si esto quiere decir "Escala Unica" defendámosla entonces con toda nuestra fuerza y convicción democrática. Y felicitemos a los países más viejos por haberse desprendido, poco a poco, de los restos feudales en su sistema educacional. Pero si "Escala Unica" significa —como suele ocurrir en la opinión popular— que "todos deben tener lo mismo", que nadie debe tener nada "extra" y que "todos deben ir al colegio superior", entonces no es sino la más estúpida y, en consecuencia, la más peligrosa forma de colectivismo bajo el disfraz de democracia.

Como hemos visto, los Estados Unidos están abandonando cada vez más este tipo de colectivismo educacional, muchas veces no tanto en base a la claridad de su pensamiento, sino a la fuerza viva de la condición humana. ¿Por qué, entonces, deberían adoptarla los pueblos de Europa? Y sobre todo ahora cuando, después que las experiencias educacionales en Rusia han ido introduciendo, en sucesivas etapas, medidas altamente selectivas o, si queremos decirlo en forma optimista, ha comprobado que colectivismo y selección son compatibles.

Aún con un programa relativamente moderado hacia una democratización educacional los pueblos de Europa tropezarán con problemas similares a los de los Estados Unidos, aunque de carácter más intenso, porque en Europa falta el espacio y los escapes que todavía existen en este país. No olvidemos que las vanguardias de las revoluciones negativas modernas se integraron, en gran parte, con insatisfechos o semi-intelectuales que, después de casi veinte años de estudios, no obtuvieron el trabajo y la situación a la cual creían tener derecho. Pero toda sociedad puede tener solo un número relativamente pequeño de hombres y mujeres profesionales, en relación con la gente empleada en labores prácticas. Pongamos, pues, eficiencia y placer también en la enseñanza para las ocupaciones prácticas y demos a estos obreros el debido prestigio social, en lugar de llevar, tanto a los aptos como a

los no aptos, por las mismas vías de intelectualización y sofisticación. Al final de la última habrá, para muchos, en lugar de mayor sabiduría, provecho y satisfacción, sólo frustración.

Otro problema crucial surgirá ¿dónde encontraremos, en la educación "secundaria" general, lugar para todos los adolescentes que, simplemente, no están dotados para una enseñanza teórica? Uno de los tres tipos establecidos, o al menos planeados, en la Inglaterra de postguerra, por ejemplo, tendrá que servir como receptáculo. Ya que, por propia naturaleza la escuela básica tratará de reemplazar a la vieja educación académica; y en vista de que no habrá escuelas técnicas, porque los nuevos oficios e industrias requerirán artesanos e ingenieros más vastamente educados, sólo puede serlo la escuela moderna. También en nuestras escuelas americanas multilaterales tenemos estos lugares de vuelco general. A menos que los educadores ingleses comprendan la enorme responsabilidad que implica la escuela moderna, es muy probable que ella resulte el pariente pobre en la recientemente establecida familia de la escuela secundaria y sea la que menos responda a lo que quisiéramos llamar "educación moderna".

Finalmente, los países europeos, en su tentativa de democratizar sus escuelas, tendrán que hacer frente al problema del desperdicio. Es indudable que la prolongación indefinida de nuestra educación profesional comienza a convertirse en un serio problema social y psicológico. El presidente de Harvard, Lowell, dijo en una oportunidad que si la tendencia a retardar el comienzo de la vida profesional y a adelantar su fin continuaba, aún podría verse el día en que los dos se encontrarán. Hay un fondo serio detrás de este chiste — frustración del deseo de actividad útil y de independencia financiera, postergación del matrimonio, pequeña familia y aumento de la inseguridad general. Pero cuanto más tratamos de ajustar el programa de la escuela superior al promedio o por debajo del promedio, más advertimos el peligro de desperdiciar el tiempo y el interés de los estudiantes de talento. Todos los colegios enseñan, hoy en día, cursos que cincuenta años antes eran dictados en los cursos secundarios, y hay más de un candidato al doctorado en este país que durante los últimos veinte años de su vida ha tenido que iniciar el estudio de idiomas que bien pudo haber aprendido en su adolescencia. Los países europeos son demasiado pobres y están en una competencia demasiado intensa para poder pagar tales gastos. A menos que sean capaces de hacer frente a este problema —que muchos de los progresistas se rehusan a reconocer— abolirán defectos en su enseñanza creando defectos más grandes en su sistema social.

Sin embargo, como consecuencia del clamor justiciero y creciente de justicia social en la educación, no hay, afortunadamente, posibilidad de dar marcha atrás. Hay solo un camino y es éste: estudiar la clase de democracia que combina el interés moral por la igualdad de derechos con un profundo interés en el logro de la libertad de movimiento en el

desarrollo de la personalidad. Para este tipo de política, el concepto de "Single Ladder" tiene todavía valor, pero solamente si es usado como un símbolo de la magna tarea de tratar de ayudar a todos los niños, ricos o pobres, talentosos o no, a encontrar un camino para su desarrollo personal y social en una variedad de caminos.

(De School and Society, February 1, 1947, Vol. 65, N°. 1675, págs. 73-75).

Traducción de Matilde Zagalsky.

LOS COLABORADORES DE ESTE NUMERO

JOSUE GOLLAN (h.)

Nació el 13 de agosto de 1891 en Santa Fe. Doctorado en Química en la Universidad de Buenos Aires. Miembro de la Academia Nacional de Ciencias, miembro del Soils Dep. of the Highway Research Board (Nat. Research Council, Washington). Ex decano y rector de la Universidad del Litoral. Ex jefe de la Oficina Química Municipal de Santa Fe. Ex presidente y director del Departamento de Química y Edafología del Instituto Experimental de Investigación y Fomento Agrícola Ganadero de la Provincia de Santa Fe. Ex presidente de la Academia de la Universidad del Litoral. Perfeccionó estudios sobre suelos en Europa.

Libros: Química General. La Universidad al servicio de la Democracia. Propiedades, análisis y clasificación de los suelos.

Folletos: Unos 50 folletos relacionados con investigaciones sobre suelos. Numerosas conferencias y discursos.

LUIS REISSIG:

Ver "Cursos y Conferencias", Año VII, volumen XIV, Nos. 7-8, octubre-noviembre de 1938.

JORGE THENON

Ver "Cursos y Conferencias", Año IX, volumen XVI, N° 1, abril de 1940.

Nueva Revista de Filología Hispánica

Publicada por el Colegio de México y la Columbia University
Director: AMADO ALONSO

REDACTORES: William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, José A. Oría, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, José Rojas Garcidueñas, Angel Ronsenblat, Manuel Toussaint, Silvio Zavala.

REDACTOR BIBLIOGRAFICO: José Famadas.

SECRETARIO: Raimundo Lida.

EL COLEGIO DE MEXICO, SEVILLA 30, MEXICO, D. F.

El Trimestre Económico

PANUCO 63

MEXICO, D. F.

Es una revista indispensable para los que se interesan por los problemas económicos de Hispano-América en general y de México en particular

Dls. 2.00 AL AÑO

NUMERO SUELTO Dls. 0.50

PHILOSOPHY AND PHENOMENOLOGICAL RESEARCH

A Quarterly Journal Published for the International Phenomenological Society

UNIVERSITY OF BUFFALO
BUFFALO, NEW YORK

Esta revista, fundada y dirigida por el Prof. Marvin Farber, continúa en los Estados Unidos la famosa publicación fundada por Edmund Husserl, "Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung", muchos de cuyos colaboradores intervienen en ella, al lado de notables especialistas norteamericanos y de otros países.

Suscripción, 4 dólares por año.

The Personalist

A QUARTERLY JOURNAL
OF PHILOSOPHY, RELIGION
AND LITERATURE

Director: Ralph Tyler Flewelling
The School of Philosophy
University of Southern California
3551 University Avenue

LOS ANGELES, California
Estados Unidos

Suscripción, 2 dólares por año.

INDICE DEL VOLUMEN XXXI

ARGUAS, MARGARITA: Cuatro meses en Europa (18 de enero - 18 de mayo de 1947)	291
BLANCO AMORES, ANGELA: Diez años de actividad teatral en Buenos Aires, 1852-1862	153
CERNUSCHI, FELIX: Unesco, una nueva empresa internacional de cooperación educacional, científica y cultural	21
FATONE, VICENTE: Problemas de la mística	45
GIUSTI, ROBERTO F.: Investigaciones sobre la evolución de nues- tra cultura	105
GHIANO, JUAN CARLOS: Comentario bibliográfico sobre "Pasio- nes terrestres" por Enrique Moli- na (h.)	362
GOLLAN, JOSUE (h.): La moral y la conducta	369
HALPERIN, GREGORIO: Prólogo del homenaje a Pedro Henrí- quez Ureña	71
HALPERIN DONGHI, TULIO: Comentario sobre "Las ideas po- líticas en Argentina", por José Luis Romero	359
HOUSSAY, BERNARDO A.: La investigación científica	11
HUXLEY, JULIAN: Unesco, sus finalidades y funciones	273
JAROLAVSKY, SARA: La cultura argentina en el decenio 1852- 1862	109
KORN, ALEJANDRO: Sarmiento	199
LACAU, MARIA HORTENSIA: Antecedentes del modernismo en la Argentina	163

LACLAU, NARCISO C.: Atomismo biológico y atomismo químico	193
LINS DO REGO, JOSE: Dos novelistas brasileños. I Machado de Assís. II. Raúl Pompeia	331
LIZASO, FELIX: Pedro Henríquez Ureña, primado de América ..	85
MONACORDA DE ROSETTI, MABEL: Antecedentes del modernismo en la Argentina	163
MASPERO, ESTELA I.: La cultura argentina en el decenio 1852-1862	109
MOSSIN KOTIN, CECILIA: Conocimiento y dominio de la materia	33
NUÑEZ, CALIXTO J.: Palabras en la inauguración del Instituto de Investigación Médica para Promoción de la Medicina Científica	216
ORIAS, OSCAR Discurso inaugural del Instituto de Investigación Médica para Promoción de la Medicina Científica	217
PONCE, ANIBAL: Una juventud magnífica	205
REISSIG, LUIS: Introducción, al número extraordinario	1
Colegio Libre, 1947	347
Cómo hay que educar a nuestro pueblo. I. Planteo del problema	391
II. Educación para la vida política	409
Rivadavia	449
A. M. Georges Duhamel	462
REYES, ALFONSO: Evocación de Pedro Henríquez Ureña	74
ROSENBLAT, ROSA: Diez años de actividad teatral en Buenos Aires, 1852-1862	153
THENON, JORGE: Libertad y servidumbre de la inteligencia ..	427
ULICH, ROBERT: La leyenda de la escala única	482

